LUNES DE REVOLUCION

EN LA SIERRA CON FIDEL EL 26



EDITORIAL

El número anterior estuvo dedicado al 26 de Julio como la fecha fértil de la historia de la Revolución Cubana, punto de partida y materia heroica del gran proceso de liberación. Por segunda vez el 26 de Julio ha sido celebrado en Cuba revolucionaria, y todo el pueblo de Cuba se trasladó de hecho o en espíritu a las estribaciones de la Sierra Maestra, El Caney de Las Mercedes, donde se levanta la impetuosa Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos. Con todo ese pueblo fueron escritores de LUNES que dan su testimonio de lo que pasó allí, fueron para vivir y contar: viven y cuentan la experiencia de solidaridad de todos los cubanos en torno a una fecha heroica y a un gran dirigente.

El fenómeno sin antecedentes del traslado de cerca de un millón de hombres: militantes de una gran Revolución a la Sierra Maestra merece este número y mucho más. Sin duda la experiencia provocará obras en el futuro de parte de todos los escritores y artistas asistentes. Solamente el mito vivo, la fuerza creadora que es la Sierra Maestra, unida al héroe nacional Fidel Castro era capaz de producir el milagro popular. Allí estaba el pueblo de Cuba, y allí estaban sus héroes: Abel Santamaría y Guiteras, Camilo Cienfuegos y René Ramos Latour. En un bohío se leía: ¡Habanero, no olvides que aquí murió Martí y nació Maceo! La humilde expresión del campesino, podía decir también: ¡Los cubanos no olvidan que en estas Sierras se forjó la vida nueva!

director:
guillermo cabrera infante
sub-director:
pablo·armando fernández
diseño y emplanaje:
tony évora
número 70, Agosto 2 de 1960
fotos de korda, mayito y
servicio fotográfico del inra



LUNES reconoce que movilizar un millón de hombres hacia la Sierra Maestra, con completa organización es una proeza de trabajo: esta tarea hay que acreditarla a los Comandantes Fajardo y Acosta, en la Sierra, y al Capitán Aragonés, en La Habana, así como a todos los que colaboraron en esa gran obra.

la sierra ÷ fidel = REVOLUCION

por josé a baragaño

¿Qué ha pasado durante esta peregrinación indirecta a la Sierra, pasando por Santiago, (Nuevo Vista Alegre), Bayamo, Manzanillo (Cooperativa de Pescadores), hasta llegar al Caney a unos kilómetros del Centro Comunal de Las Mercedes? Podemos escribir varios artículos, un libro, un poema, y nada podrá hacer descender de nuestra mente la total realidad. Ha sido una experiencia señera que ha despertado en nosotros estados de conciencia inolvidables, válidos para siempre. Quisiera dar por completo el sentido de esa concentración de corazones combatientes en torno a un programa político (el de la Revolución definitiva del pueblo cubano) y de un líder heroico, recordando aquellos que descendieron a la muerte en la batalla por el ideal. También tiene una característica que únicamente podríamos comprender desde una sociología avanzada, desde un nuevo análisis sociológico para mesurar nuevas magnitudes sociales: la multitud que no es la masa, donde se ha producido un cambio cualitativo que la convierte en pueblo, en multitud consciente y transformadora, en energía popular organizadamente liberada para llevar a cabo determinados fines que están muy claros en la conciencia del cubano.

Hicimos el viaje hasta El Caney con Guillermo Cabrera Infante. Salimos un sábado muy temprano en avión hacia Santiago de Cuba. No conocía Santiago, siempre había querido aproximarme a su delicada realidad, a ese desvanecerse de las formas bajo una luz tremenda, que es el precipitado de la esencia del trópico. Santiago es cegador y transparente. Ninguna ciudad en el mundo es más fácil de conocer, más sencilla, y más ritualmente dura. Quien llega a Santiago no encuentra la ira que ataca al viajero en las ciudades del norte, no encuentra la reserva ni el miedo, como no encuentra prodigiosas obras de arquitectura o una tradición plástica anonadante. Por el contrario, la arquitectura de Santiago y del santiaguero son simples, abordables, contagiosas. La alegría es una joven bella coronada de mirto, dice el joven Holderlin; en ninguna parte la alegría está ornada de tales atributos y esplendor como en Santiago. Santiago es la juventud, yo diría, la niñez: no hay cosas ocultas, todo está sobre la tierra; y la tierra es grande, vasta, generosamente fecunda. Allí se produjo, provocado por un grupo de hombres, el acontecimiento inolvidable del *veintiséis de Julio*.

Al día siguiente de haber llegado, asistimos con el presidente a la inauguración de la ciudad del Nuevo Vista Alegre. Se trata de un ensayo muy importante de organización social y económica; la ciudad está construída sobre una base económica, política y social. Se han construído cientos de viviendas, se construye el centro escolar, y la fábrica de tornillos que dará trabajo a los habitantes de la ciudad satélite. Esta ciudad satélite está integrada con Santiago de Cuba sin perder la independencia de la pequeña localidad. Las casas modestamente confortables sustituyen a las cabañas inmundas en que viven los habitantes de la Manzana de Gómez. La fábrica procura la base de trabajo y la escuela constituye el medio cultural de organizar el trabajo, en definitiva, la vida. Estos medios de vida que son un sacrificio para la Revolución, que está obligada a distraer recursos que normalmente serían dedicados a la industrialización y a la extensión de la agricultura, es un ejemplo de la preocupación inmediata de la Revolución Cubana por elevar el nivel de vida del pueblo, por constituir de otra forma la otra vida, que comienza a nacer en la ciudad satélite de Santiago para extenderse como una mancha de aceite al resto de la ciudad. Quizás los santiagueros no estén totalmente conscientes de la importancia de este fenómeno, pero van asimilándolo, y eso es lo que hace inalterable la Revolución.

La dimensión del acontecimiento se podía medir en Santiago. Allí avanzaban los batallones de milicianos, venidos de toda Cuba. Al frente de los batallones iban esos hombres valientes y decididos, que al decir de Quevedo forman la vida, en contra de los que escogen la vida muelle. Los batallones de la Revolución son el signo de una fuerza y de una conciencia; el soldado de la milicia es eficiente, es un militante espontáneo identificado unánimemente con una causa. Allí encontramos cientos de conocidos porque parecía que la isla se hubiera vaciado en aquella parte del país, nunca una ciudad ha sido honrada con tanta amistad, con tanto coraje, con tanta devoción. Allí estuvimos en la casa del comandante Calixto García, Jefe militar de la provincia: un hombre sencillo y transparente, envuelto en una tranquilidad fuerte.

Abandonamos Santiago de Cuba por una carretera que se iba llenando de automóviles, camiones, ómnibus, todo tipo de vehículo. Era la sensación de lo inmenso, tocando a lo gigantesco. Una inmigración simultánea de todas partes de la nación hacia una provincia donde se había dado cita la dignidad nacional. La alegría profunda de los viajeros no hacía pensar en la amenaza internacional. Porque es esencia del cubano reir ante el peligro, aceptar el reto de la historia como necesidad, nunca como accidente. Y esa necesidad fatal del peligro no admite decaimientos interiores, degradaciones espirituales, sino la energía. Y nuestro pueblo es enérgico como la nerviosa anatomía de una fuerza formada por el sol. En las huellas de los vehículos se iba del signo al lenguaje. El signo era la fluencia de formas hacia un punto, el lenguaje la formación estructural de un sentido, la auto afirmación nacional producto del esfuerzo por llegar a aquel lugar que los cubanos identificamos como el nacimiento de la nacionalidad.

Manzanillo pasó rápidamente junto a nosotros. Ya habíamos estado allí otras veces. Recordábamos su aspecto al terminar la insurrección: ahora nacía la nueva ciudad pesquera, otro esfuerzo extraordinario de la Revolución que da la medida de las transformaciones que se operan a través del país. Antes de llegar veíamos por todas partes nuevas edificaciones bajo la advocación del INRA, que se ha extendido con la rapidez de una nueva civilización. En una finca a algunos kilómetros de Manzanillo asistimos a una conversación que transmite lo que es la Revolución: los capitanes y los comandantes rebeldes, los ministros, el Presidente, hablaban de los proyectos económicos, de la coordinación de los esfuerzos, del racionalismo básico de la Revolución. Todo estaba previsto, la expansión de la teoría revolucionaria se producía en una práctica potente y organizada. El pescado y el pescador, la distribución de la pesca, el consumo se habían analizado cuidadosamente: la suerte de esa industria estaba echada y los juegos fueron favorables. Antes los oficiales rebeldes habían hablado de Chaplin: la serie de los síntomas era de Revolución verdadera.

En la noche, después de haber estado tirados bajo los mamoncillos, junto a los caballos que se encabritaban al ruido de los helicópteros, partimos hacia Las Mercedes. Aquello fue un viaje difícil: las carreteras estaban llenas, no comprendíamos cómo nuestro automóvil podía avanzar. Al llegar a Estrada Palma pensamos que de allí en adelante avanzaríamos más rápidamente a pie. Caminar es algo que nos une a la tierra, dormir sobre la tierra es aún mejor: confieso que no me gusta dormir de otra manera; en una ocasión en que fuí víctima de la miseria poética aprendí a dormir en el suelo, bajo los puentes de París donde corre el Sena, y me acostumbré, cogí gusto. Caminamos Guillermo y yo los kilómetros, pocos, desde luego. Al fondo del paisaje veíamos una ciudad digna de la pintura fantástica, toda iluminada. Si para nosotros era maravillosa: podemos imaginar cómo sería para los antaño acosados habitantes de la Sierra: la poesía se había

hecho realidad. Recordaba la frase de Novalis: *cuando el sueño se hace mundo, el mundo se hace sueño.*

Dicen que cuando los niños de la Sierra llegaron a la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos; preguntaron: ¿por qué están tan bajas las estrellas? Para el viajero la constelación del flanco de la Sierra era tan maravillosa como para ellos. Pero nuestra inocencia era menor, por lo tanto, nuestro asombro era mayor. Nosotros podíamos comparar con todo el mundo contemporáneo y sabíamos que se han hecho muy pocos esfuerzos de esa índole. P. ro lo mejor lo encontraríamos en el plan de trabajo de los niños de la Ciudad Escolar. Nos recordaba, sin seguirlo al pie de la letra e inconscientemente, a los falangsterios de Fourier. El niño se levanta y dedica su tiempo a desayunar, después a estudiar, más tarde al deporte, a la educación cívica y social, a la lectura. Una vida nueva armónicamente organizada en todas las direcciones vitales. El concepto de esa nueva organización social no es reciente en América: el maestro Simón Rodríguez, en sus obras desaparecidas, según sus amigos, había previsto una estructura social de ese tipo.

Habíamos llegado a la gramática del lenguaje que se formaba en los signos del camino: la Ciudad Camilo Cienfuegos; todo eso enmarcado en el recuerdo de los héroes: en el mito vivo de la Revolución. Pero la Revolución quería hacer conocer a todo el pueblo su obra. La obra del pueblo, que organizado en milicias, sindicatos, ejércitos, y fuerzas de trabajo produce esas obras profundas. Aquello era la variedad en la unidad. El pueblo con todos sus individuos adquiría su plenitud de funciones en una solidarización con la Revolución. Nosotros estábamos allí, nosotros el pueblo, el pueblo—nosotros. Lo anecdótico no existía: todos podíamos contar las mismas anécdotas, porque todo era una sola voluntad.

Para el sociólogo aquello ofrecía un campo fundamental: ¿cómo se había producido aquella invasión; qué fuerzas reales llevan un pueblo a tan formidable deslizamiento? Había una razón histórica, una razón política, una voluntad nacional. Fidel Castro había dicho un año antes que el pueblo de Cuba devolvería la visita de los campesinos a La Habana. Todo el pueblo de Cuba había respondido: Sí. Y el *Sí* se había hecho realidad. Allí hablaría el hombre que convocara para decir que su nombre no era lo fundamental, sino la fuerza del pueblo haciendo la historia. Sin embargo nadie podía dejar de analizar su asombro —ese asombro en que los presocráticos reconocían el nacimiento del pensar filo sófico. Pero el asombro era formidable y fuerte, y nos hacía, al ser miembros de aquel pueblo viril, formidables y fuertes. Allí con nuestro *Sí* a la Revolución decíamos *No* definitivamente a la sumisión: allí hacíamos temblar una vez más a la reacción nacional e internacional, y quedaba firmado con gritos de pasión, al paso del Ejército Rebelde y de las Milicias de la Patria, el pacto de solidaridad que hace de Cuba una Sierra Maestra en América Latina.

Creo que sólo los cubanos podían comprender lo que pasaba. Nada más poético que la columna de guajiros enseñando aquella espuma de títulos de posesión de las tierras que trabajan. La caballería guajira; el verde olivo quemado de los diestros soldados que pasaron de la guerrilla al disciplinado ejército popular. Era una explosión de alegría. Un nacimiento de un mundo de alegría, un jardín de las delicias populares: el guajiro sentía bajo sus pies el nacimiento de la edad de oro. Aunque este lenguaje parezca de un lirismo excesivo: eso era lo que sentíamos, y, por lo tanto, lo que debemos decir.

Estábamos en un punto definitivo de la Revolución. Pero era necesario considerar que la Revolución no se detiene, y lo que hoy parece algo extraordinario mañana será un recuerdo superado por el mismo proceso revolucionario. El veintiséis de Julio anterior los machetes en La Habana habían dado el sentido de lo extraordinario, un año más tarde lo anterior se veía superado, transformado en una mayor profundización.

En ese año habían pasado muchas cosas: la agresión extranjera multiplicó las fuerzas populares, concretó las aspiraciones del pueblo de Cuba, que comenzaba a estar perfectamente organizado, convertido en un organismo vivo capaz de responder a todas las agresiones. Allí al lado de la Sierra Maestra podíamos preguntarnos por todo lo pasado: agresiones de todos los tipos. Pero esas agresiones eran armas obsoletas, objetos de museo que la Revolución pulverizaba. Ante la fuerza desencadenada del pueblo era cuestión de pensar qué otros medios emplearía el extranjero agresor. Pero podíamos asegurar, simplemente, que serían un fracaso tan estruendoso como los otros.

Fidel habló. Suponemos que Fidel pensó lo mismo que nosotros, en aquella indisoluble unidad entre el pueblo: la materia que se desparramaría bras. Fidel que siempre orienta, organizó de nuevo la realidad hacia una etapa superior: planteó los problemas del futuro. El pueblo tenía algo por qué luchar y sabía que eso no sería vencido. Pero era necesario agregar algo más por qué luchar y esa es la tarea de Fidel en esta etapa: conducir la lucha, aumentar el campo de acción.

No se puede menospreciar el rol del dirigente en este caso, el pueblo es consciente: la conciencia se ha formado en alguna parte, y el genio transformador de Fidel Castro ha sido la fuente de esa corrección, organización y dispararse hacia la Revolución de las fuerzas populares. Allí concentrados, bajo un cielo amenazante, frente a los picos de la Sierra, Fidel habló a la multitud rectificando las fuerzas del pueblo: la materia que se desparramaría sobre la nación, identificada con aquel paisaje poderoso, llevaría el fuego del ideal cuajado en la palabra del dirigente, haciendo nacer el lenguaje del pueblo.

¿No era eso aquel niño que habló comprendiendo todo lo que pasaba y había pasado? Sí, el niño representaba el sentido de la Revolución, la necesidad de aquella ciudad escolar, y el grado de conciencia que hizo que el pueblo fuera a la Sierra. Al regreso en el tren hablamos con periodistas extranjeros (se trataba de periodistas reaccionarios) y caímos en cuenta de que aquel fenómeno superaba sus entendederas, cocinadas en el horno de una política internacional reaccionaria, de una crítica sin instrumentos de análisis debidamente rectificados. El más humilde campesino comprende mejor lo que pasa en Cuba que ciertos autores. Porque el hombre que hace la circunstancia surge de la circunstancia, y, por lo tanto, comprende la circunstancia y sus emanaciones. El grado de conciencia del pueblo ha llegado a un gran desarrollo entre nosotros, y esa conciencia llenó con cerca de un millón de hombres las estribaciones de la Sierra Maestra.

Cuando abandonamos la Sierra no ocurrió como al dejar una ciudad a donde hemos sido atraídos por su historia o sus intereses. La Sierra vino con nosotros porque la Sierra es la Revolución y todos somos parte de la Sierra como somos parte de la Revolución. La Sierra Maestra, más Fidel Castro es la Revolución.

santiago: LA ALEGRIA DEL VIVIR

por lisandro otero

I

"Porque al ritmo de la conga se muevan nubes de nalgas: pez vivo bajo las algas..."

RAMON GUIRAO

1

Santiago de Cuba es la capital de la alegría en la Cuba revolucionaria.

Los días de Carnaval, que precedieron a la concentración del 26 de Julio en la Sierra Maestra, son la apoteosis del carácter santiaguero.

Pudiera un sociólogo a un antropólogo trazar los rasgos esenciales de la idiosincrasia local de Santiago de Cuba. Mucho se ha hablado pero poco se ha concretado en un esfuerzo serio. Quizás sea el sol, —el sol de Santiago que golpea duro y cocina la piel, que reverbera los instintos, que desorbita el yo reprimido—, quizás sea el mar próximo, el mar de azul intenso, quizás la brisa tibia que resbala sin calmar la ansiedad del verano abrasador, quizás sea su distancia de La Habana y su papel de segunda ciudad de la isla, que la ha reservado de las intrigas capitalinas y le ha asignado el puesto de inconforme rebeldía que siempre ha asumido en nuestra historia.

En Santiago, despreocupada y vital, sólo en Santiago que reserva sus angustias para los momentos de profundas crisis, puede celebrarse un Carnaval así.

2

Todo se inicia un par de meses antes de los tres días de excitación y ritmo. Los barrios que se adornan y organizan comparsas comienzan por recoger fondos para financiar la baraúnda. Los Hoyos y La Trocha mantienen una tradicional rivalidad. Con el dinero se alzarán las armazones de madera revestidas de guano que luego albergarán a los bailadores. Con el dinero se compran los trajes, se sufragan los ensayos, las orquestas. Todo, en una ola de entusiasmo. Es una gran expedición hacia la alegría.

Mientras duran las semanas de ensayos las comparsas se visitan. Es una excelente ocasión para practicar una de las proverbiales virtudes del santiaguero: la hospitalidad. En esta tierra caliente las manos extendidas son legión, el abrazo afectuoso es manía. Todo se ofrece, todo está a disposición del invitado, del amigo y aun del desconocido que resulta simpático. Las casas de Santiago no saben de puertas cerradas. Estas casas de Santiago con sus altos puntales, sus vitrales multicolores, sus patios de fronda verde y fuentes de agua susurrante; aquí parece haber retornado la tradición del criollo de la colonia. Y es que Santiago por su distancia del cosmopolitismo habanero es la capital de la cubanía: a través de los años ha permanecido inmutable ante la penetración cultural extranjera. Aquí se comprenden mejor las esencias que han dado origen a nuestra nacionalidad.

El santiaguero, como anfitrión, es el sa-



cerdote de una secta religiosa de complicado ritual.

3

Mientras se hacen visitas progresan los adornos de las calles y los barrios. La Trocha y Los Hoyos son los más importantes. Pero además son de significación, por sus comparsas, la del barrio de San Agustín, La Carabalí, de viejas tradiciones, la de la Kimona, la de la Placita de Santo Tomás.

A medida que se acercan los días del Carnaval aumenta la febrilidad, se apodera de todos una histeria colectiva, surge una deidad irreverente y amable a la que todos tienen que rendirse: hay que reir, hay que beber, hay que bailar.

Cuando se pone un pie en el aeropuerto de Santiago, ya se tienen los primeros indicios. Junto a la salida de pasajeros una pequeña orquesta lanza al aire una conga. Los pasajeros descienden por la escalerilla tentados de abandonar los maletines de mano y dejarse llevar por el compás. Ya una vez transcurrido el edificio de la terminal aérea, las inhibiciones se pierden. Los orientales arrollan abiertamente, han llegado a su tierra en tiempos de Carnaval. Los habaneros observan a distancia, envidiosos de la avalancha espontánea de entusiasmo que no admite reservas.

La cúspide está marcada en tres días: 24, 25 y 26 de Julio: Santa Cristina, Santiago y Santa Ana. El día de mayor fuerza en el Carnaval es el que corresponde al patrón de la ciudad, el 25.

En cada esquina se alza un pabellón, o una carpa multicolor adornada de mascarones o una simple estructura de madera. A medida que anochece el pueblo comienza a deambular, sin orientación, absorto primero en la contemplación, ponderando las posibilidades que ofrecen los días de diversión que se avecinan. Alrededor de las nueve de la noche la atención se va polarizando hacia los barrios más animados: La Trocha o Los Hoyos. Entre el crepúsculo y la medianoche se decide en Santiago a dónde se irá, qué va a hacerse. Luego, hasta la mañana...

5

De repente estalla aquello. Uno va en un auto alquilado en cualquier esquina de Santiago y le dice al chofer: "Lléveme a La Trocha", el auto se arrastrará ascendiendo algunas calles empinadas o se deslizará en veloces descensos por este vertical zig-zag de asfalto que es Santiago.

Y estalla. No hay otra palabra. La Trocha es una serpiente luminosa, una larga calle con kioscos a ambos lados —no hay un centímetro libre— una gran franja de color y sonido.



Primero se escucha un chas-chas sordo que es el susurro de las suelas raspando el asfalto de aceras y calles. De fondo un bum-bum apagado, es el bombo que marca el ritmo.

Los kioscos tienen nombres pintorescos: El Dorado, El Sol de Oriente, Rancho Bimbí, La Cueva, La Pequinesa, La Suerte, La Revolución, El Carioca. Las bebidas son la cerveza y sobre todo el ron, líquido catártico que sirve de combustible al entusiasmo. Y entre trago y trago hay que comer Chilindrón de Chivo, Ayaca (un tamal picante), Congrí, Cangrejo (se sirven con su carapacho entero y hay que romperlos con el fondo de las botellas), Fricasé de Jutía.

Dentro de los kioscos y casetas se baila, pero el desenfreno alcanza su máxima intensidad en las calles.

Pasa un camión anunciador y el público que obstruye la calle se le cuelga de la defensa y lo hace bailar. La carrocería sigue el ritmo de la pachanga; los objetos abandonan su estatismo y se unen a la violenta dinámica del Carnaval.

Hay decenas de vendedores de sombreros: unos sombreritos pequeños de pajilla trenzada que el pueblo llama "pachanguitas" para la gente práctica, unos bonetes de papel plateado y largas tiras blancas, imitación de un turbante, para la mentalidad soñadora. Es seguro que las mujeres que llevan este tipo de bonete son fieles de los folletines radiales.

El Carnaval es una gran exaltación sensual, las mujeres con pantalones muy ceñidos o vestidos llamativos; abundan los rojos y los blancos. Pasa una bella adolescente seguida de una pequeña caravana de muchachones que tratan todos a la vez de susurrarle algo al oído.

Los cuellos de los hombres, los corpiños femeninos están llenos de sudor. En el aire resuena la gran baraúnda musical. Cada kiosco posee su victrola, son centenares de melodías y de ritmos que se entrecruzan. Calle arriba y calle abajo pasan los conjuntos: tumbadora, bombo, cornetín, algunos con su contrabajo.

Mientras, se baila con frenesí, con furia, con una vitalidad primitiva que resulta contagiosa e impresionante a la vez. Existe una alegría animal de la danza. En Santiago puede observarse.

6

"Esta noche se rompe el corojo en Santiago".

Esta predicción se ha escuchado en muchas bocas horas antes de que comience el









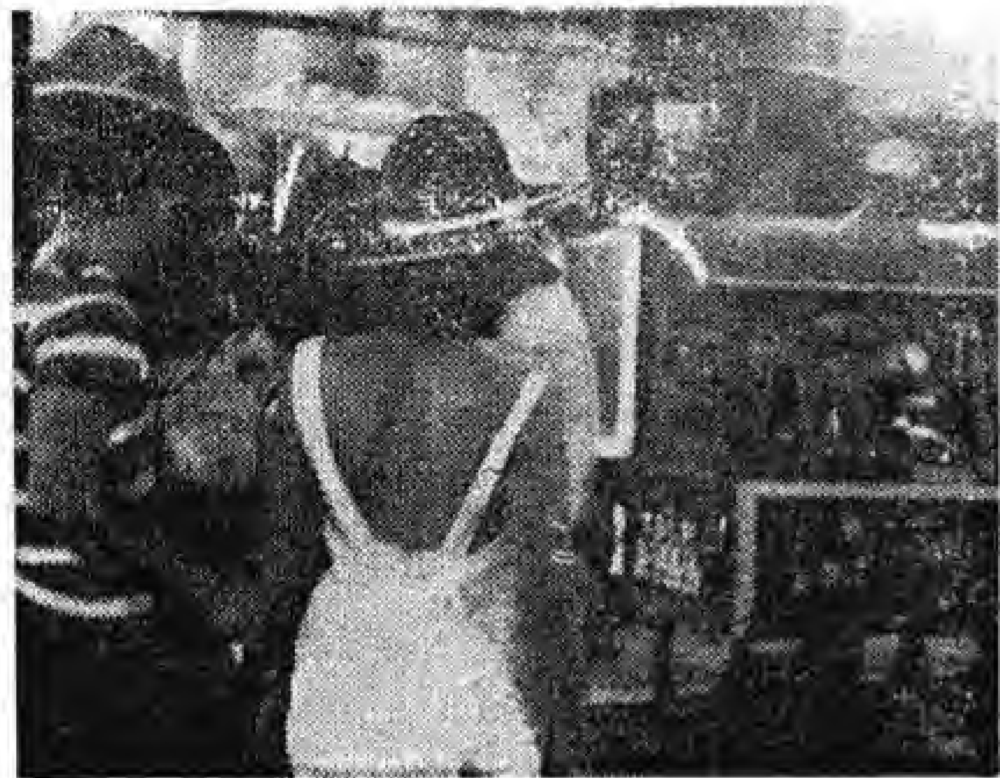


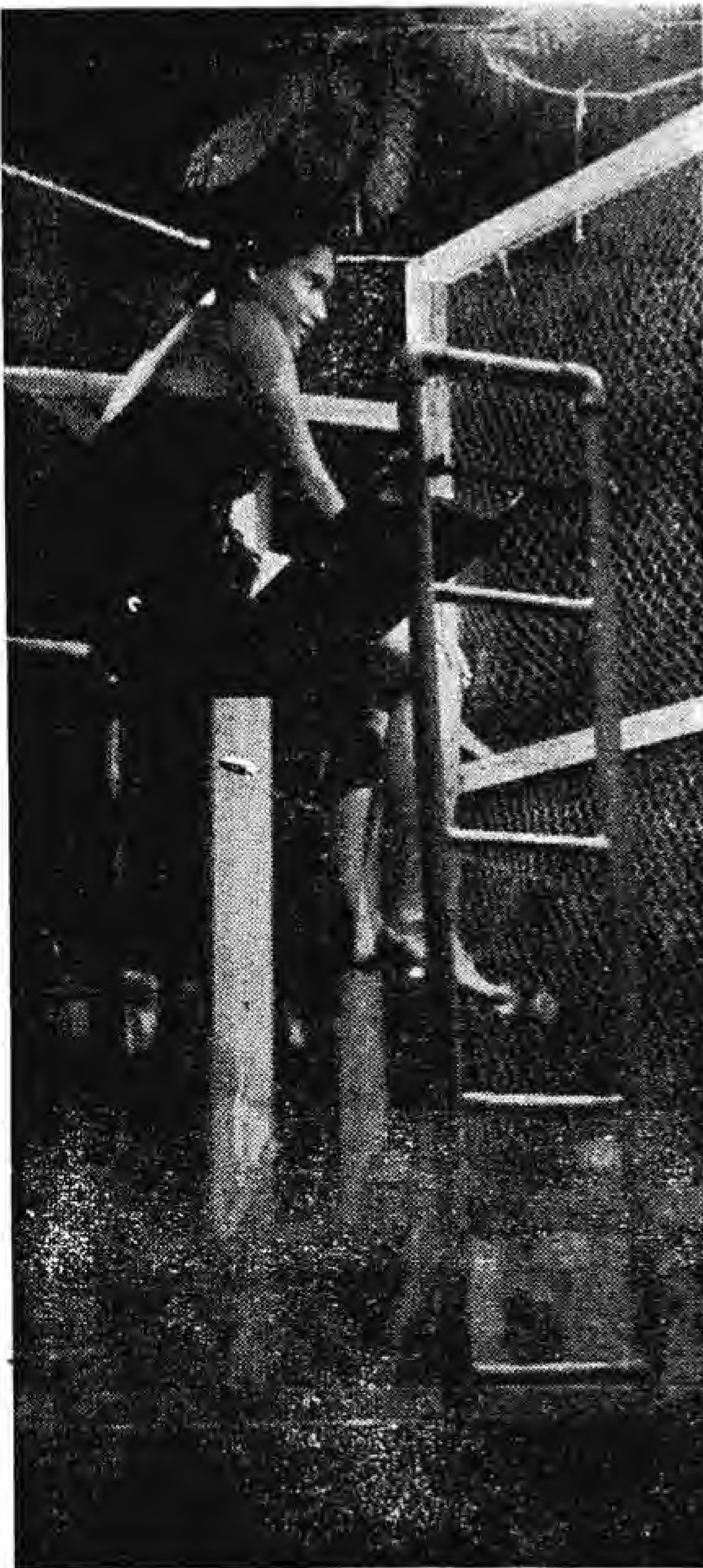


Carnaval. Y hay que quedar a la altura de lo que se habla.

Pero en medio de la gran alegría hay rasgos de tristeza: aquella negra vendedora de bollitos de carita con su rostro serio, con sus rasgos clavados de dramatismo a la luz vacilante de una lámpara de carburo. O la niña, casi una adolescente, que sube con movimientos mecánicos por una escalerilla a sentarse en una pasarela sobre una enorme tina con agua. Junto a la pasarela un disco de plata, tres pelotas por quince centavos, el que golpee el disco hace caer al agua a la niña. Mojada, inmóvil en su asiento inestable, indiferente a la fiesta, demasiado joven... demasiado triste.

Pero los órganos de Pancho Borbolla devuelven la alegría. Estos órganos de sonido barroco que hace en Manzanillo una fami-





lia de artesanos; acompañados de la percusión aguda de los timbales, un guayo y un cencerro. Las parejas bailan con la música sabrosona, reposada.

El danzón permite una elegancia, un garbo en el movimiento que habla de tradiciones, en él están eximidos la energía eléctrica, el impulso primitivo de la conga y la rumba, están ausentes la suave inercia, el dejarse llevar, la uniformidad de movimientos de la pachanga y el cha-cha-cha.

Pasa un mar humano arrollando. Una negra gruesa con un enorme pañuelo rojo ceñido a la cintura va disparando la grupa a derecha e izquierda con despreocupación. Actúa mecánicamente, como movida por un instinto, como si la voluntad no interviniese en su danza.

Más allá una anciana arrolla con una enèrgía que pasaría inadvertida en un día normal de su vida. Sorprendentemente hay voluptuosidad en sus movimientos.

Pasa una joven mulata con un largo collar de conchas y caracoles.

Un kiosco: "La Mina de Oro". Debe serlo porque debajo de la entrada un rótulo advierte: "Vaso de Agua, Un Centavo".

Un hombre reconoce a una amiga que pasa por la calle y salta de la mesa ante la que se encuentra comiendo cangrejos. Lleva una muela del crustáceo aún en la mano y por la barbilla le corre la fuerte y picante salsa de pimientos.

Una familia entera, el padre, la madre, la hija de unos trece años, arrollando tras una tumbadora. El cabeza de familia, previsor, pone su mano en el hombro de su hija para prevenir familiaridades.

Se canta: "Que Viva Cuba, Viva Fidel, que vivan los que lucharon, junto con él". Y sigue con fuerza creciente el chas-chas de las suelas raspando el asfalto.

Todas estas camisas, estos vestidos, estos pantalones ceñidos en los cuales está presente una amplia gama cromática se mueven en la noche como una masa de color.

Las calles están adornadas con sombreros paja y banderas de papel, blancas, rojas y azules. Los kioscos están techados de guano y las columnas de las casas han sido disfrazadas con pencas de palmera.

Calle abajo avanza un conjunto musical del que resalta la voz de un extraño instrumento. No es melódico pero lo pretende. Lanza unas notas agudas sobre la tumbadora que le sirve de soporte: es la corneta china.

Y siempre el ritmo, el entusiasmo del ritmo, el ritmo como una droga que hace perder contacto con la realidad. La percusión incesante. El golpe, el golpe, el golpe. El tam-tam-tam. O el bum-bo, bum-bo. Los parches agotados siempre dan un poco más.

Hay que golpear la madera.
Hay que golpear la piel.
Hay que golpear el metal.

Y va surgiendo esta gran bulla coordinada que en algunos seres hace degenerar en una locura transitoria.

Por encima del bronco gemido de los parches el cornetín agudo impone la melodía.

7

Santiago en Carnaval es la sede de un gran rito pagano. Se adivina la presencia de Pan con caramillo y deseos, en algunas de estas obscuras bocacalles aledañas al paseo.

Pero la resonancia pánica está atenuada por la generosidad, por la entrega del santiaguero.

Pasa uno frente a una mesa.

—¡Oye! Sí, tu mismitico.

—¿Qué desea?

—Venga a darse un palo de ron con nosotros.

Pero yo no los conozco.

—Está en Santiago, compay, que más quiere.

—Sí, sí, échale más ron que tiene poco.

Un cornetín lanza cercano una clarinada y el anfitrión se pone de pie y grita con todo el aire de sus pulmones:

—¡Yerroooooo!

Uno de los amigos que se quiere ir a dormir temprano es acusado de contrarrevolucionario.

8

—Es que estoy cansado, Yayo.

—No, si tú te vas eres un latifundista.

Se tiene que quedar.

A medida que avanza la noche crecen la confusión, la algarabía, el entusiasmo. Los repiqueteos se multiplican; el sudor, el baile, el ritmo, arrasan con todos los cauces, borran las fronteras; es un desbordamiento, una liberación de instintos y pasiones bajo formas concretas. Se pierde la noción de los límites entre sonido, color, movimiento, todo se confunde en una sola masa amorfa que gira, ruge, avanza violenta o retrocede alegre. Las percepciones se amalgaman; los matices, las diferenciaciones, perecen bajo la avalancha. Ya no se sabe cuál es el chas-chas de las suelas y cuál es el titi-ri-ti-ti de la corneta china. Los centros nerviosos envían débiles cargas al tálamo y en el cerebro se combinan en un gran ajiaco sin sentido. Es la batahola, la bullanga, el acabose, la sopasón, el chequerecondengue...

De tan sincera la alegría aquí no hay necesidad de usar caretas. Es el único Carnaval del mundo en el que no se usan caretas. No hay necesidad de forzar una máscara de la alegría. En Santiago hay alegría todo el año. Trocha abajo avanza un grupo de jóvenes con movimientos gráciles. Vienen con el rostro desnudo y en ellos está el carácter de la ciudad: la generosidad, la cubanía, la pura alegría de vivir. Ese es el mensaje de Santiago: la alegría de vivir que se somete a la muerte cuando la muerte es necesaria para preservar la alegría de vivir.

En la madrugada santiaguera las voces se unen:

"Ahora que estamos gozando en Cuba Libre
que buena, que buena, que buena,
que buena eeee la libertad".



"Toda rigidez del carácter, del espíritu y aún del cuerpo, será sospechosa a la sociedad porque es el signo posible de una actividad que se adormece y también de una actividad que se aisla, que tiende a separarse del centro común alrededor del cual la sociedad gravita".

BERGSON

9

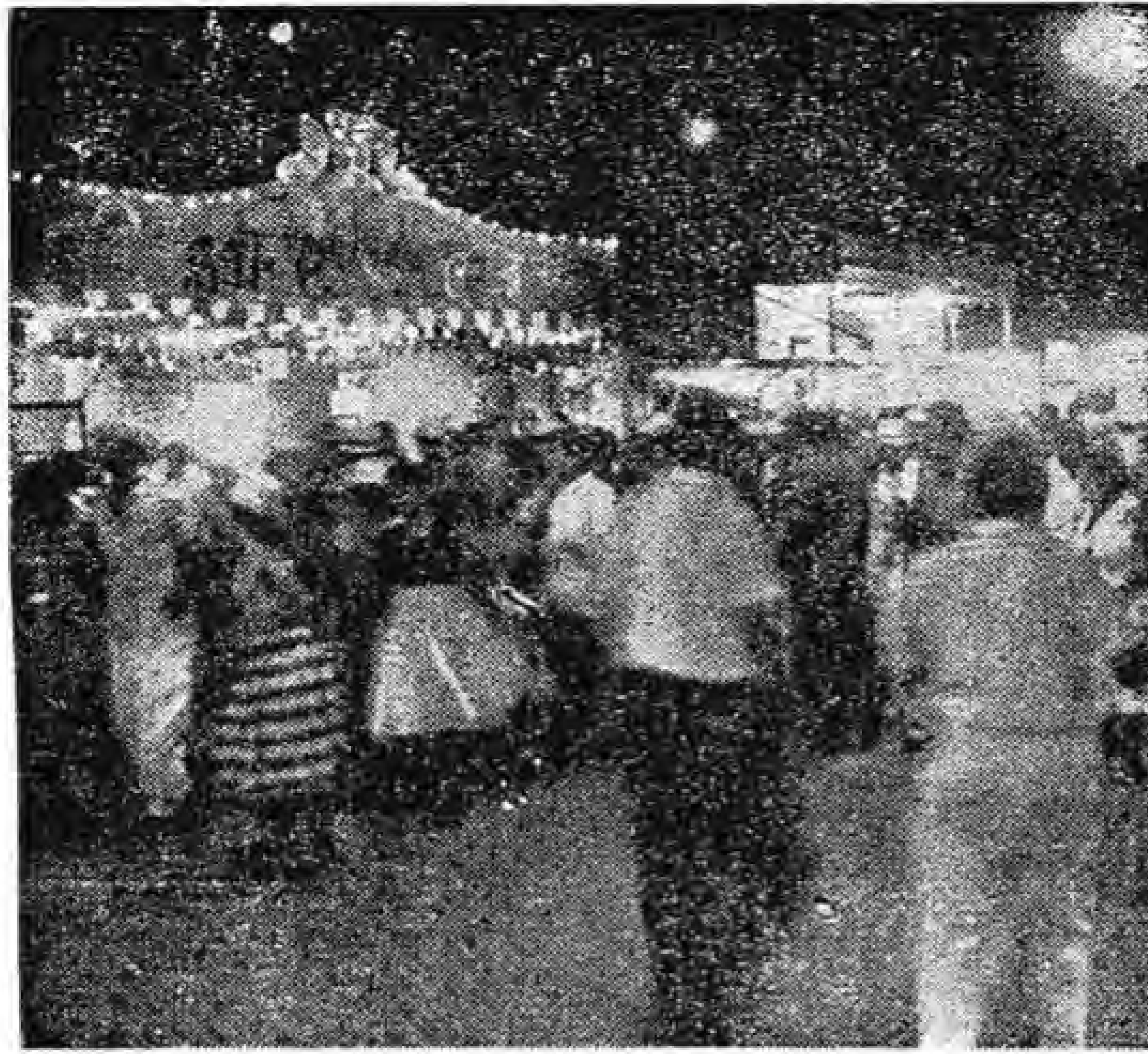
No existe en los Carnavales de Santiago una conciencia definida del Yo. Se trasciende el propio límite físico para disolverse en el conjunto. El grupo es el que dicta. Es en ese sentido una manifestación de colectivismo que propicia la solidaridad y ésta —en el gozoso compartir— la hiperestesia de los sentidos.

En La Habana existe una enojosa autoconsciencia. Siempre se está pendiente de la mirada o de la opinión ajena. En Santiago todos van a lo suyo. El prójimo sólo importa en la medida en que está dispuesto a fundirse en la masa común.

Esta gran fiesta de los Carnavales debe su éxito al carácter mismo del santiaguero, a su enorme generosidad, a su gran capacidad de entrega. El santiaguero se entrega en la amistad. En el vestíbulo de una casa uno se siente dueño de la cocina. El santiaguero se entrega en las ideas. La resistencia clandestina y el gran auge del Movimiento 26 de Julio, la innumerable lista de mártires locales y la salvaje represión que tuvo que ejercer la dictadura son pruebas de ello; eso si no contamos los movimientos libertarios del siglo diecinueve que tuvieron todos su cuna en Oriente.

Asimismo el santiaguero se entrega en la diversión. Y posee la virtud fundamental para el placer la generosidad.

El exergo de Bergson que encabeza estas palabras sirve para esclarecer. La rigidez del carácter es signo de disociación. Pero esta gran flexibilidad de espíritu y de cuerpo del santiaguero son símbolo de una acti-



vidad que se compromete alrededor de un centro común, que gravita en torno a una sociedad.

El individuo, en el carácter santiaguero, sólo existe en la medida en que es un elemento del grupo. La parte no cuenta como tal, sino como integrante del todo.

10

Amanece el día 25, el día del patrón de la ciudad. En la festividad de Santiago hay sensación de continuidad. Los lecheros, los panaderos, distribuyen los alimentos de la ciudad con sombreros de paja y pañuelos de colores atados al cuello. Parece que se está viviendo en medio de una fiesta que se ha atenuado pero no se ha interrumpido.

Ya a las diez de la mañana los bares, los cafés, las bodegas, están llenos de bebedores. Lo que hasta ahora se ha limitado a La Trocha y Los Hoyos va a desbordarse ahora por todo Santiago.

Entra en un café un grupo de mulatos







con las caras pintadas de blanco. Van rumbeando y utilizan como instrumentos una botella vacía, la tapa de una caja de quesos y una tumbadora pequeña. El más pequeño pide dinero.

—¿Y por qué se supone que hay que pagarte?

—Es para el traje, maestro, hay que sacarle el dinero.

Está vestido con una chaqueta amarilla de mangas rojas cosida de lentejuelas: un conjunto extravagante. Saca del bolsillo dos billetes de a peso mojados por el sudor.

—Me costó siete billes, sólo me faltan cinco.

—Y se alejan cantando:

"Palo Mayimbe
nos vamos pa' la loma".

Comienzan a aparecer por las calles algunos disfraces. Por la tarde desfilarán las comparsas. Aquél trae un sombrero con dos inmensas flores rojas pendientes de un largo alambre. El otro viene con una sombrilla naranja de cuyo borde cuelgan borlas blancas. El de más allá trae una chistera rota de copa azul. Van cantando:

"Dale la patá' a la lata
que viva, que viva la bachata".

En un bar se encuentran dos amigos y estalla un abrazo revienta pulmones.

"Yo vivo en el agua
como el camarón
y a nadie le importa
cómo vivo yo".

Más voces, más conga. El sonido agudo de la corneta china. El mostrador está lleno de cerveza derramada. La fiesta está en todas partes, cada esquina, en cada adoquín de Santiago. El sol intenso imparte su bendición de domingo. La energía proviene de un dinamo inagotable. Las camisas almidonadas, los zapatos limpios. La familia de paseo esperando las dos de la tarde para ver las comparsas. Un sombrero blanco de lunares rojos.

Es el día de Santiago.



11

El mal gusto a fuerza de reiteración se hace norma. Es por eso que resulta menos molesto este despliegue de colores inarmónicos, este exceso de chabacanería en el vestuario. Comienzan a salir los figurantes de las comparsas de por la tarde.

—Mira a la Nena. Se cortó las venas hace quince días y ya está arrollando.

Enramada abajo avanza un grupo. Todos en él tienen capas de terciopelo: naranja, rosa, amarillo. La más loca imaginación preside el adorno. Espejos, muñecos de pasta, plumas, lentejuelas, marabú, sombrillas y zapatos con pompones, foquitos de luz. Todo es lícito para echárselo arriba.

Ortega y Gasset en su "Meditación del Marco" afirma que la primera acción artística que el hombre ejecutó fue adornar su propio cuerpo, que la primera obra de arte consistió en la unión de dos obras de la naturaleza que la naturaleza no había unido. La pluma de ave en la cabeza del indio es la expresión de un instinto que marca su diferencia y su superioridad sobre los demás y la biología va demostrando cómo ese instinto es más profundo que el de conservación y el de superación y predominio.

Ahí tenemos a la Nena que avanza por Enramada con las cicatrices frescas en sus brazos, la autoaniquilación ha desaparecido ante la vida florecida. La Nena lleva pañuelos de colores y un sombrero: se ha sometido a un impulso que ella misma no podría explicar. Se adorna y vive; va arrollando, flexible su cuerpo y su espíritu al color y al sonido. Su gesto anterior de sustraerse del medio —de suprimirse— ha dado paso a su voluntad de sumarse a la colectividad. Por ello se ha adornado, lleva atributos de la alegría y atrae la atención sobre su triunfo, sobre su superioridad.

12

Las comparsas desfilan por la Avenida Garzón. Y de Garzón a La Trocha media la distancia que existe entre lo espontáneo y lo artificial.

En las comparsas hay un impulso básico que permanece estable: la compulsión a la danza, al gozo en común; pero hay adulteración en los detalles.

Aquí cada cual pone adornos de su imaginación, la tradición es olvidada. En La Trocha se permanece fiel a un patrón dictado por los años. A su vez este patrón, este esquema, surgió del gusto popular. En Garzón se imponen nuevas normas, algunas injertadas a la brava, sin relación con el folklore. ¿Qué hacen aquí esas niñas de falda corta imitación de las "majorettes" de las bandas norteamericanas?

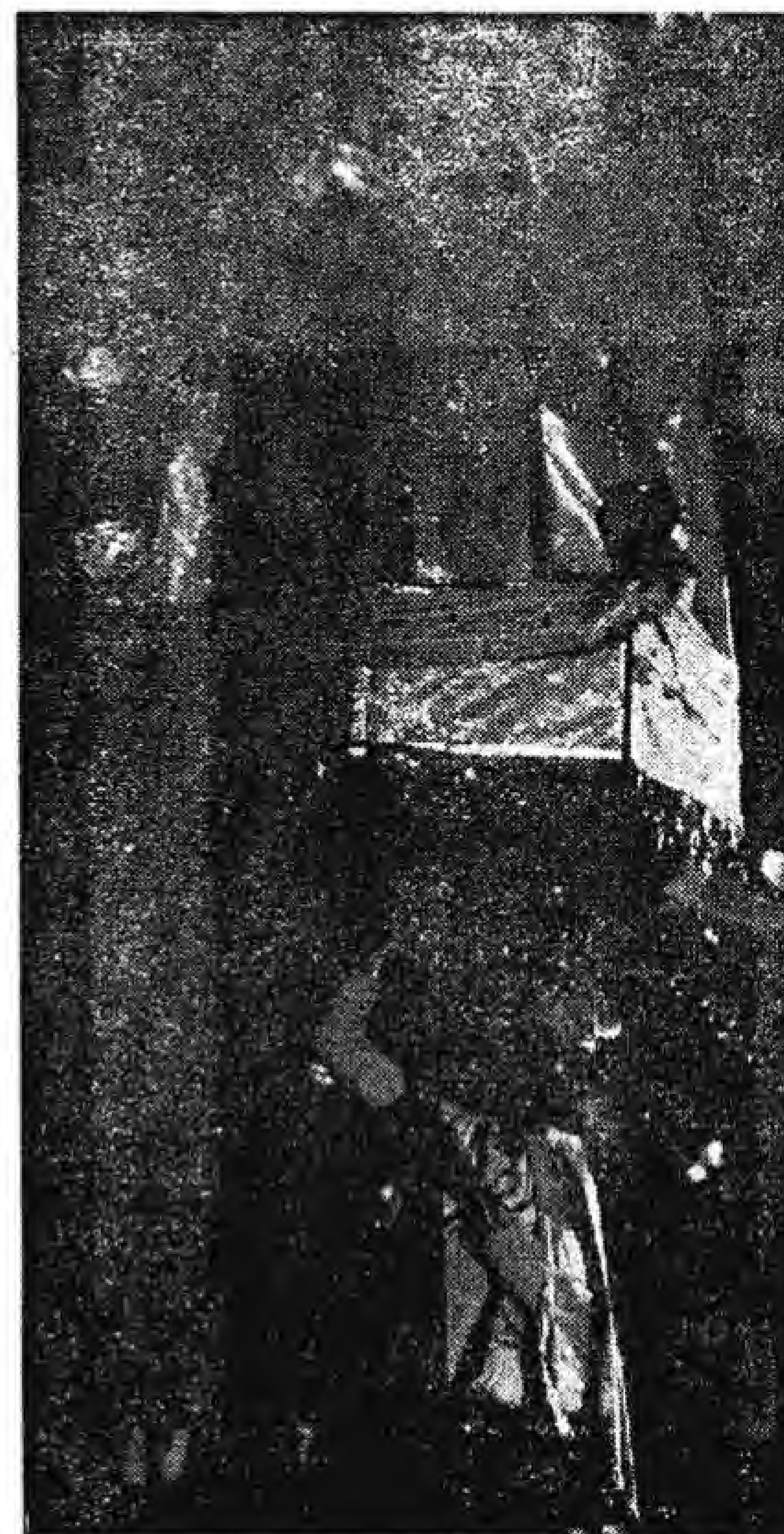
El desfile de comparsas resulta cansón, monótono, exento de gracia. Las chispas, el brillo ocasional, se lo deben al aporte popular: cuando arrollan tras la comparsa que terminó, cuando bailan junto a una carroza o conversan con las figurantes que la adornan.

El desfile en sí es mustio. Y es que el método está reñido con el instinto. Cuando se sistematiza un impulso. se pierde como tal y sólo queda la acción mecánica, sin vida interior. El pueblo espontáneo, obedeciendo un impulso, es hermoso. Eso es La Trocha. El pueblo siguiendo una norma prefabricada, obedeciendo un patrón impuesto desde afuera pierde su fuerza y su belleza. Eso es Garzón. Porque en las comparsas hay algo que sujeta, que inhibe, que coacciona. El espectáculo de Garzón es una degeneración chocante de lo que en La Trocha es estético.

Se trata de la misma agua, sólo que en un lugar está contenida en un cubo y en el otro fluye libre e impetuosa formando una bella cascada.

13

La diversión en común es un impulso atávico. Es un instino, como la tendencia a



creer en deidades, a la danza, a la procreación, al habla. Son compulsiones que trascienden la racionalidad y como leyes naturales poseen una fuerza.

Cuando el hombre comienza a adorar el fuego o a emitir sonidos guturales está tratando de darse un poco de seguridad porque en la deidad presiente una energía superior que le protege y en la cual puede descargar su responsabilidad de existir. En el habla está haciendo contacto con sus semejantes y esa comunidad es una fuerza superior a la del hombre solo.

La danza, sin embargo, ya no tiene ese fin utilitario ni el adorno tampoco. El hombre se viste para protegerse de los elementos; el adorno es un plus, un acento para distinguirse. Con el adorno el hombre trata de traducir su supremacía. En la danza se expresan sentimientos: dolor ante la muerte, alegría ante el amor. Su propia dinámica la convierte en un agente catártico, en un bálsamo aliviador, en una vía de escape a presiones en el corazón o en el cerebro.

La danza al evolucionar adquiere sus caracteres plásticos y religiosos. El juego, sin embargo es alegría pura, simple felicidad de estar vivos. Se juega cuando hay despreocupación, la civilización traerá la nueva fórmula: jugar *para* despreocuparse. Pero en su primer estadio, el juego es signo de vitalidad, de entusiasmo, de placer.

En Santiago pueden verse el juego y la danza como expresión de valores espirituales del hombre, es decir, como obediencia a impulsos no utilitarios. Todos los carnavales de Santiago son un gran juego, una enorme fiesta alborozada. El hombre al entregarse al juego en común se está sintiendo parte integrante de un grupo, sigue un instinto gregario, evita el aislamiento.

Cerramos el ciclo volviendo a la etapa original: Abandono del Yo —Integración en el grupo— Comunidad placentera— Exaltación de los sentidos— Estética en la espontaneidad —Obediencia a los instintos— Expresión de sentimientos y de valores, espirituales —Comunidad en el placer— Abandono del Yo.

Pero en el gran juego santiaguero hay algo más que la simple obediencia a un mandato ancestral remodelado por la tradición. La fiesta es una excusa para el desahogo de inhibiciones. En ese sentido —Freud lo vería así— Santiago es una gigantesca catarsis colectiva. Las pequeñas frustraciones, los reveses cotidianos que se acumulan durante el año, se limpian en unas pocas horas de carnaval. Es una ancha vía de salida a las presiones. Después del drenaje de impulsos nerviosos queda uno como el títere al que han cortado los hilos. Santiago en carnaval es droga, cauterización de llagas, es un puente con el ámbito externo que al transcurrirse deja abierta ante todos una visión interior. El carnaval oriental es, fundamentalmente, una gran provocación a la verdad, un parto compulsorio de las esencias del hombre.

14

Estamos en una calle cualquiera de Santiago. Los vecinos han alquilado una orquestica, han instalado unos altavoces, han puesto un kiosco de refrescos y bebidas —compradas con el dinero reunido entre todos— han adornado las fachadas con pencas y han tendido un techo, de tejado a tejado, con banderas de papel de colores.

Esta es una fiesta de barrio. Hay muchas así. Están cantando:

"¡Ay!, pobre Mamerto
murió de la cintura"

Frente a una casa hay un cartón pintado que dice: "Sin cuota pero nos divertimos".

Hay mujeres endiabladamente bellas, tan bellas que como diría un personaje de Erskine Caldwell: "Dan ganas de tirarse en tierra y morder el polvo". Un niño lleva una capa en la que proclama en letras de lentejuelas: "Cubano de nacimiento, Oriental de condición, Santiaguero por orgullo". Pasa un muchachón con la cabeza adornada de tiras de cáscara de naranja. Nadie camina en Santiago durante los carnavales —ni siquiera en sus casas— sólo se arrolla. Este arrastrado de suelos es la única forma de locomoción directa que se practica mientras la fiesta está andando.

Hay muchas diferencias entre las orquestas. Las más primitivas constan de un cajón y una botella, aunque a esto no pueda llamársele así, pruébese a sonar un cajón y una botella en Santiago y se asombrará de los resultados. Hay otros conjuntos de tumbadora, bongoes y corneta china. La presencia de cuerdas y metales otorgan jerarquía; las orquestas más complejas de Santiago poseen una guitarra, un contrabajo, un saxofón, una tumbadora, un bongó y un bombo.

La actitud de los músicos es también peculiar. No están allí profesionalmente ganando un sueldo. Ellos participan del placer general. Beben ron, gozan extrayendo sonoridades de sus instrumentos. En su actitud hay participación, no expectación.

En el baile hay fluidez de movimientos. El baile de La Habana es entrecortado. En la capital se baila como diciendo interjecciones. En Santiago el baile es una frase bien hecha.

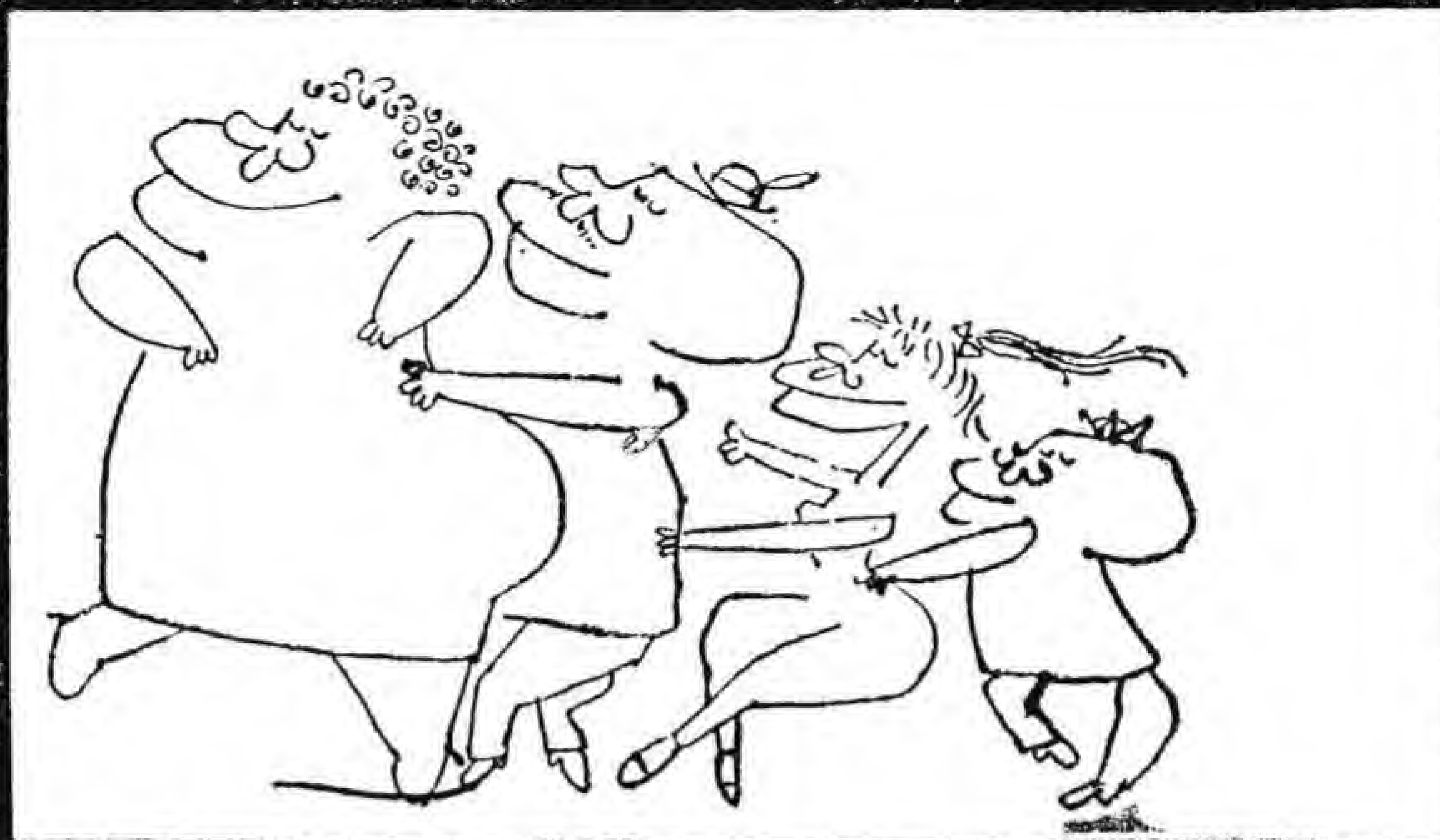
El baile jamás es una excusa para el sexo. Se baila con inocencia. El deslizar acompasado es sano, directo, sin reserva. En los niños que bailan se nota la ausencia de malicia, no lo hacen muy diferente de los mayores.

El carnaval en Santiago es una exaltación de la sensualidad pero no hay en él un átomo de sexualidad. La diferencia es de matices. La sensualidad es una sugerencia, la sexualidad una declaración. El elemento que interviene para establecer categorías es la dignidad. El baile, el arrollado santiaguero, posee gran dignidad. Existe una elegancia de movimientos, una serenidad aun en medio del ritmo más frenético, que otorga esa dimensión casta a la danza popular. No importa cuán deforme o grotesca la persona, se transfigura en una estampa agradable por la magia del baile santiaguero. La sexualidad es un elemento añadido, una superes-













tructura del baile que no resta ni añade nada a su esencia. La sexualidad ha sido un agregado que el hombre ha impuesto a la danza. Pero Santiago se ha despojado de la artificialidad y allí sólo se insinúa. Es sensualidad la invitación sutil que con delicadeza se desliza en algunos movimientos.

15

El calor, el cielo, la noche, son los agentes climáticos que ayudan a provocar la explosión de Santiago. El ron y la cerveza son los elementos internos. Pero estos son simples detonadores que no actuarían si no hubiese un barril de pólvora. La pólvora es en este caso la ciudad en sí.

Santiago, con su carácter, con sus gentes, con su espíritu, con sus calles, sus tradiciones, su antiguo encanto, es el gran caldo de cultivo que permite la aparición anual de los carnavales. Esta gran fiesta de cubanía tiene su razón de ser en esa tierra de calenturas. Santiago en su criolla verdad, en sus ritmos afroides, en su ancestro colonial, en sus luchas libertarias, con sus muertos, con sus calles estrechas, con sus balcones trenzados en madera, Santiago con sus colores, con su espontaneidad, con sus líquidos rubios que opacan el sentido, Santiago en su vitalidad, en su energía, en su entrega generosa, Santiago en su fiesta, Santiago en su nobleza: es el ámbito fundamental de nuestras raíces nacionales, el espejo que nos devuelve la imagen de nuestra isla.











notas

SOBRE UN ENCUENTRO EN LAS MERCEDES

por josé barbeito



El joven oficial rebelde, de pie tras la mesa, oyó pacientemente la queja. Su interlocutor había viajado desde La Habana hasta El Caney de Las Mercedes para estar el 26 en la Sierra. Ni él ni su mujer —una rubia de ojos fatigados que se había quedado detrás, apoyada en el vano de la puerta— tenían dónde alojarse. Rostros ansiosos asistían a la conversación. En realidad aquel hombre no pedía mucho, sólo un lugar donde dormir con un mínimo de comodidad. Pero aun aquéllo era imposible; un millón de personas tenía el mismo problema. El oficial se rascó un momento la barba y explicó:

—Anoche el Embajador de Uruguay y el Presidente del Tribunal de Cuentas durmieron en el suelo, en un portal. No podemos hacer otra cosa.

Aquella breve explicación tenía la rara virtud de los hechos, las palabras perdían su condición adquirida de frío signo convencional para reasumir su originario ser como acciones puras, se integraban en la dialéctica dramática de la realidad de donde extraían su significación y su existencia. La explicación del joven oficial formaba un mismo cuerpo de mil rostros con aquel río oscilante de gentes y vehículos de todas clases que desde hacía tres días fluía incesante por los dieciocho kilómetros de terraplén desde Yara hasta Las Mercedes.

A partir de Estrada Palma la multitud, como un río en la desembocadura, se esparcía por el monte, librada a las necesidades inmediatas del asiento, el sueño, la comida. Y el campo devoraba insaciable la fluyente vida de la ciudad, la ocultaba en un escenario abrumadoramente estático de verdor, de espera, de calor.

La lucha hermana hombres... y la naturaleza también.

Por los montes de las estribaciones de la Sierra las ropas de los hombres de la ciudad ponían furiosas notas de color en el verdor inalterable e indiferente de los campos.

Todos los rostros son iguales cuando esperan, nada hay más igualitario que la esperanza y la solidaridad en la esperanza.

Y después y primero existe el calor, un calor encarnizadamente enemigo, inhóspito, un calor que castiga de modo implacable e indiscriminado, un calor que convierte un remedo de sombra en plaza de conquista, un calor que nos hace inanes y se agarra pegajosamente a la piel y la martiriza con violencia, un calor horrible, feroz, permanente, igual para ministros y limpiabotas.

Y enfrente, la Ciudad Escolar "Camilo Cienfuegos".

II

La solidaridad se manifiesta de muchos modos. Tantos como hombres hay. La solidaridad reside en el corazón del hombre. Basta que un hombre se sienta hermano de otro para que la solidaridad brote como el agua de un surtidor. El que tiene pan, eso da; quien tiene una palabra buena, la da también; y saber el que lo posee. Y buena voluntad, sobre todo.

Tres hombres sudorosos suben un monte. Las correas de las mochilas se les entierran en los hombros. Jadean. Las camisas deportivas reducen un poco la marcialidad de las botas y los pantalones de kaki verde olivo. Sus miradas son ansiosas. Buscan dónde instalarse, porque ya han andado mucho y se advierte que el camino abrupto de la serranía no está hecho para sus pies habituados al asfalto de las ciudades. Pero todo está tomado. Sin esperanza se echan a la hierba, junto a un arbusto casi sin hojas.

Luego de un rato un campesino se acerca a uno de ellos y lo toca.

—¿Qué, compay, no sabe hacer una cobija? Ese palo sirve.

Minutos después el machete campesino hacía nacer de las frondosas ramas de los alrededores la deseada cobija que hermana hombres y voluntades. Y mientras las delgadas manos ciudadanas y las rugosas manos campesinas compartían el pan común del trabajo los corazones hacían culminar la solidaridad en el intercambio de los comunes sueños y las esperanzas comunes.

Del otro lado de la cañada, junto al río, subían las risas y las voces. En las frescas aguas —¡tan iguales siempre, e inalterables!— cuerpos iguales hallaban una misma satisfacción y expresaban idéntico regocijo.

III

En el edificio número 7 de la Ciudad Escolar "Camilo Cienfuegos" se aglomera un enjambre humano. Casi no hay dónde dar un paso. Las hamacas se extienden sin solución de continuidad de columna a columna. Y debajo de las hamacas hay hombres que duermen. Y otros recostados a las columnas. Por entre ellos, con mucho cuidado para no lastimar, hay que pasar. Sólo cuando es absolutamente necesario.

Afuera se amontonan los vehículos —camiones del INRA, pisicorres, autos, jeeps. Hay habaneros que tuvieron la fortuna de dormir en un vehículo. ¡Vaya fortuna! Los choferes son personajes privilegiados: tienen el deber y el derecho del vehículo que conducen.

Un grupo de soldados se acerca a un jeep y pregunta por alguien. La respuesta surge rápida. El tripulante del jeep desciende y señalando hacia el monte repregunta:

—¿Cuál de esos árboles le gusta?

—¿Por qué?, inquiere el soldado, sorprendido.

Para empezar a buscarlo. El dijo que iba en esa dirección a colgar su hamaca.

Y los soldados ríen, pensando en el absurdo de encontrar a un hombre entre un millón esparcido por el monte, donde todos los árboles se parecen... y los hombres también.

IV

Sin sentirla, sin percibirla apenas, la noche ha ido cerrándose sobre Las Mercedes. En el escenario al aire libre los artistas del Teatro Nacional realizan, entre aplausos, el ensayo general. ¿No ensayan también acaso la aventura extraordinaria de re-crear la irreal realidad del hombre? Las luces de teatro, aquí en el ámbito agreste de la Sierra, son aún más irreales y, por contragolpe, la naturaleza brutalmente objetiva de Las Mercedes se hace un poco fantástica tras la "Cantata" y "El Milagro de Anaquillé". Los grandes reflectores hacen, por breves momentos, de la noche día. La realidad del teatro y la realidad de la Sierra intercambian valores.

¿No reside acaso la mayor irrealidad en la concreta realidad de estos seiscientos artistas del Teatro Nacional en el acto mismo de ofrecer, en el escenario heroico de las estribaciones de la Sierra, un espectáculo que sólo algunos han alcanzado a ver en La Habana? ¿Y no parecía una irrealidad todavía mayor, que un millón de personas se hallara en aquellos instantes en Las Mercedes?

Alrededor del escenario se confunden, sentados sobre la tierra húmeda, con los niños de la Ciudad Escolar algunos dirigentes revolucionarios, escritores, periodistas, obreros, campesinos, el pueblo. Todos son un pueblo decidido a ser libre; ellos forman parte de esa real irrealidad de Las Mercedes.

Regresemos del ensayo a través de los campos enlodados de lluvia. En los alrededores de los edificios duermen los hombres y las mujeres, de cara al cielo, como quería morir el Apóstol. La luz de los faroles llega débilmente a ellos. A veces no es fácil discernir si es un cuerpo o dos unidos por el sueño. Un poco más abajo la multitud (¿cuándo un espectáculo teatral ha sido visto en Cuba por tantos miles?) regresa ¿adónde? Buscan el lugar donde dejaron la hamaca y la mochila; muchos no saben aún dónde dormirán. En definitiva, no importa. ¡Cualquier lugar es bueno para un sueño!

V

Las Mercedes es una fértil zona junto a la Sierra. El lomerío empieza allí a empinarse trabajosamente. Las lluvias son tan copiosas como duro e inclemente el sol. El terreno es abrupto y tras las hondonadas los montes se van haciendo más altos hacia el firme de la Sierra. En las cañadas la vegetación es rica y refrescante. Un puente de madera de una sola vía, a horcajadas sobre el río Yara, une los dos trozos del terraplén, que trepa constantemente, y las gentes trepan por el terraplén, sin descanso, sin titubeos.

A un lado del camino, sobre un montecito, una tienda de campaña demasiado previsora para estar a tono con el ambiente domina la riada humana. Un poco más adelante un centenar de hombres gatea por un monte que utilizaron los rebeldes para atacar el cuartel de Estrada Palma. Los que les precedieron han colocado en la cima un enorme cartel: PATRIA O MUERTE. En un riachuelo —el día 24— unas mujeres lavaban ropa, el agua sobre las rodillas. El día 26 al atardecer los hombres se echaban de cabeza al río, con ropas y todo, para refrescarse.

El terraplén hace una curva y, al salir, la Ciudad Escolar.

Es una enorme feria donde nadie sabe nada de nadie y nadie puede encontrar a nadie. Todos preguntan sin esperar respuesta. La gente deambula de un lugar a otro: aguardan. Hay una confusión enorme de jeeps, camiones, personas que se dirigen hacia todas partes. A ambos lados del terraplén hay hombres sentados en montón. Cada uno ha echado su humanidad en el hueco que ha encontrado libre. Hay que hacerse oir a gritos. Los soldados, inalterables, intentan orientar a los que llegan, pero los que preguntan son una minoría. Y los que atienden las indicaciones menos aún. Han llegado, y éso es lo único que importa. Están allí para la cita el día 26.

VI

Llueve a torrentes en la montaña. Rumbo a Yara, un jeep desciende de Las Mercedes. Apenas le queda gasolina y hace un alto en el poblado de Cerro Pelado. No hay nadie en la bomba de gasolina. La necesidad de seguir camino es mucha. Bajo el agua y el jeep casi descubierto los hombres que lo tripulan salen. Van a la bomba, sin candado, toman la manguera y se sirven combustible. Tres pesos el consumo.

Luego se dirigen a unos hombres que se resguardan de la lluvia bajo unas yaprevia le dan el dinero a uno de ellos.

—Dígale al dueño que en días como

—Dígale al dueño que en días como éstos hay que sacrificarse un poco...

Los milicianos toman el dinero, sonríen y saludan.

—¡Buen viaje y mejor tiempo!

Y el jeep continúa terraplén abajo.

VII

A un lado del terraplén, a la entrada de la Ciudad Escolar, hay una tienda del pueblo. Está construída sobre una sólida base de concreto y es preciso subir unos escalones hasta una suerte de terraza que le sirve de portal y domina el terraplén. Cuando llegamos a Las Mercedes la terraza estaba materialmente colmada de gentes que miraban a las otras gentes. Debajo, en el terraplén, el hormiguero incansable.

Los periodistas que llegaron al Caney de Las Mercedes el día 24 recibieron una extraordinaria sorpresa. Contaban con hallar la naturaleza en su dimensión más inhóspita. Nada sorprendente, pues eran hombres de ciudad. En realidad pensaban encontrarse allí librados exclusivamente a sus propios limitadísimos recursos, alimentándose como rumiantes de sus propias reservas. ¡La imaginación es tan pródiga!

Se hallaron, en cambio, respaldados por una cuidadosa previsión que intentaba responder a todas las posibilidades. Teams de mecánicos y repuestos de autos situados a distancias prudenciales a lo largo del camino para evitar las aglomeraciones del tránsito por desperfectos en los vehículos, ambulancias previsoramente colocadas, milicias encargadas del orden y una abundantísima provisión de víveres de todas clases a los precios más bajos posibles. A ambos lados del camino los tableros con comidas y dulces se alineaban interminablemente y contribuían a dar al viaje un aspecto de feria. En la tienda del pueblo los comestibles formaban gigantescas pirámides y las grandes neveras albergaban cantidades incalculables de refrescos y aguas embotellados.

Varios periodistas hablaron, admirados, con un empleado de la tienda.

—Ni en diez días pueden comerse lo que hay aquí —afirmó, justamente orgulloso de aquella previsora organización.

Uno de los curiosos, más avisado, dijo bajando las escaleras:

—Otra cosa vas a decir cuando pase por aquí un millón de cubanos.

Y fue profético. El día 26, a las tres de la tarde, la langosta humana había limpiado la tienda hasta las paredes. A los lados del terraplén habían desaparecido los tableros.

VIII

Frente al campamento de mujeres combatientes "Mariana Grajales" una familia campesina espera. La madre, de 17 años, sostiene en brazos una criatura de meses, que chupa café claro de una botella que alguna vez fue recipiente de jarabe.

—¿ ?

—No tengo otra cosa que darle... así el niño se entretiene y no llora.

Minutos después del mismo recipiente mana leche y alrededor de la joven madre mujeres combatientes hacen preguntas y prestan ayuda.

¿Cuántas generaciones de niños campesinos habrán vivido de café claro?

IX

En algún lugar del campamento resuena, inesperada, una tumbadora. Es como un alerta. Le siguen algunos compases y después estalla, furiosa, sensual, la conga. La Comparsa habanera del Alacrán revive en los cuerpos orientales los ecos aún no adormecidos de la Trocha y en un instante el campamento se convierte en un delirante estremecimiento de gentes que oscilan rítmicamente. La Comparsa encabeza el desfile. Detrás, indiscriminadamente, todos. Sobre el mar humano que baila, las farolas hacen su danza de luces y colores.

Todo el campo es pista. La Comparsa va por todas partes, todo lo penetra con su ritmo. La banda militar se suma al ritmo sensual y alegre de la conga y los orientales reeditan en el terraplén el Trocha-arriba y Trocha-abajo de Santiago de Cuba.

La música es como la Revolución, nivela hombres y ayunta voluntades. Todos los pies son pies cuando marcan el compás sobre la tierra o sobre el asfalto, todos los cuerpos son cuerpos cuando el ritmo los sacude, todos los homres son iguales cuando están hermanados por los mismos intereses y los mismos ideales, todos los hombres son hombres cuando se aman los unos a los otros.

X

Es la mañana del 26. En la gigantesca explanada convertida en anfiteatro para la concentración enormes grupos esperan. Lejos, junto al terraplén, convertido por azar de las circunstancias en Calle Mayor, la aglomeración es indescriptible. Sobre Las Mercedes vuela un helicóptero que las gentes siguen ansiosamente con la vista. Al fin, desciende a un lado de la explanada y todos corren a rodearlo. Estamos muy lejos para ver quién desciende, pero sabemos que no es Fidel por la forma en que la multitud se aparta.

Por la tarde Fidel está en la tribuna. Y habla. Recuerda que ningún hombre es insustituíble, aunque se llame Fidel. La multitud oye atenta, ávidamente. De pronto comienza a lloviznar y la multitud inicia un grito sordo, rítmico, igual. Fidel se detiene. La multitud continúa. Fajardo tapa a Fidel con el jacket impermeable y la multitud calla.

XI

En el aeropuerto de Manzanillo, mientras espera el avión que lo traería de regreso a La Habana, un hombre alto, fornido, de espejuelos oscuros, se echa en el suelo a dormir un rato.

Un soldado rebelde que custodia la pista lo mira, sorprendido.

Alguien explica: —Es un embajador cubano en el extranjero.

El barbudo campesino de uniforme verde olivo se pasó la mano por la cabeza y volviéndose comentó, como hablando consigo mismo:

—Mucho han cambiado las cosas.



SIERRA
A LA
TODOS LOS CAMINOS LLEVAN



Un músico ciego y su lazarillo improvisado.



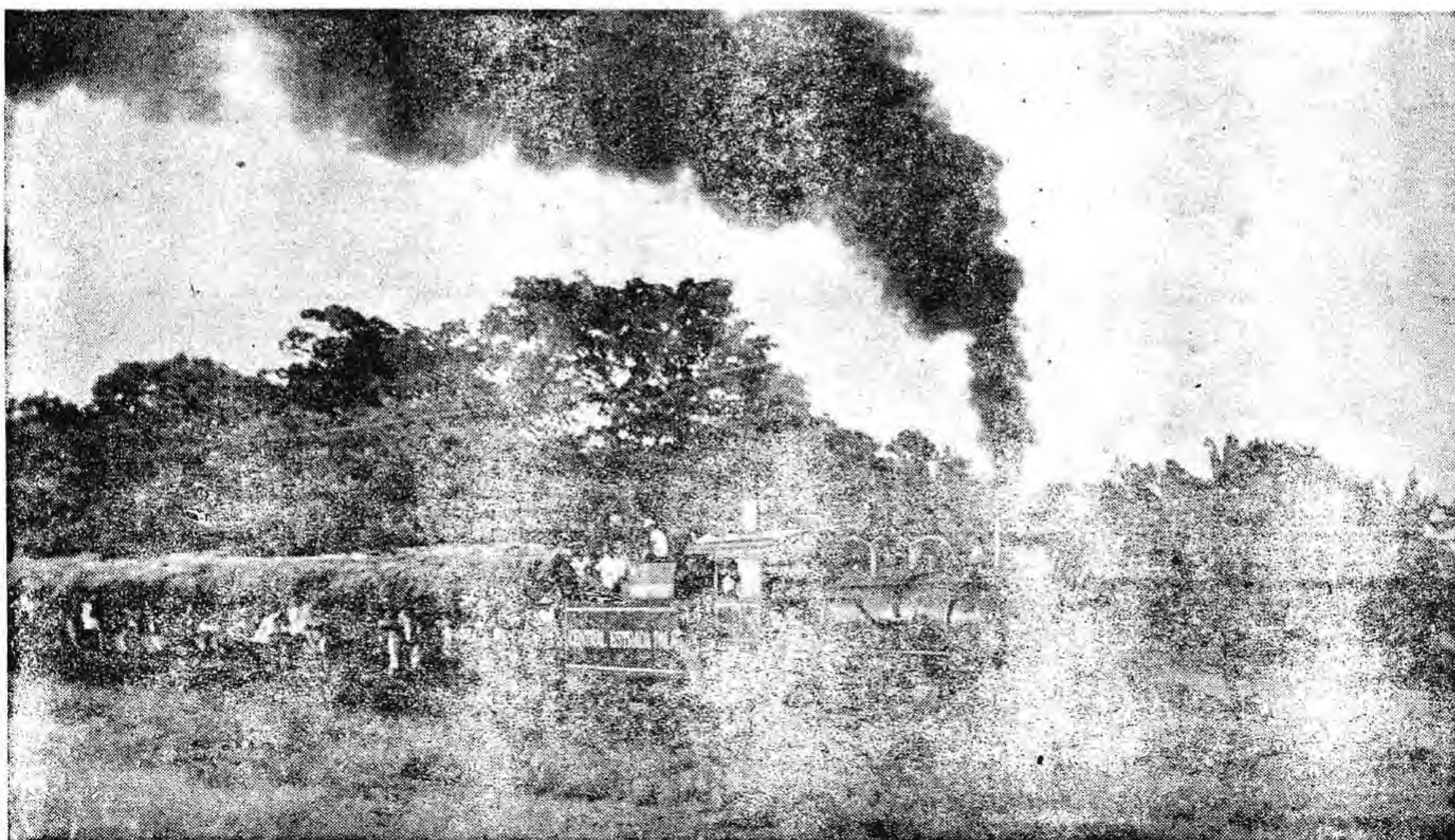


La antorcha llega a su meta.





Los instructores de milicias llegan.







LO IMPORTANTE ES ESTAR



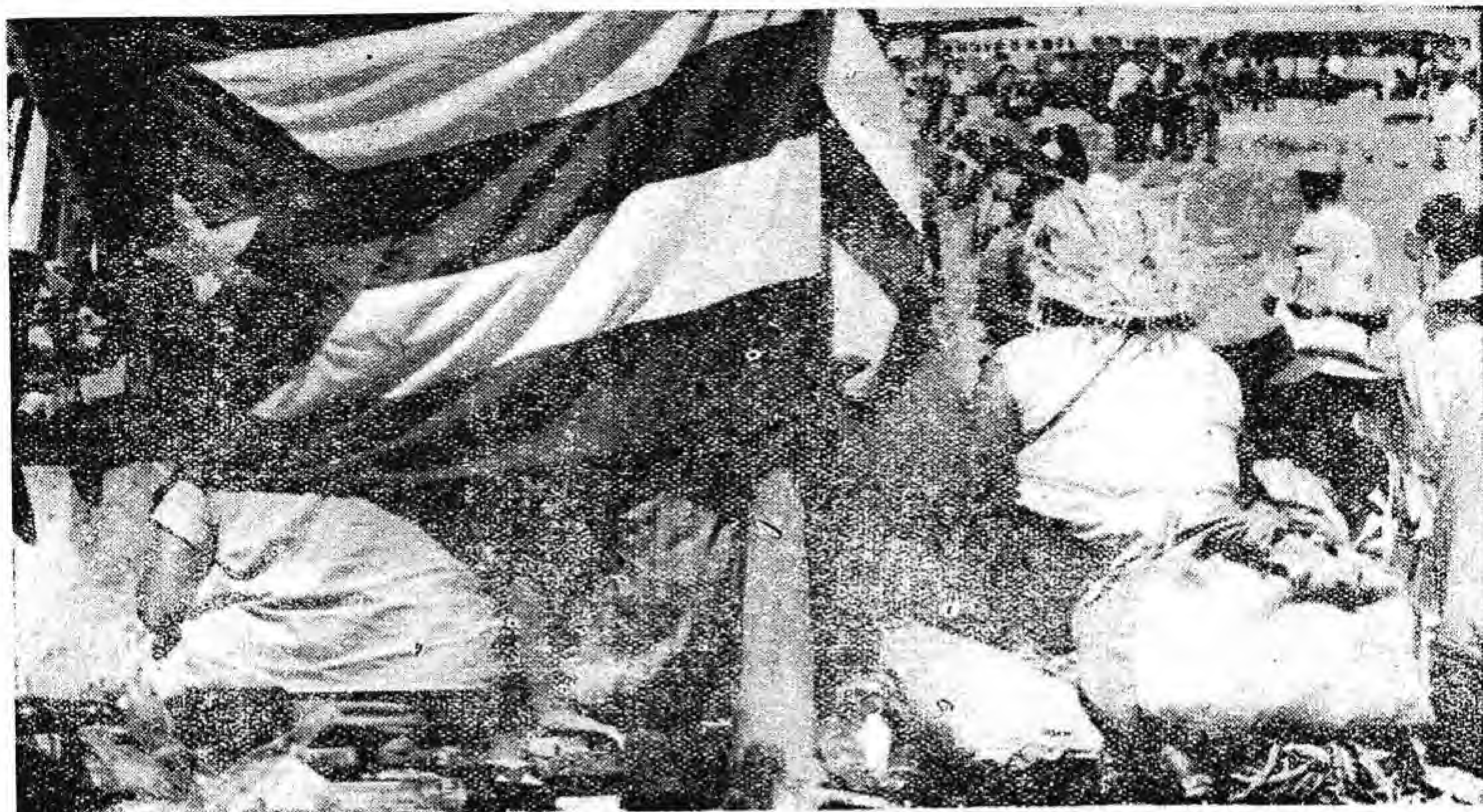
Una maestra voluntaria elige su lugar



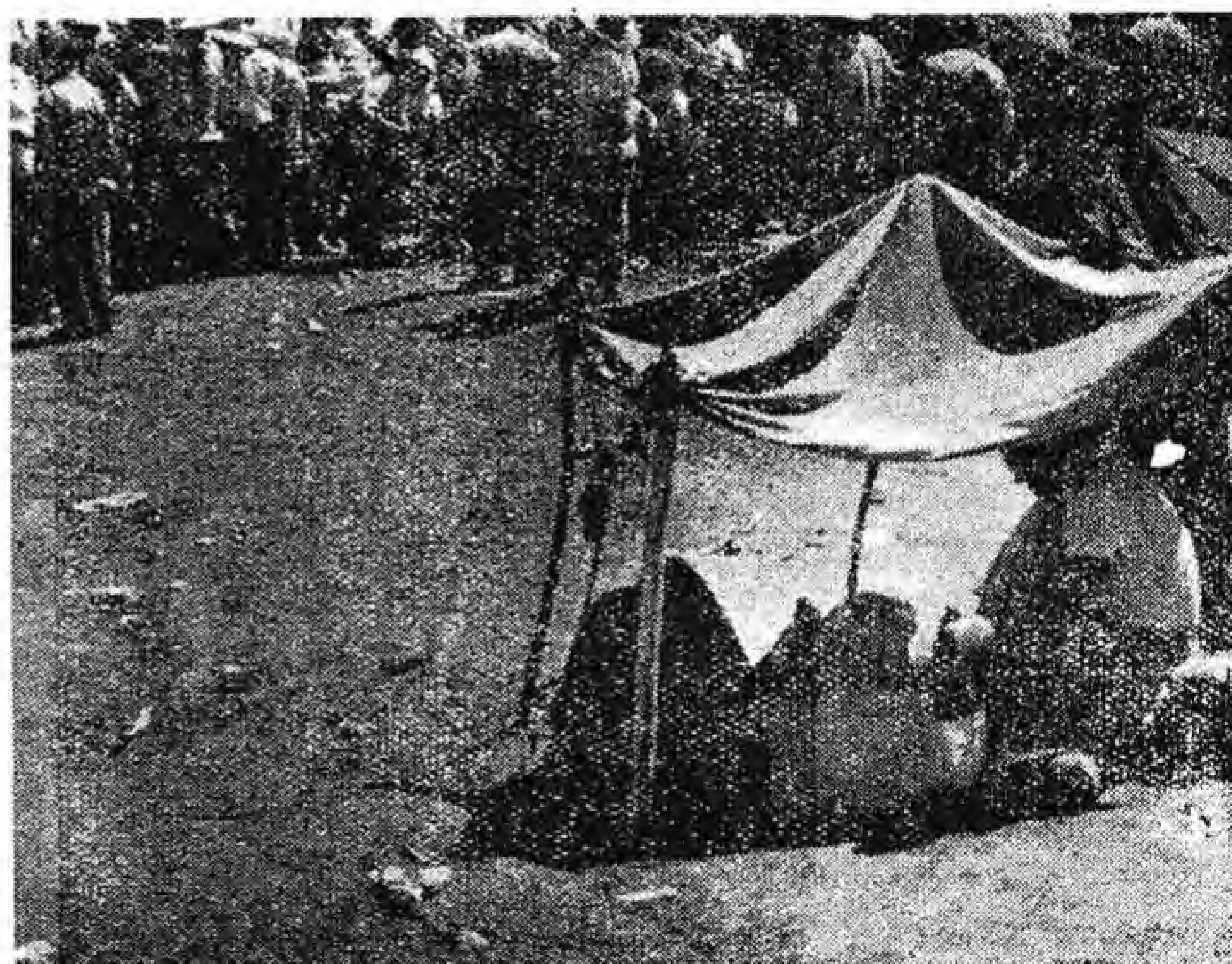
En las barracas del INRA.

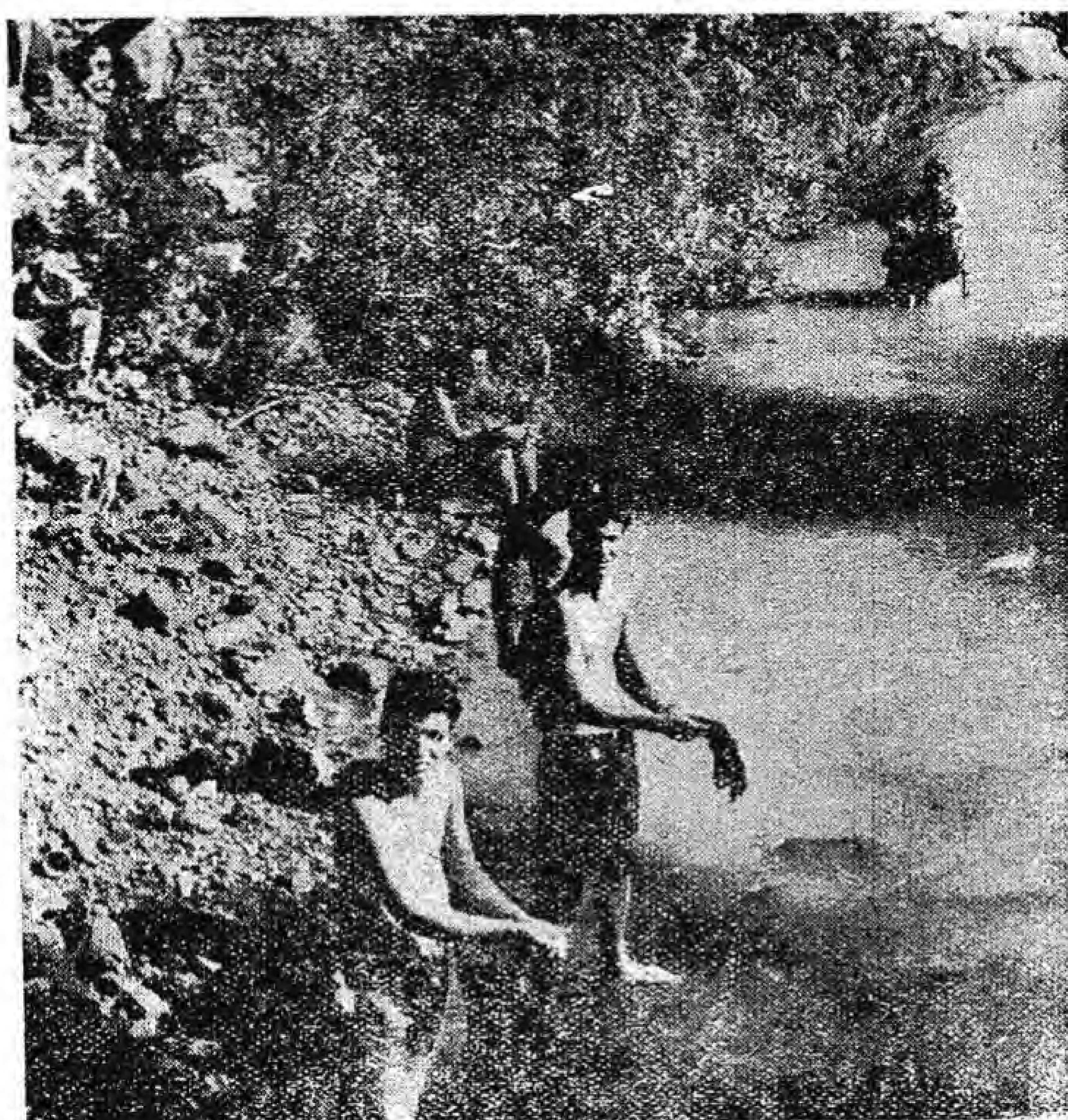



VENCEREMOS



Algunos se protegen del sol





El agua de los ríos facilita la estancia.



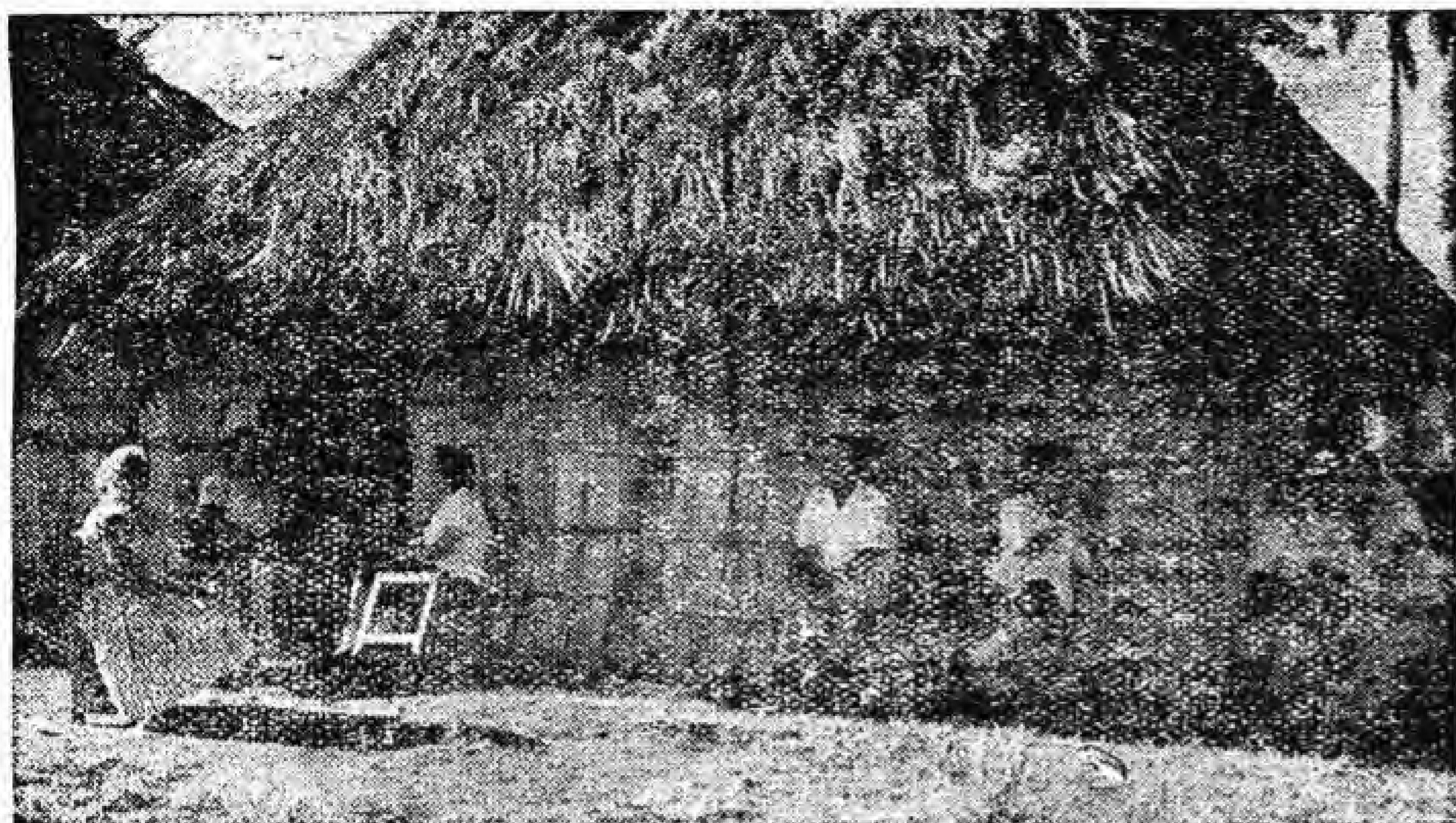
¿Qué estás haciendo?



Niños del campo y la ciudad juntos.



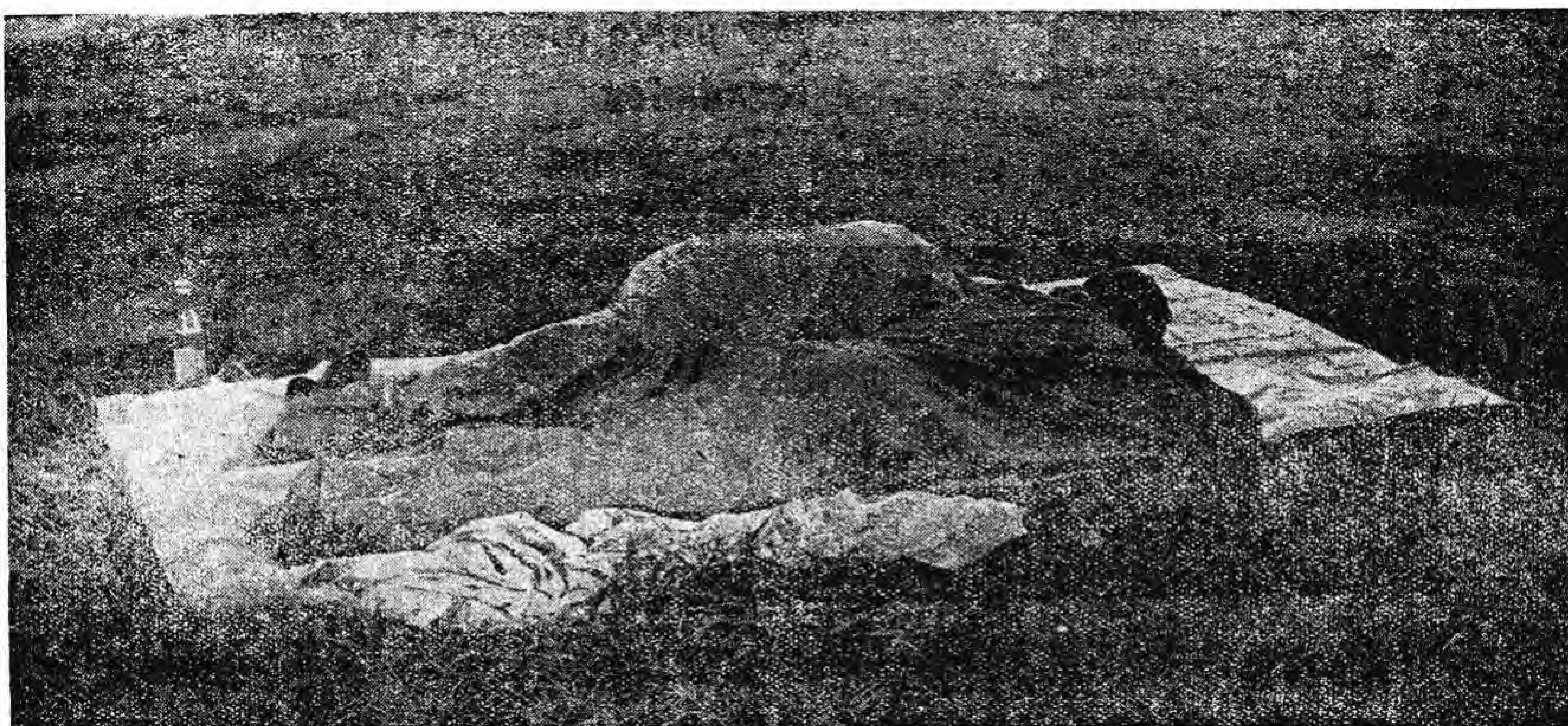
Una familia entera acampa.



Los guajiros recibieron a la gente en los bohíos.



Por el camino de Yara.



Mañana es 26.

LA CANTATA DE PABLO ARMANDO

por oscar hurtado

La "Cantata a Santiago de Cuba", de Pablo Armando Fernández, fue escrita y estrenada en Nueva York en 1958 por Myriam Acevedo bajo la dirección de Humberto Arenal, y está dedicada a la ciudad más sufrida durante la lucha contra la tiranía. De esta fecha al presente fue reescrita y ampliada por su autor con una segunda parte —la primera sitúa a Santiago en la lucha; la segunda en la revolución—, donde incorpora frases en forma de versos de otro poeta natural del pueblo: Fidel Castro. Para Pablo Armando el lenguaje usado por nuestro líder surge espontáneo desde una honda raíz popular que se cristaliza con expresión exacta al buscar su forma. La verdad que emana del fondo de Fidel y la fuerza de su expresión como forma han hecho que los discursos de Fidel, a pesar de la extensión que repite una frase con intención didáctica a las masas, obtengan en ciertos párrafos concisión y fulgores sorpresivamente poéticos. Salvar estos momentos de la prosa e incorporarlos a la poética americana, es parte de la intención de Pablo Armando; utilizarlos para que ya fijados en el poema se eternicen es otra de las intenciones.

De los que no han podido
quitarse de sus almas
el hábito de llevar un yugo
sobre sus cuellos.

Gentes que sin ese yugo
sienten sus cuellos
tan demasiado libres
que temen perder la cabeza •

Estas dos cuartetas han sido tomadas del discurso de Fidel a los Metalúrgicos, pronunciado el miércoles 6 de julio en el Salón Teatro de la CTC Revolucionaria palabra por palabra. Así de simple es la cosa, pero nadie lo había visto antes; aunque todos inconscientemente captábamos esta poesía en la totalidad del discurso. ¿No es acaso poética el aura que emana de un discurso de Fidel? Esta fuerza que agarra al pueblo y lo mantiene prendido de las palabras sin que el tiempo de las necesidades cotidianas cuente; que mata al tiempo y se eterniza, ¿no es acaso función de la poesía?

No repartimos nubes, repartimos tierra

Si esto no es poesía, ¿qué cosa es? Si agregamos el artículo **la** antes de la palabra **tierra** completaríamos un alejandrino. Pero la forma métrica es lo de menos; es la verdad dentro de la belleza que se expresa lo importante.

La "Cantata" de Pablo Armando es de una importancia extraordinaria en nuestras letras en función de la historia. Creo que ha comenzado en ella un nuevo estilo que pronto se hará popular. Otros poetas han de seguirle por ese camino junto con los músicos que se inspiren sobre textos de Fidel. Nada tiene de raro, pues, que haya sido un poeta el que descubriese la poesía allí donde todos la sentíamos sin verla o palparla directamente. Ya Myriam Acevedo, al escribir sus impresiones con Fidel la noche del estreno de "La Ramera Respetuosa", al oírlo narrar anécdotas de la Sierra, lo comparó con los aedos, los primitivos poetas griegos, tanta fue la impresión que le produjo; pero fue Pablo Armando el que no sólo captó esta poesía, sino que la hizo realidad poemática.

La primera parte de la "Cantata" está tratada en décimas de raigambre popular, donde muchos de los versos podrían ser inmediatamente reconocidos por el pueblo:

Por el tres, cintura mora
que de querer se devora

Veamos otro ejemplo:

Tu matorral de colores:
guinda, amarillo, violeta;
gallo de espolada cresta
y tomeguín, caramillo
que enamora la floresta.

Los que han leído la poesía primera de Pablo Armando, vieron en ella al Vallejo primero; en la "Cantata" notamos al Vallejo de "España, aparta de mí este cáliz":

¡Cuídate del cielo más acá del aire
cuídate del aire más allá del cielo!

Así en la "Cantata":

Cuídate del cuchillo,
el pan puede partirse con las manos.
Cuídate del metal,
pero guarda tus armas.

No hay que destacar otras virtudes del poema, pero creo importante señalar otros elementos que la integran. ¿Quién no reconoce en algunos versos al Manrique de las "Coplas"; en otros a Martí o a Quevedo? ¿Quién que haya vivido en Santiago no reconocería la autenticidad de los pregones callejeros? ¿Quién puede olvidar los versos de algunas canciones populares; de algún poema de ésos que se repiten por el campo? Así también la cita bíblica y la imaginería popular.

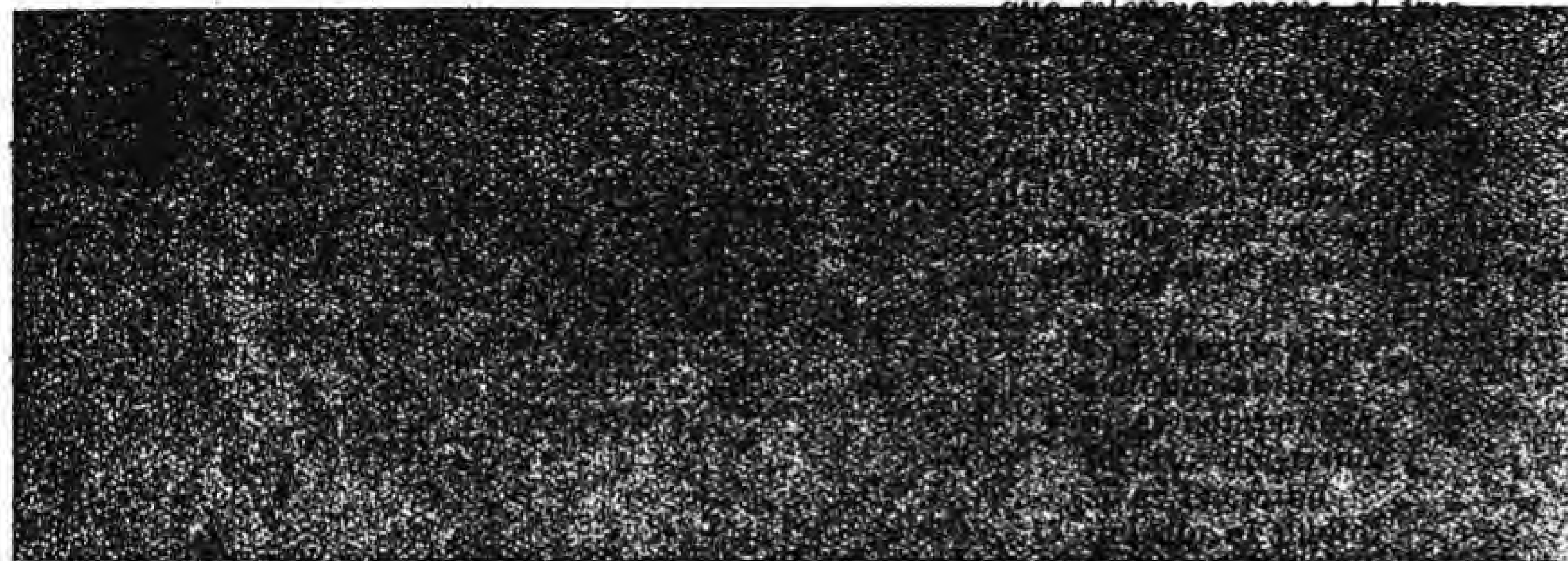
"Este poema fue escrito para Myriam Acevedo" —me recuerda el poeta. Desea aclarar con ello que no debe olvidarse el oficio de la voz humana; que la "Cantata" fue escrita no para ser leída, sino para ser dicha. Por lo tanto, para ser interpretada por Myriam —que simboliza Santiago—, era necesario que el poema se identificase con la sensibilidad de la mujer.

cantata A SANTIAGO

por pablo armando fernández

1958

¡Qué música quejumbrosa
entona el jigüe del río;



Paloma dime,
si tu destino
y mi camino
son compañeros.

Mira paloma
mi voz herida:
lloro y gemido!
Voy a Santiago,

enlutecido.
Santiago, —nube
sola y desnuda—
Santiago, lluvia.
La muerte pasa.
hambrienta, larga.

Para enterrar a tus muertos
muéstrame tu cuerpo herido.
El Caney, Dos Bocas, Songo,
La Maya, El Cristo: caminos,
por donde la muerte avanza
dejándote enlutecido.
Santiago, dime las rutas
que el dolor no ha recorrido.
Dame tu grito de guerra,
Santiago, tu grito herido.

¡Dilo y señala
cauce y camino;
dilo conmigo
Santiago, dilo!
¡Di el grito, dilo
Santiago, el grito
mío, el ajeno,
decidlo a coro!

Traigo la voz apagada.
La flor del canto deshecha.
Pájaros negros y flechas
destruyendo mi tonada;
traigo la voz apagada.

Espero tu grito;
espero tu voz
Santiago, tu voz
entera y madura
espero; por ti,
Santiago, me muero!

Mira que voy a morir
no acrecientes mi sufrir
ni me niegues el consuelo
de adormilar mi desvelo;
mira que voy a morir.

¡Ay; Santiago
qué daría
por recostarme
en tu hamaca
olorosa
a cuaba
y ácana
y almácigo
y romerillo,
para dormir
en la siesta
blanca y azul
de las olas!

¡Cómo se aleja
y quebranta
la queja
de mi garganta!

Por las claves, cruz sonora
y el güiro, fruto devuelto
a vivir, después de muerto.
Por el tres, cintura mora
que de querer se devora;
qué diera por devolverte
sin que intervenga la muerte;
el domingo, la florida
pascua que fuera tu vida
y la estrella de tu frente!

Por el son
que canta
y llora,
¡qué doy
por verte!

Tu matorral de colores:
guinda, amarillo, violeta;
gallo de espolada cresta;
y tomeguín, caramillo
que enamora la floresta.

¡Qué diera
por ver
tu frente!

En ramo la flor de achiote
y cimarronas espigas.
Mangos, corojos, caimitos
y anón tatuados al sol:
color antiguo, inocente.

Por La Maya
anda la voz;
¿qué pudiera
yo ofrecerte?

¡Ay Santiago
¡toma mi mano!

Santiago, silencio y quejas,
de monte a costa tu frente
sangra rota, tu inocente
sangre golpea las rejas.
Ni te amedrentas, ni cejas
ni de rodillas te postras
arrancas la sucia costra
sin lastimarte el costado
y ocultas el bien ganado
como a su perla la ostra!

Para apurar
el veneno,
Santiago,
toma mi boca.

Santiago, tus pregoneros
también contigo se van.
¿Quién cantará tus ayacas?
¿Quién tus frutas cantará?
Tus melcochas, tus refrescos
de fermentadas raíces.
¿Quién pregonará: "frituras"
"agua", "carbón", "hierbabuena"?
¿Quién traerá la voz clarita:
"cómprame a mí, caserita"?

¿Qué has hecho en Songo?
¿Qué has hecho, dime?
¿Dónde has dejado,
a Abel, tu hermano?

¿Dónde está Abel?
¿Dónde está Abel?

La vendedora de ayacas
suelta su voz al pregón:
"¿A comprar nadie se llega?
Casera, mande casera
que ya le voy a servir".
Se va con su cesta a cuesta
sin perder la gravedad

"De a meee-dio y de a real,
casera, que ya me voy"

Su voz untura de especias
nadie volverá a escuchar.

"No queda nadie en Santiago
que no coma, que no coma
mis ayacas,
que no coma, que no coma
mis ayacas.
Blancos, moros, chinos, congos
que no coma, que no coma
mis ayacas.

Su andar de culebra herida
nadie lo podrá olvidar.
Sus zapatos de domingo
arrastran pregón y cesta.
Su voz arrastra el pregón

"En esta ciudá
se oculta
mucha cosa singulá
que por temor
a la muerte
no la quiero divulgá".
La vendedora de ayacas
¿también contigo se va?

¿Tu afilador
de tijeras
y cuchillos
dónde está?
Granizos
y piedras
llueven
sobre mi pecho
y mi frente.
El que afila
tus cuchillos
¿dónde está?
El que tus tijeras
afila, ¿dónde está?
¡Dime dónde está
la gente
que nace
por defenderte?
Si no alcanzo
a ver tu gente,
Santiago,
toma mi frente,
si te hieren
al costado
toma mi mano.
Si un tajo
de odio
te ciega,
toma mi mirada
blanca,
Por el veneno
y el frío
espera mi boca
ardiente.

Santiago,
si he de perderte,
gáname para tu río,
gáname para tu puente,
gáname para tenerte!

1960

Donde tus héroes yacen
la Libertad se alza.
Donde el pueblo
ha triunfado
la voz del pueblo
se alza.
Dice la voz de la Revolución:

"Y recuerdo que eran felices
porque la guerra había concluido.
Porque no iba a derramarse
más sangre inocente.
Porque no iban a ser quemados
nuevos bohíos y nuevos pueblos".

Donde yacen tus héroes
germinan otros frutos,
fluyen otras corrientes,
otros caminos se abren
hacia adelante.
Y otras montañas suben
a saludar el alba.
Santiago,
ésta es tu tierra,
¡tómala!
La ganaron los que aman
el trabajo,
la sencillez, el alba,
el sol de Este a Oeste.
Esta es tu tierra,
¡canta!

"No repartimos nubes, repartimos tierra

Defiéndela, es tu tierra,
tu río, tu montaña
ganada por tus héroes.
Esta es tu tierra,
guárdala!
Santiago, escucha, escucha!

"En buena hora tengan patria
sólo los que están dispuestos
a defenderla.

En buena hora tengan patria
sólo los que la amen verdaderamente.

Oigo tu grito, Santiago.

"En buena hora tengan patria
sólo cuando esa patria es pequeña
y se está frente a poderosos.
¡En buena hora tengan patria
solamente los que están dispuestos
a morir por defenderla!

Oigo tu grito y el mio.

"Y en buena hora, en buena hora
se pudieran marchar de tu lado
todos los que sean incapaces
de amar a su patria, todos
los que sean incapaces de defenderla"

Donde tu pueblo crea, crece.

"Ley por ley, paso por paso, batalla
por batalla, han sido derrotados"

Donde tus héroes yacen
la libertad se alza,
cruza la tierra
erguida como la primavera
y cae y fertiliza
las edades del hombre
levantando distintos
dominios de la fuerza
y reinos de belleza.
La sangre de tus héroes
es un puño
que se alza desde la tierra.
Pueblo: puño poderoso.

"Y cuando digo
pueblo
no hablo de traidores,
ni hablo de desertores,
hablo de pueblo,
hablo de los que tienen vergüenza
hablo de los que tienen dignidad.
Hablo de esos obreros
que se van los domingos
a construirle casa al campesino"

Esta es tu tierra,
¡ampárala!
Es tu taller, tu casa
de puertas olorosas
a labranza, a cosecha;
donde la luz madura
y amarilla ilumina
las criaturas agrestes.
Santiago, atiende:

"Hay gentes que les asusta
este erguirse de nuestro pueblo,
este valor de nuestro pueblo,
esta entereza de nuestro pueblo,
esta firmeza de nuestro pueblo.
¡este heroísmo de nuestro pueblo!
Y entonces de tal forma les asustan
estas virtudes de nuestro pueblo,
que parecen decir: "¡me voy!"
Y llevan la idea traicionera porque son
como grupos de canes,
pandillas de canes, cuyos collares
están tirados por la misma mano".

Robustece tus filas
para ahuyentar la muerte.

"Y ahí, ahí en las filas del pueblo
hay legiones de héroes,
legiones de combatientes,
legiones de hombres extraordinarios.
¡No olvides que para resistir
para luchar y para vencer,
en este pueblo hay
millares de Camilos!"

En buena hora reciban
los que la aman verdaderamente
esta patria pequeña como tú.
Santiago, cuídate del ajeno

"Cuídate de los traidores
que quieren
debilitar al pueblo
traidores que se solidarizan con traidores!

"Cuídate del que compra
y del que vende
Cuídate del que te desconoce:
del que te olvida.
Cuídate del que no te ha mirado
a las pupilas,
de los que tus riquezas
a suelo extraño arrojan.

"Cuídate de aquellos
que tienen la osadía
de predicar la división del pueblo".
¿Qué se proponen?

Cuídate de palabras
lisonjeras al ánimo
Cuídate del cuchillo,
el pan puede partirse
con las manos.
Cuídate del metal
pero guarda tus armas.
La muerte a veces pasa.
Santiago, cuida tus armas.
Cuida tus armas.
Cuídalas, Santiago.
Cuida el fusil al hombro,
el machete en la mano.
Cuida tus herramientas
tu pueblo guerrillero.
Cuídate de los que quieren
confundir al pueblo.
Cuida tu puño erguido
y cuídate Santiago
del paso de la muerte.
Alza tus armas,
alza tus machetes.
¿Quiénes son tus amigos,
quiénes tus enemigos?

"Cuida que cada día
contigo esté hasta el último
campesino [redacted]

Santiago,
cuídate del que se asusta,
de los que te abandonan,
Santiago, para tu grito y el mio
cuídate para tu puente
cuídate para tu río,
cuídate para tenerte
antiguo
heroico
inocente.

impresiones DE UN DIRECTOR

por humberto arenal

En este país nuestro, tradicionalmente informal, impuntual y a veces hasta caótico, se producen milagros de organización. Y esto es algo menos que una exageración y algo más que una alabanza. Yo he visto espectáculos que han sido ensayados durante meses y jamás han pasado de ser rigurosas piezas cronométricas faltas de pasión y de imaginación. (¡Ah la imaginación, la imaginación! ¿hay algo más importante en el arte que la imaginación?) Y he visto cosas creadas en unas horas —con esmero, con cariño, con imaginación (de nuevo la inevitable imaginación)— que han dejado a muchos —a miles, a miles— una impresión verdadera. Como en el caso de la Cantata a Santiago, de mi fraterno Pablo Armando.

Es tan difícil hablar de todo esto sin parecer pedante o falso, o pecar de ese peligroso sentimiento que se llama la inmodestia. O parecer que uno es amigo, amigo nada más. Yo dirigí la Cantata que se presentó hace unos días en Las Mercedes, como parte de las festividades en la noche del Séptimo Aniversario. Antes la habíamos hecho en Nueva York, conmemorando el 20 de mayo. Todo esto puede parecer supérfluo pero es necesario para comprender esto otro. Unos pocos días antes, tan pocos que parecía no era posible hacerlo, Miriam Acevedo pensó que la Cantata a Santiago (ella fue quien la dijo en Nueva York) debía formar parte del programa del 26. Muy al principio alguien adujo, con un poco de razón, que el escenario no era propicio, que le faltaba intimidad para un espectáculo como la Cantata. Pero después comprendió que el espectáculo era necesario, y que no era tan íntimo.

Entonces nos reunimos Pablo Armando y Miriam y yo. Para hablar de la Cantata y de muchas otras cosas más, que todo ayuda cuando la gente tiene ideas que exponer. Después Miriam y yo repasamos el texto varias veces para encontrar valores, y defectos, y matices, y pausas; para establecer gestos, para indicar la entrada del coro, para lograr el ritmo. Todo esto un poco a contratiempo, pues faltaban pocos días, muy pocos; entonces alguien, creo que Pablo Armando, le pidió a Juan Blanco que escribiera una introducción y musicalizara algunas partes, como los pregones (frituuras, aaguá, carbón, hierbabueena) y la pregunta bíblica repetida cuatro veces: ¿Dónde está Abel?

En el avión que nos llevó a Manzanillo todavía Miriam repasaba el texto. Y en el *jeep* que nos trasladó hasta Las Mercedes lo repetía entre saltos del vehículo, y los chistes de todo, y las exclamaciones al ver la Sierra por primera vez. (Un norteamericano que se nos había unido hizo el mejor comentario con la quijada clavada en el pecho: ¿That is the *real* Sierra?— ¿Esa es la Sierra verdadera?).

Después nos enfrentamos al coro. Un coro recién organizado, que jamás había visto la Cantata, que nunca había hecho nada similar. Hay que decirlo pronto y francamente: los primeros ensayos con el coro fueron sencillamente infames. Miriam me miraba con gesto mohino, como queriendo decir: mejor nos vamos para La Habana, esto no va a salir. Y yo entonces miraba al suelo y después las caras un poco preocupadas pero a la vez confiadas de los integrantes del coro y volvía a decir: "Bueno, muchachos, vamos a ver si esta vez sale". Y a repetir una frase. Y a indicar un matiz. Y a cambiar hoy, después de consultarlo con la almohada, lo que habíamos hecho ayer. A revisar una vez más el texto para encontrar nuevos valores. Pero la cosa no salía a satisfacción. Las intervenciones del coro carecían de fuerza y sentido. Nuestra experiencia teatral nos dió la clave: había que explicarle al coro el sentido de las palabras, ya que estas de por sí no valían nada. Creo que dije entonces que "las palabras no estaban allí por un accidente pueril. Las palabras tienen un valor y hay que buscarlo". A eso nos dimos todos.

De ahí en adelante las cosas cobraron dirección. Hasta que todos sonreímos y dijimos, ya hemos logrado algo. Pero seguimos luchando hasta unas horas antes de presentar el espectáculo.

Cuando hicimos la Cantata la noche del 26 —con las montañas de la Sierra a la espalda y al frente, a izquierda y a derecha— el público dijo que sí con sus aplausos, y alguien se nos acercó y comentó: "Es un espectáculo con mucha dignidad". Eso valía las horas pasadas en la búsqueda de una forma.

¿Por qué es posible hacer un espectáculo digno en apenas unas horas de ensayos? Por lo mismo que fue posible reunir muchos millares de cubanos allí en Las Mercedes: porque todos creíamos en lo que estábamos haciendo, pensábamos que era importante nuestra labor —no importa que fuera modesta— teníamos entusiasmo, y fe, esa fuerza casi divina que ya sabemos que mueve montañas y cambia el curso de los ríos.

¿Acaso toda Cuba hoy no es un milagro de fe?



en la sierra CON FIDEL

por myriam acevedo

Describir el campesinado de la Sierra es como referirse al campesinado de toda Cuba. Por ejemplo, cuando estuve hace poco en Pinar del Río con motivo de la puesta en escena de "Santa Juana de América" pude visitar algunos bohíos. Una de estas familias pudiera citarse como prototipo de lo que piensa nuestra revolución. La madre, de unos cuarenta años, nos hizo pasar y nos brindó café. Tenía siete hijos, dos de los cuales pelearon en esta regón. Me habló del sufrimiento de todos viviendo bajo la tiranía: adelgazó treinta libras. De manera sencilla narró cómo uno de sus hijos huyó por la puerta trasera cuando vinieron a buscarlo los soldados. Habló del día del triunfo diciendo "No pueden imaginarse ustedes lo que esto fue el día 1º de Enero. Esto estaba de gran fiesta; y hay que imaginar lo que significa una fiesta donde una casa está a varios kilómetros de otra. Yo coso algunas cositas para afuera, pero ese día, ese día, mi máquina nada más que cosió banderas".

Cuando al regresar de la Sierra ví a los campesinos ofreciéndonos agua, naranjas y limones y todo lo que necesitábamos y podían darnos comprendí que la raíz de la Revolución era fuerte y firme.

Salimos el día 24 en avión Herminia Sánchez, Humberto Arenal, Pablo Armando y yo. Con nosotros viajaba un americano fotógrafo. Llegamos a Manzanillo y allí Pablo Armando sugirió visitar al poeta Navarro Luna. En la casa estaba el poeta con su familia. ¿Cómo expresar la calurosa acogida que tuvimos, o describir ese estilo de hidalgo que sabe tratar a sus huéspedes no sólo por cortesía sino porque así lo siente y vive? Llenamos las cantimploras y bebimos café y refrescos. En su casa enorme el poeta fructifica despacioso señalando las cosas que le rodean con palabra diáfana. Corredores, amplio todo, patio y jardín que se prolonga en otros corredores y salas; casa construída dentro de otras con seis salidas a tres calles distintas que facilitaba el escape a los muchachos del 26 de Julio que allí conspiraron; casa que ya estaba impregnada de su dueño, o lo estaba el dueño de la casa, pues no pude saber dónde terminaba el uno y comenzaba la otra.

"Me gusta LUNES porque está abierto a todas las voces jóvenes —nos dijo con palabra tan bien articulada que lograba hacerse entender por el americano que no nos entendía a nosotros. LUNES cumple a cabalidad su labor revolucionaria al poner sus páginas al servicio de las voces jóvenes del país".

Nos ofreció su casa y sus libros.

Navarro Luna nos consiguió un jeep con el comandante Acosta para ir hasta El Caney. Al despedir el auto que nos trajo no permitió que pagásemos. Me despedí de aquel lugar sintiendo que me alejaba de algo único y me acordé de las palabras del primer Fausto: "Bienvenido seas, dulce fulgor del crepúsculo que invades este santuario. ¡Qué sentimiento de placidez, de orden y ventura respira aquí el alma! ¡Cuánta abundancia en esta pobreza! ¡Recíbeme, oh tú, que con abiertos brazos acogiste ya a los antepasados en sus alegrías y dolores! Siento vagar en torno mío ese espíritu de orden y economía que todos los días te instruye maternalmente, enseñando cómo se extiende con limpieza el mantel sobre la mesa". (El Atardecer).

El americano fotógrafo se nos pegó en el avión. Su misión, según nos dijo, era fotografiar la ciudad pesquera de Manzanillo y después ir a El Caney para el acto del 26 de Julio. Subió al auto con nosotros y visitó a Navarro Luna sin que nadie lo invitase. Cuando le pregunté lo que pensaba de nuestra Revolución habló en términos encomiásticos; y cuando montamos el jeep del comandante Acosta cambió el plan de quedarse en Manzanillo diciendo que más tarde fotografiaría la ciudad pesquera y se fue con nosotros



a El Caney. Allí fue donde alguien dijo: "Es sospechoso que se nos pegue tanto"; pero el comandante Acosta le salió al paso a los rumores diciendo "Que vengan todos, que vean todo, que lo retraten todo: aquí no hay nada que ocultar".

En El Caney nos alojamos en uno de los edificios de la Ciudad Escuela "Camilo Cienfuegos" cedidos al Teatro Nacional. Allí estaban alojados los periodistas extranjeros, fotógrafos y el personal del Teatro según íbamos llegando, acomodándosenos en hamacas, catres, columbinas, Todo esto a cargo de Irene, persona de gran eficacia, que trabaja a las órdenes del comandante Fajardo, organizador general de los actos del 26 de Julio por encargo personal de Fidel. Es maravilloso ver hombres y mujeres de distintas nacionalidades durmiendo el uno al lado del otro sin haberse conocido con anterioridad.

Allí llegaron a las dos de la mañana del día siguiente Cabrera Infante y Baragaño. Venían exhaustos, pero con júbilo. Cabrera me dijo: "¡Formidable! Es una experiencia extraordinaria". Y en su alegría quería verlo todo sin importarle la hora. Hicieron el recorrido de Yara a Estrada Palma caminando o en camión; y de Estrada Palma a El Caney a pie.

Los actos del Teatro Nacional estaban a cargo de la doctora Isabel Monal, que ya hacía varios días que iba y venía de La Habana a El Caney con motivo de los preparativos. La vi incansable en su traje de campaña durmiendo cuando podía. La ayudaba el director artístico Fermín Borges con el coro, la orquesta y el folklore, que sumaban entre todos unos seiscientos. Ayudaron también el pintor Julio Matilla, que diseñó la escenografía, Ayala, Rafael López, Fuentes, Manolito que no durmieron la noche del 25 poniendo astas y gallardetes negros y rojos de seda china. Al despertar se agitaron ante nuestras pupilas en son de fiesta. Esta palabra jamás estuvo en mi vida más plena de sentido. ¡Fiesta!

Allí estábamos todos trabajando intensamente en los ensayos Ramiro Guerra con sus bailarines; Serafín Pro con el coro; González Mántici y Fariñas con la orquesta; Argeliers con el folklore. Casi nos veíamos todos al ensayar cada cual en su puesto.

Ensayamos la "Cantata a Santiago" de Pablo Armando que consta de dos partes. La primera representa a Santiago enlutecido, en pie de guerra; la segunda, después de un repique de tambores que representan el triunfo de la Revolución sitúa en la voz del solista frases y fragmentos de los discursos de Fidel. El coro está usado al estilo del teatro griego, lo cual era una novedad para sus integrantes, además de la musicalización hecha por Juan Blanco. Humberto Arenal, el director, inmediatamente trasmitió el sentido musical de disciplina que tiene una coral y nos dirigió impecable. Al coro se le encomienda la misión de representar al pueblo sus campesinos, obreros, milicianos; la de representar sus metáforas y de llevarlas a ese mundo de sueños que es el teatro, donde el sueño se hace realidad.

El sueño, autor de representaciones,
en su teatro sobre el viento armado,
sombras suele vestir de bulto bello.
(Góngora. "Varia imaginación")

Con el crepúsculo terminó el ensayo. Fuimos a comer a un bohío-restaurante descubierto por Pablo Armando. "He hallado un lugar maravilloso que he bautizado con el nombre de El Curujey" —nos dice eufórico.

Y pensé que el poeta tiende siempre a nombrar las cosas. Las mesas alumbradas por quinqués de luzbrillante se llenaron con platos de congrí, ropavieja y boniato. Comimos con los que llegaban sudados y con algo que contar y admirar. Un guajiro se apareció enarbolando una guitarra que ya sonaba al entrar y nos acarició con décimas dedicadas mientras descendía el sol y crecían los quinqués. Afuera el geñtío aumentaba con losperegrinos dando fin a la jornada. Alguien habló de las luces y lagente. Salimos a ver. A los lados del camino quioscos y más quioscos alumbrados con quinqués vendiendo refrescos, agua. Era unpaisaje de feria. ¡Era la Fiesta! Allí estaba yo, una más, en la diversidad de tipos que proliferaban. De repente irrumpió Fermín Borges."Los encontré, los encontré". Lo que encontró Fermín fueron lospersonajes para su obra de ambiente cubano; y los halló en Manzanillo en un baile al son del órgano.

Al otro día, el 25, después de ensayar oímos unos tambores que crecían en la tarde. Corrimos hacia el edificio donde estaban los integrantes del folklore y allí vibramos bajo el ritmo de los toques. Toda aquella alegría era espontánea; nacía de saberse allí en la Sierra, libres por primera vez en nuestra historia, compartiendo el mismo pan, el mismo suelo y el mismo propósito que hermana a los hombres.

Seguían llegando los camiones; la gente a caballo, a pie, cada cual ocupando un pedazo de suelo. El sol, vertical, nos ofrecía cuarenta y dos grados de temperatura.

El Yara baja entre peñascos, formando saltos de aguas que pulen las piedras del lugar donde cae. ¡Qué refrescante el sentarse en estas piedras y recibir en la espalda el agua del río! Sus márgenes están pobladas de almácigos, yagrumas, palmas, atejes. Pablo

Armando me los señalaba; y yo sentía que los versos de la "Cantata" se hacían verdad en mi carne con el río y su vegetación
qué daría por recostarme en tu hamaca

olorosa
a cuaba
y ácana
y almácigo
y romerillo
para d[illegible] en la siesta
blanca y azul de tus olas

Reconocí el paisaje de donde nacían los versos; después comencé a reconocer la gente: el "afilador de tijeras y cuchillos", la "vendedora de ayacas", todos los elementos de la "Cantata" estaban allí y yo podía tocarlos.

La mañana del 26 llegamos a la tribuna Pablo Armando, Humberto Arenal, Herminia Sánchez, Cabrera Infante, Baragaño y yo. Situados allí podíamos ver aquella masa enorme de gente. La alegría del pueblo no se rompía ni por el sol ni la sed. La voz de Fidel llenaba el paisaje; sus palabras me daban la medida y me preparaban para enfrentarme por primera vez ante una masa tan numerosa.

Comenzó a llover. Nuestro líder continuaba hablando. El pueblo preocupado lo interrumpía: "¡Fidel, ponte la capa!" Era casi imposible apresar todo lo que allí sucedía. Habíamos recibido una vez más la verdad de la Revolución.

El escenario se alzó al aire libre. Tres plataformas: la mayor al centro y dos menores a los lados. La mayor tenía una cortina en forma de acordeón, que se desplegaba hacia los lados; y mientras en las pequeñas se desarrollaba un espectáculo, detrás de la cortina de la mayor se preparaba el siguiente.

Sobre las nueve de la noche del 26 llegaron el presidente Osvaldo Dorticós con el Primer Ministro Fidel Castro. Estaban también Celia Sánchez, Haydée Santamaría y demás líderes de la Revolución. Fue notable la disciplina mostrada por el pueblo durante todo el acto.

El silencio más impresionante estaba allí. Hay que agregar que casi nadie se marchó. Este silencio fue relevante. Todos sentíamos estar en plena comunicación con aquellos miles de personas. Siento dentro de mí la emoción de haber podido actuar ante los que considero como el corazón de mi país; y que cada palabra emitida era comprendida en su totalidad por todos, inclusive los extranjeros, que sin conocer el dioma captaron el mensaje de mis palabras. Yo sentía ser portadora de una verdad al decir el texto, porque esa verdad, la Revolución, se encontraba en las palabras de Fidel incluídas por Pablo Armando en su "Cantata".

Al comenzar la "Cantata" se intensificó aún más el silencio, quizás debido a la escenografía y al vestuario. Una cortina negra por fondo; blancas las blusas de las mujeres del coro y negras las suyas; negro asimismo el atuendo masculino. El coro se repartió en dos alas a los lados del escenario. Doce hombres y doce mujeres a cada lado. Total, veinticuatro; más el solista ocupando el centro. Una luz azul, que se proyectaba sobre nosotros en forma de rectángulo, nos iluminaba de la cintura hacia arriba.



Un joven cubano se nos acercó después y nos dijo que en un momento dado la "Cantata" le evocó los versos de Martí:

Sueño con claustros de mármol
Donde en silencio divino
Los héroes, de pie, reposan

que está en el espíritu de los versos de Pablo Armando:

La sangre de tus héroes
es un puño que se alza desde la tierra

Es la noche y al acto ofrecido por el Teatro Nacional ha terminado. Estamos tirados sobre las piedras entre maletas y equipajes conversando con los negros norteamericanos. Uno de ellos, Robert Williams, llevó durante todo el tiempo un pañuelo blanco sobre el pecho con un letrero escrito con creyón de labios *Freedom for the American Negro*, (Libertad para el Negro Americano). Nos dijeron que les había llegado todo el mensaje del acto sin conocer el idioma. Estaban muy impresionados; también los periodistas extranjeros.

Esa noche no pudimos irnos debido a que los caminos estaban atestados de camiones y era difícil avanzar. A la mañana siguiente tuve la oportunidad de ir en un camión de volteo hasta Yara, donde tomaríamos el tren para La Habana.

En el camión venían las mujeres del Congreso Latinoamericano, incluyendo rusas y norteamericanas. Se improvisaron canciones que repetían y repetían con júbilo. Los mejicanos improvisaron con la música de "Me he de comer esa tuna..."

Viva la Reforma Agraria
viva la Revolución
el pueblo de ser un paria
pasó a tomar posesión

Que viva el jefe Fidel
viva su gran movimiento
México está con él
siempre y en todo momento

Atrás dejábamos la Sierra, el gran monumento de la Revolución; y a sus moradores, el campesinado amigo, heroico, antiguo, inocente; el campesinado que es la base de la Revolución donde cada uno representa a todos.

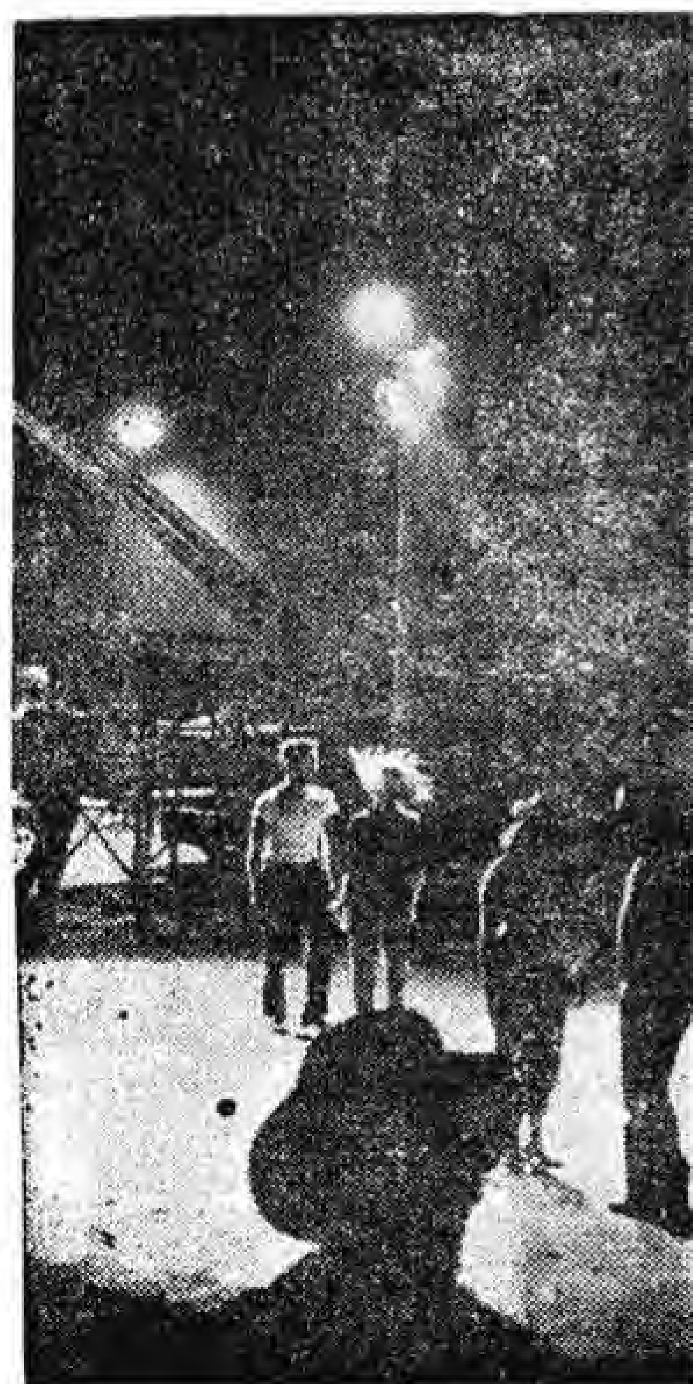
Lo que más me impresionó fue oir hablar a todos en plural. "Aquí hicimos..." "Aquí estamos construyendo..." —me dijo una mejicana. Nancy Cárdenas.

Sentí de nuevo la magnitud de Fidel, que es todos nosotros y todos somos Fidel: porque la Revolución es una. Recordé el poema del poeta persa Firdusi sobre el Simurg. En una reunión de los aves cae una pluma espléndida. Las aves comprenden que la pluma no puede pertenecer sino al Simurg, el rey. Deciden salir a buscarlo y afrontar los riesgos del viaje. Después de cruzar siete mares y siete montañas los que no claudicaron comprenden al llegar al sitio donde se suponía estaba el rey, que el Simurg era todos ellos y cada uno de ellos.

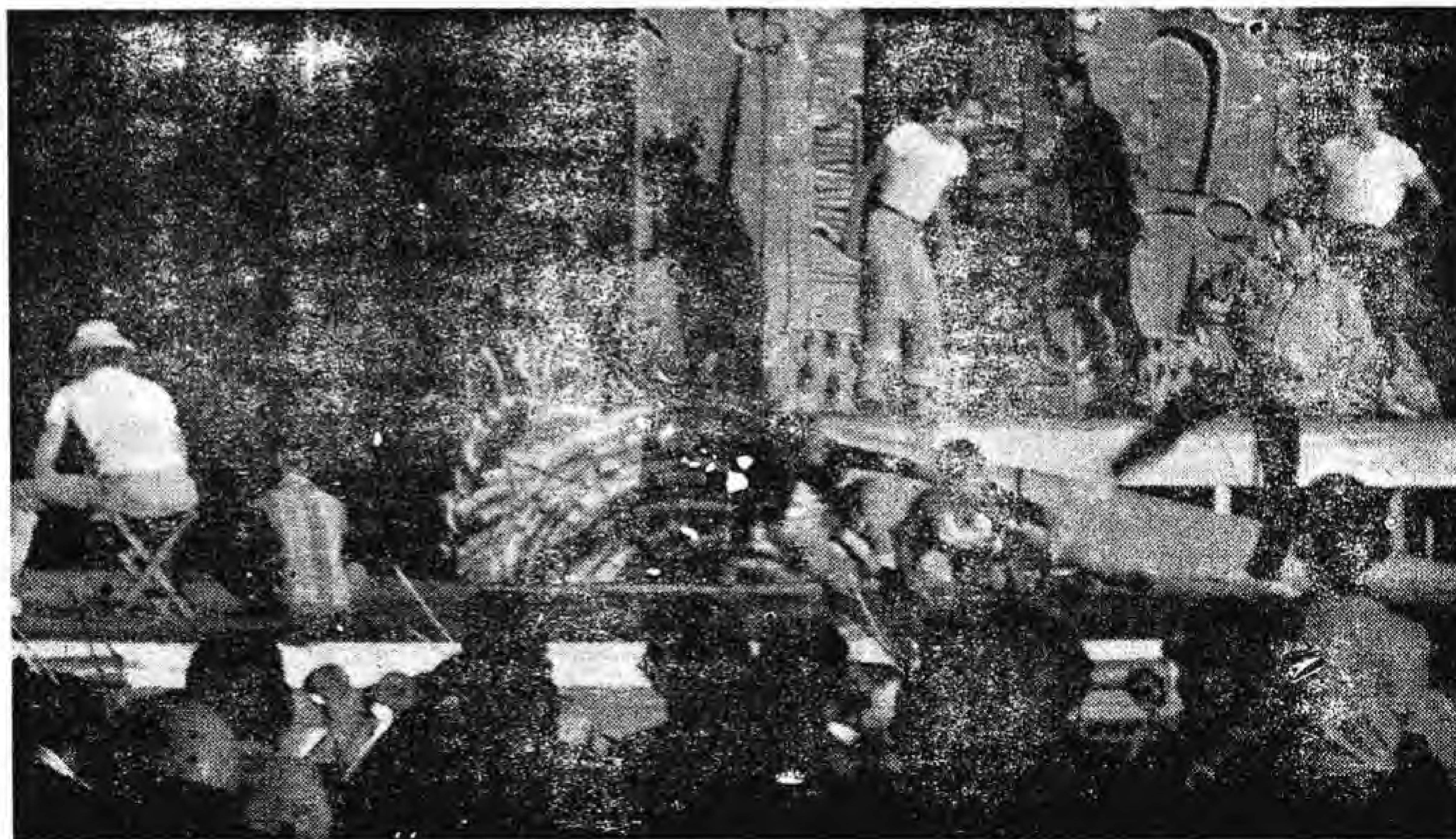
El camino estaba lleno de campesinos ofreciéndonos agua, limones para apagar la sed. "Es degratis", nos decían; y después que bebíamos al separarnos de ellos exclamaban con tono suplicante y sincero: "¿Cuándo vuelven, cuándo vuelven?".



Isabel Monal: la organizadora del espectáculo.



Hasta el último minuto trabajando.

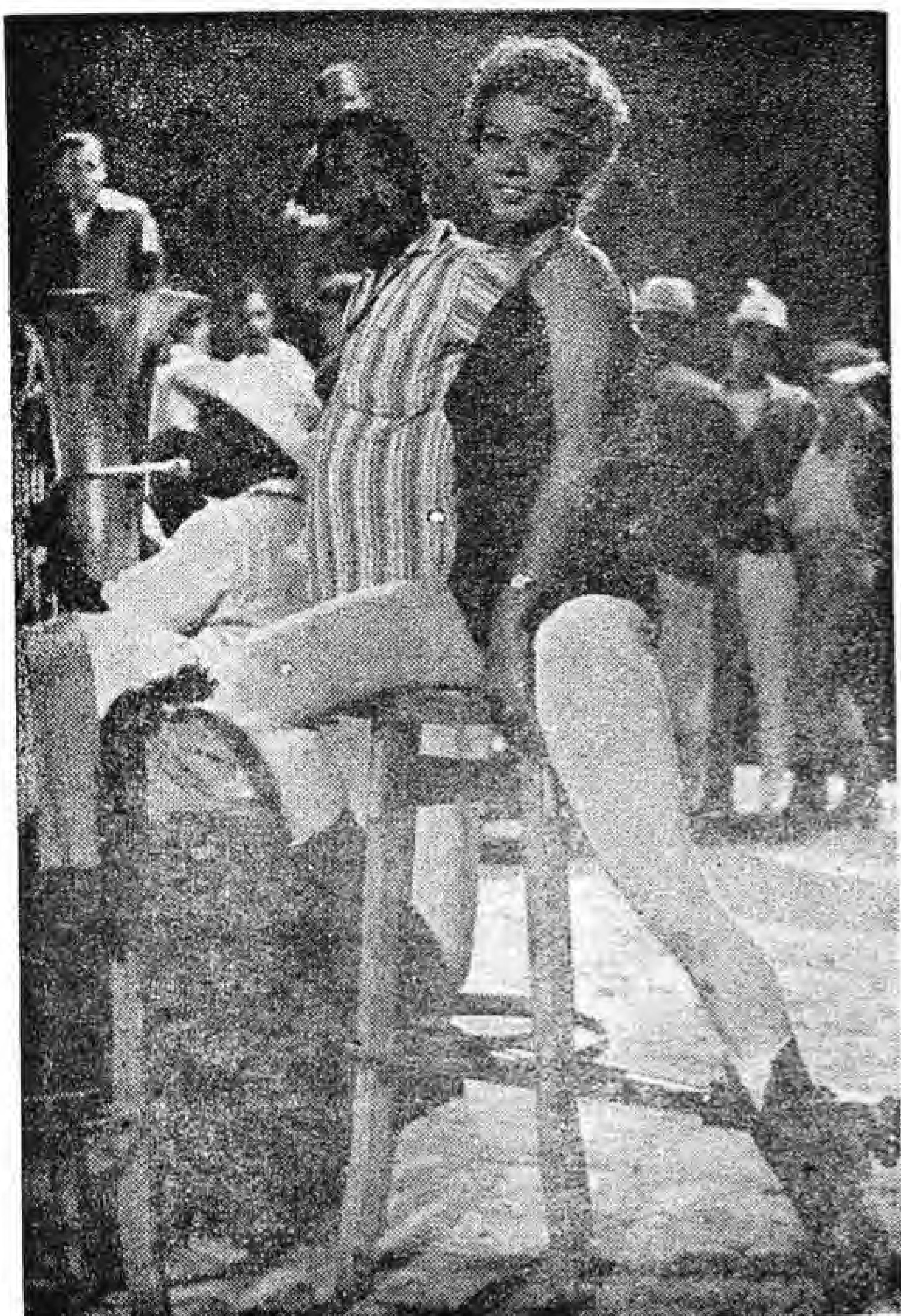


El milagro de Anaquillé la noche del ensayo.



Después había ánimo para entonar una canción a la guitarra.





Y posar para el fotógrafo.





Este músico sopla filosóficamente.

Este otro mira.



Los tambores lanzan el reto ...Que después seguirán los bailarines.





El coro y la orquesta en la Cantata de Juan Blanco



Los trovadoras campesinos: favoritos del público.



González Mánticci dirigió la orquesta dinámicamente.



Mirian Acevedo lanza la pregunta: ¿Dónde está Abel?...

TESTIMONIOS DE VISITANTES EXTRANJEROS

UN VIAJE A LA SIERRA

En mi viaje hacia la Sierra el pasado 26 de Julio pensé en nuestro gran Presidente Abraham Lincoln. El sabía como igualmente lo sabe hoy Fidel Castro, que el único poder que merece ser esgrimido por un gobierno es aquel que reposa en un líder elegido por el pueblo.

Lincoln se hubiera regocijado al admirar los miles de hombres, mujeres y niños que saludaron nuestro tren en su paso hacia la Sierra Maestra. Probablemente él se hubiera unido a esta alegría, porque a pesar de su melancolía y del peso que representaban sus enormes problemas amaba el gozo de la gente del pueblo y hubiera bailado y cantado en su compañía. Probablemente hubiera llorado, como yo, si hubiera presenciado la multitud de cubanos que fueron por tren, en ómnibus, a caballo, e inclusive a pie hacia la Sierra para demostrar su amor por Fidel Castro, y la firme determinación de defender hasta la muerte su gran Revolución.

Abe Lincoln dijo: "Dios debió haber amado a la gente del pueblo puesto que ha creado tantos de ellos". El hubiera encontrado una salida para romper la cortina de mentiras desplegadas sobre Cuba. El hubiera advertido a los jóvenes de Norte y Sur América de no poner un pie en las playas Cubanas con la idea errónea de "liberar" a los cubanos de su Revolución.

Abe Lincoln y Fidel Castro inevitablemente hubieran sido grandes amigos. Yo dudo que Lincoln tenga algo de común con el General Eisenhower. Lincoln se sentiría a gusto en las calles de La Habana, pero sería un extranjero en Washington D. C.

POR JULIAN MAYFIELD
(Novelista norteamericano).

LOS LIBRES Y LOS VALIENTES

Mis ideas sobre la Sierra Maestra todavía son imprecisas. Lo son porque yo también soy impreciso. Y también algo intrépido. Lo que yo siento, o lo más valioso que yo he traído de este viaje al *corazón* de este "nuevo" país (corazón porque una idea fantástica, una revolución, se nutrió allí), no se hará sentir realmente hasta más tarde, cuando pueda sentarme tranquilo y solo, mirando quizás una embarcación blanca en la posibilidad totalmente inconexa de una bahía de color azul.

Pero ahora, en este momento, *estoy seguro* de la expresión poderosa que recibí de la aventura. Una sensación de drama y de urgencia casi sin igual en toda mi vida, fuera del arte. Gente que se mueve. Hacia una idea fantásticamente bella. Ni estetas ni revolucionarios de salón, sino jóvenes en ropas raídas, convertidos en seres inmensos y bellos por lo que decidieron ver, creer, en un mundo cuya belleza está constantemente amenazada por idiotas profesionales (y amateurs), en mi propio país y en otros que llaman "democracias" (donde por "libertad" se entiende generalmente la oportunidad de leer la mentira diaria que uno quiera elegir).

Imposible decir nada más ahora. O decir que yo lloraría de gozo si alguien, algún cubano, me dijera que la alegría que él siente retornará algún día a mi país. Norteamérica: aquel país al cual se le dedicaban cantos.

LE ROI JONES.
(Poeta norteamericano).

UNA COMUNIDAD EN LA SIERRA MAESTRA

Yo nunca había visto un millón de personas congregadas en un mismo lugar. Cuando llegué a la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos me sentí atemorizado, más pequeño aún de lo que me siento cuando llego a Nueva York por primera vez. Era de noche. Por donde quiera había en profusión personas, camiones, ómnibus y automóviles.

Aunque no había conseguido una cama para dormir no me atreví a protestar, cuando vi mujeres y niños durmiendo en el suelo no tuve fuerza para protestar. No podía comprender por qué esta gente se sacrificaba de esta manera.

A la mañana siguiente me sentí intimidado. Por donde quiera había una gran actividad. ¿Quiéres tomar café? —me dijo una anciana. Le dije que sí y le di las gracias. Ella sabia que yo era norteamericano, por eso fué que me cedió la primera taza. En un día hice más amigos que durante varios años en los Estados Unidos.

Sentí que había crecido, muchos menos sectario; sentí que estaba participando de un inmenso proceso en las relaciones humanas.

Visité los dormitorios recién construídos para 20,000 niños. Cuatro semanas antes estuve allí. Comencé a comprender los sacrificios. Tenían que haber trabajado noche y día para alcanzar tantos logros. Pensé que a mis hijos les encantaría estar en un lugar así. Algún día, pensé, el mundo hablará de esta escuela. De seguro que mi cara mostraba admiración ya que una rebelde que estaba allí cerca pareció haberlo notado. Me tomó por el brazo. Nos sentamos a comer galletas y tomar leche condensada.

—¿Va a contarle a su gente las cosas que ha visto aquí?

—Me gustaría contarle al mundo entero, a cada persona personalmente, las cosas que he visto. No pararé de contarle a todo el mundo los grandes cambios que se están operando aquí. Estos hechos son especialmente significativos para un norteamericano, porque en los Estados Unidos hay muy pocas cosas por las que uno se puede entusiasmar.

—¿Usted no se insulta cuando decimos Cuba sí, yanquis no? Eso no lo decimos por usted, o por el pueblo americano, se lo decimos al gobierno.

—Yo lo sé.

No estaba acostumbrado al fuerte sol cubano. Me puse a ver el desfile, esperando que Fidel empezara a hablar. Ya era por la tarde. Grupos de estudiantes hispanoamericanos empezaron a pasar frente a la tribuna donde estaba Fidel, gritando su apoyo a la revolución cubana. Vi a Robert Williams, el líder negro de Carolina del Norte, en la tribuna.

Un grupo de norteamericanos nos organizamos para también demostrar nuestro respaldo por la independencia de Cuba y la igualdad humana. Otros estudiantes y escritores, blancos y negros, se nos unieron. Williams y yo entrecruzamos nuestros brazos. Fidel nos miró. Estaba sorprendido. En su cara se leía que no comprendía muy bien lo que estaba pasando. Entonces oyó lo que estábamos diciendo —hablábamos en inglés— y lo comprendió. Su ronrisa demostró su complacencia. Entonces nos saludó. Pero éramos nosotros los que apreciábamos el humanismo y el espíritu de sacrificio del pueblo cubano tratando de construir un mundo mejor.

SAUL LANDAU
(Profesor Universitario norteamericano).

UN DEPORTE QUE USTED NO PUEDE JUGAR EN CUBA

Entre nosotros, norteamericanos, existe un deporte que practicamos de vez en cuando en momentos de ocio: es el de pasear por los barrios bajos viendo la pobreza que en ellos se muestra y hablar románticamente sobre ella como algo inevitable en nuestro sistema social. La miseria es algo que siempre existió en el mundo y que existirá, nos decimos; y el modo de vivir del pobre nos atrae como un tópico más de conversación. Pasear por los barrios bajos se convierte así en un deporte más en mi país.

El viajero que viaja en ómnibus desde La Habana a la Sierra Maestra, si es adicto, a este deporte, encontrará muchos bohíos que todavía reflejan la miseria producto del viejo sistema; pero al llegar a la Sierra encontramos edificios modernos que alegran la vista y gente amistosa que refleja la alegría que trae todo cambio para mejor. En la Sierra agreste el nuevo gobierno revolucionario está construyendo una ciudad escolar para los niños campesinos; niños que regresarán a sus hogares sabiendo cómo manejar un tractor, usando zapatos que antes no tenían y con un nuevo gusto para el arte y la literatura, Realidades y no romanticismo decadente sobre la pobreza: porque es decadente romantizar sobre un mal que el sistema eterniza. Es, además, cruel, hacerlo cuando existe un movimiento revolucionario en marcha que está erradicando esta miseria ancestral del género humano.

HAROLD SPENCER
(Escritor norteamericano)

Nada de lo que dice la prensa norteamericana sobre la Revolución Cubana me había preparado para la epopeya de la Sierra Maestra. Yo tenía una idea muy vaga sobre la geografía de Cuba y no podía darme cuenta, a distancia, como el terreno de Cuba, que durante tanto tiempo fuera el factor abandonado de su pobreza, había llegado a ser uno de los árbitros definitivos de la reforma social.

Llegué a La Habana el día 21 de julio y comencé a captar el sentido de la Sierra en los letreros colocados por toda la ciudad que decían: "A la Sierra con Fidel el 26". ¿La Sierra? ¿Y dónde estaba la Sierra? ¿Y para qué ir tan lejos a festejar? En el Norte me habían dicho que los festejos que se preparaban en la Sierra tenían el objeto de llevar a los habaneros al campo, en vez de los campesinos a La Habana, como habían hecho el año anterior. Pero pronto comencé a notar que había algo más que esta gran emigración a las montañas. No creo que ninguna peregrinación a La Habana pudiera dar lugar a un despliegue de fervor patriótico y a una oleada de emoción como estos festejos de 1960.

El espíritu de la Sierra me rozó por primera vez en la estación de ferrocarril de La Habana, cuando en medio de mi grupo de norteamericanos miraba a las delegaciones de la juventud latinoamericana cantar y bailar sus cantos revolucionarios. Mis esperanzas aumentaron en ese momento y con ellas mi sensibilidad hacia el sentido humano de la Revolución. Comencé a percibir lo que no puede entenderse si no se viene a Cuba. Si los cubanos no pueden perdonar la insensible actitud de los norteamericanos ante su Revolución, por lo menos deben entender que todo esto está más allá de nuestra capacidad de comprensión. Los americanos nunca hemos sufrido de veras. Las privaciones de la depresión económica del 30 fueron nada al lado de la miseria endémica del campo cubano. Esta pobreza de Cuba me aparecía como pústulas enfermas agarradas al verde y al café profundos de la tierra, y me explicaba vívidamente el origen de la Revolución. Desde mi ventanilla del tren miraba el paisaje cubano pasar a gran velocidad. Esto sucedía la mañana del 26 de Julio, cuando La Habana había quedado muy atrás y corría hacia las montañas de Oriente. Durante la noche habíamos atravesado los pueblos y los andenes llenos de gentes que nos decían adiós y nos daban vivas. Aun cuando todavía no entendíamos lo que iba a pasar en la Sierra, sentíamos que toda Cuba aprobaba que estuviéramos allí. Este fue nuestro primer gran saludo del corazón de Cuba, mi primera gran emoción.

El tren llegó a Yara a las ocho. Yara es la pequeña terminal ferroviaria desde donde se ven los picos de la Sierra. De aquí hasta Las Mercedes, la escena de nuestra gran reunión, sería la parte más penosa del viaje (por no hablar del regreso). El sol abrasador, el polvo, las fragatas abiertas y los camiones sin techo, los "tranques", las columnas de seres humanos subiendo y bajando por la montaña. Aquí encontrábamos y nos metíamos en la epopeya. Parecía que toda Cuba estaba en la Sierra. Nunca había tomado parte en semejante espectáculo humano desde que fui soldado y marché con columnas de soldados y civiles huyendo hacia un punto cualquiera, o hacia un destino desconocido al final de una curva del camino. Ser parte de la historia es una cosa muy profunda. En esas situaciones se olvidan las fatigas que exigen la historia y el progreso. Uno aprende de nuevo que el progreso exige sacrificios. De pie sobre un camión con los pies cansados, sufriendo de sed, con el sol en los ojos y el calor derritiéndonos el cerebro, me daba cuenta que esas eran incomodidades muy pequeñas en comparación con el dolor y las privaciones y el heroísmo que Cuba había aportado al drama de la Sierra Maestra.

Allí nació mi determinación —no meramente deseo—, de llegar a la Sierra. Ahora comprendía lo que la Sierra simbolizaba. Me sentía muy pequeño e insignificante porque veía a Cuba contra el telón de fondo del mundo tratando de alzarse de la miseria de su inhumano pasado.

Cuando oí hablar a Fidel y sentí el *crescendo* de la respuesta del pueblo en Las Mercedes, muchas de mis ideas cínicas sobre las revoluciones desaparecieron. Vine con la mente abierta, vi y entendí. Lo que vi es una nueva era en la historia del hemisferio, una nueva página en la historia occidental, una página que no puede volverse atrás ni suprimirse. El progreso es inexorable y debemos hacerlo a pesar de nosotros mismos. Puedo decir, como norteamericano, con completa certeza, que el común de los norteamericanos algún día llegará a entender y a aceptar la Revolución Cubana. Mi única duda es: ¿cuánto tardará esto en llegar?

Pero ya se ha abierto la primera brecha en la fortaleza del imperialismo hemisférico. Debemos mantener la brecha con la tenacidad con que el Movimiento 26 de Julio se aferró a su misión y a sus ideales en la Sierra Maestra.

Siento gran orgullo en haber sido parte de este gran festejo de 1960 en la epopeya de la Sierra Maestra.

Harold Cruse
(Ensayista norteamericano).

LOS CAMPESINOS QUE DICEN ADIOS

Lo que más me impresionó fueron los campesinos que nos decían adiós cuando pasábamos hacia la Sierra Maestra.

Estos hombres, rotos, sucios, estos niños desnudos y descalzos, me recordaron nuestros peones sin tierra en el Sur.

Aquellos peones, tanto negros como blancos, que se pasan la vida trabajando la tierra de otro, comprando simiente, alimentos y ropa a crédito, llegan a fin de año sin ver dinero, con frecuencia endeudados. Ellos y sus hijos son analfabetos, en el mejor de los casos semi-analfabetizados. Tampoco ellos tienen inodoros, ni agua corriente, ni casi ninguna de las necesidades de una vida decente.

Pero a diferencia de nuestros peones, los rostros de estos campesinos cubanos están encendidos de esperanza, de dignidad, del conocimiento de que la tierra y el porvenir les pertenecen. Son fuertes en su determinación de defenderlos con la vida.

Si después de la Guerra Civil, el Gobierno de los Estados Unidos hubiera decretado la reforma agraria, dando la tierra a los que la habían comprado con su trabajo, con sus vidas, con su libertad, estos peones tendrían hoy el sentido de la dignidad, de tener raíces, el orgullo que ha transfigurado los rostros de los campesinos en Cuba.

Pero el ejemplo de Cuba es esperanza e inspiración para los millones de seres humanos que en toda la tierra dedican su vida a trabajar la tierra de otro, la tierra que en derecho pertenece a quienes la trabajan.

Lucy Smith
(Poetisa norteamericana).

MI GRATITUD AL PUEBLO CUBANO

Cantaré para siempre el canto que me diste —un canto tan persistente como mi corazón, tan esencial a mi ser como la esperanza, tan grande como tu victoria, que la lucha corona con la luz más intensa sobre un camino aún lleno de obstáculos.

Gracias, pueblo grande de Cuba, por ese canto que tu paso invencible horadó sobre la roca sin agua de tu montaña, la Sierra Maestra. Por ese canto que abriga tus sueños hechos concretos, y que se alza sobre la piedra calcinada: la ciudad escolar. Por ese canto, que rompe las cegadoras nubes de polvo que levantaron tus millones de pisadas, en tu viaje a rendir tributo a tu propia voluntad inagotable de amar y vivir en el ámbito humano del amor. Para rendir tributo a una hora de amor que se llama el 26 de Julio, y a los hombres y mujeres que por su visión de tu deseo de no morir más, dieron sus vidas para que tú vivieras para siempre, y al hombre, Fidel Castro, cuyo genio inspiró tus vidas colectivas.

Que la vida sea siempre tuya.

Que la paz proteja todos los días de tu lucha grande e inspiradora.

Sarah E. Wright
(Poetisa norteamericana).

ESTAMOS DISPUESTOS A MORIR POR CUBA.

El acto celebrado en la Sierra Maestra fue apoteósico. Me demostró plenamente el apoyo del pueblo cubano a la gran Revolución Cubana.

Nuestro país, es decir, nuestro pueblo, se identifica plenamente con la Revolución y estamos dispuestos a morir por ella si fuera necesario.

MAX AROSEMENA,
Unión de Estudiantes
Panamá.

SIERRA MAESTRA: EL ROSTRO DE CUBA

Uno de los viajes más fascinadores que he dado en mi vida ha sido éste a la Sierra Maestra, para los festejos del día 26 de Julio. Me fui en el tren de la amistad internacional. El ambiente del tren era el de un conglomerado de culturas, mucha gente de muchos países. Cantábamos cantos de lucha y libertad. Muchos de los que habíamos venido a rendir homenaje al noble pueblo de Cuba y a su Revolución no hablábamos el mismo idioma, pero teníamos una causa común y una pasión mutua por una nación que ha alumbrado un concepto nuevo de la libertad.

En la zona de los festejos, en aquel valle de la Sierra Maestra, experimenté una sensación que las palabras no pueden comunicar. ¿Qué puede decirse de la gloria a la que el hombre nunca antes se ha acercado? En palabras más que insuficientes, digo simplemente que he visto el rostro de Cuba. He visto su rostro en la belleza y en la felicidad de sus hijos e hijas que hicieron una peregrinación a la Sierra Maestra para oír la versión moderna del Sermón de la Montaña.

Arriba, en estos valles que una vez acunaron los tiernos hijos de una revolución incipiente, vi una multitud increíble llegar a esta tierra santificada por los que pelearon y murieron en el ideal del Movimiento 26 de Julio. Vi, sí, el bello rostro de Cuba. Lo vi en la cara contenta de un niño que ayudaba al padre a vestirse y a preparar un lechón para el banquete. Lo vi en la cara humanitaria de una niña que, de pie al borde de un camino polvoriento, alargaba un vaso de agua a los viajeros fatigados. Lo vi en los viejos milicianos cubiertos de tierra y cansados, cuya vitalidad parecía venir de su amor al país y del gozo de vivir con un propósito. En los ojos tiernos y en los rostros sombríos de las bellas milicianas, tan femeninas como las madres del mundo, pero que se aprestaban a repeler la fuerza bruta de los soldados autómatas que se atrevieran a dejarse convertir en agentes del imperialismo. Vi el rostro de Cuba reflejado en las caras límpidas de los niños de uniforme que parecían tan orgullosos y tan confiados en el futuro.

He visto, sí, el rostro glorioso de Cuba. Y he oído la voz de Cuba, igualmente impresionante. Era la voz sabia y firme del gran Fidel Castro. Considero el honor más grande de mi vida haber escuchado al más grande líder humanitario de la época pronunciar el nuevo Sermón de la Montaña.

Para mí, el viaje a la Sierra Maestra fue una peregrinación al santuario de la esperanza. Siento que lo que vi fue la tierra prometida. Hay una cita de los textos sacros que dice que "un niñito será quien los guíe". Estoy convencido de que una nación pequeña es capaz de guiar al mundo a la altura de la hermandad universal y de la justicia social. Estoy seguro de que he visto el rostro de esa nación en la Sierra Maestra.

Robert F. Williams.

FIDEL TIENE EL APOYO DEL PUEBLO

El acto celebrado en "El Caney", conmemorando el séptimo aniversario del 26 de Julio, fue realmente impresionante.

Nos sentimos, hablo por mí y por mis compañeros, tremendamente emocionados al ver el número de personas que, venciendo todos los obstáculos imaginables, asistieron al acto para demostrar su apoyo a la Revolución Cubana.

Según nuestra humilde opinión, el acto de "El Caney" fue la mejor demostración del apoyo popular que tiene ese Líder de América que es Fidel Castro.

CELIANO FONSECA AGUILAR,
Panamá. República de Panamá.
Unión de Estudiantes Secundarios.

UNA IMPRESION FELIZ.

Estuve en la Sierra Maestra, a pesar de que tuve que caminar cerca de 12 kilómetros, desde el Central Estrada Palma a la Ciudad Escolar "Camilo Cienfuegos", y aunque agotado por la sed y el cansancio volví feliz por haber asistido a lo que considero una ratificación ejemplar de la fe del pueblo cubano en sus líderes, y en sus ideales y programas.

Esa multitud que se dió cita en la Sierra, hermanada en el mismo ideal, ajena a las penurias que tuvieron que pasar para responder presente al llamado de Fidel Castro, que es el grito de América, sonreían y vibraban a pesar de no haber dormido algunos de nosotros durante días.

Créamelo, pero es una impresión muy fuerte, ésta, de ver a un pueblo con conciencia y con ansias de trabajo y de mayor bienestar.

Esta impresión permanecerá imborrable en mi mente por mucho tiempo, hasta que con felicidad extrema vea a toda América Libre.

JOSE RAUL CAÑON CANALES,
(Juventud Nacional Popular de Chile)

LA SIERRA: UNA LECCION.

La peregrinación a la Sierra, con todas sus dificultades, nos ha dado una pequeña idea de lo que han pasado los rebeldes cubanos por libertar a Cuba.

Creo que ésa es, tanto para nosotros como para la extraordinaria multitud de cubanos allí concentrada, la más grande lección de nuestra visita. Fue sencillamente deslumbrante la multitud y la actitud de unión y solidaridad que allí la mantenía. Nunca creí que llegara a ver tanta gente junta. Más aún, nunca creí que llegara a ver tanta gente tan unida, tan decidida a darlo todo por su patria, tan feliz. Es eso lo grande del pueblo de Cuba: esa inmensa conciencia cívica, revolucionaria, desprendida, que los lleva a trabajar codo con codo por formar una nación feliz; ese inmenso e indescriptible patriotismo.

RAMON ARBONA,
Puerto Rico.

FIDEL, PRIMER HOMBRE DE ESTADO DE NUESTRO TIEMPO.

El viaje desde La Habana hasta la Sierra Maestra ha sido para mí la primera experiencia para reafirmar aún más mi convencimiento de que la Revolución Cubana es, en verdad, la Revolución de todo un pueblo, y que se manifiesta en la danza y la música; que ese pueblo, lo mismo en Matanzas que en Santa Clara y Camagüey (para no decir más), clama por la independencia económica de Cuba, por la dignidad de Cuba, por el derecho de Cuba a determinar, sin amo, su propio destino dentro de las Naciones del Mundo.

Mi segunda experiencia, y la más grande, fue la concentración en la Sierra Maestra (Las Mercedes), porque de ella obtuve el convencimiento de que el pueblo cubano no tiene sólo un caudillo, sino también un estadista y, sobre todo, un verdadero maestro.

Fidel Castro, para mí, ha demostrado ser el primer caudillo americano en nuestro tiempo, al consolidar el triunfo armado de la Revolución.

Fidel Castro ha demostrado, en poco tiempo, ser el primer estadista de América, porque logra robustecer la economía cubana, pese a la agresión económica norteamericana; porque unifica a su derredor toda clase de partidos políticos, toda clase de ideologías y doctrinas políticas existentes en Cuba.

Y Castro Ruz ha demostrado, igualmente, ser el maestro americano de nuestro tiempo, porque ha logrado con éxito enseñar, con el ejemplo, a su pueblo que antes que ser militante de éste o aquél partido, hay algo superior por lo que se debe luchar: Cuba.

Fidel ha enseñado a su pueblo el verdadero sacrificio. Y su pueblo ha comprendido la lección en tal forma, que está dispuesto a defender su Revolución y a Cuba, hasta la muerte.

Fidel es un triunfador, y con él triunfará la Revolución, porque cuando un pueblo, como un solo hombre, se decide a seguir a un líder, ninguna agresión, por grande que sea, será capaz de contenerle.

FEDERICO CRUZ CASTELLANOS,
Consejero Universitario
Méjico.

LA REVOLUCION SE BASA EN LOS HECHOS

Llegamos de Argentina para participar en el Congreso de Juventudes y solidarizarnos con la Revolución Cubana. Quisimos llegar hasta la Sierra, pero sólo pudimos llegar al Central Estrada Palma, pues los millares de guajiros, estudiantes, hombres del pueblo, impidieron que la delegación argentina pudiera estar junto a este pueblo hermano simbolizado en las milicias que de pie defiende lo conquistado y lo por conquistar... Sin embargo, a través del camino de ida y de vuelta, de pueblos y ciudades, mítines improvisados, manos que nos saludaban, regalos, a esta delegación, sintetizaban que cuando una Revolución se basa en los hechos y sus realidades todo el pueblo la alcanza.

ALFREDO VALLADARES

Secretario de Prensa y Propaganda de la Federación
Universitaria Argentina.

COMPARTIMOS LA EMOCION DEL PUEBLO CUBANO.

Desgraciadamente, los delegados al Primer Congreso Latinoamericano no pudieron llegar a "Las Mercedes", por dificultades en el transporte a ese lugar. Pero algunos compañeros lo hicimos a pie con el único fin de escuchar las palabras del Dr. Fidel Castro, y de conocer el apoyo incondicional que tiene del pueblo cubano; lo primero no fue posible por haber llegado luego de la intervención de Fidel; lo segundo lo pudimos comprobar personalmente; con asombro, por ser la primera vez que un ecuatoriano como lo soy, veía un conglomerado de gentes tan inmenso, en cuyos rostros se notaba un entusiasmo, un vigor y una decisión indeclinables de lucha por un gran ideal como es la Revolución Cubana.

Ese entusiasmo y emoción se apoderó de los delegados que junto con el pueblo cubano aplaudíamos y gritábamos fundiendo nuestros alientos juveniles en un solo aliento revolucionario.

Pero en medio de ese ambiente especial mi mente hizo una pausa para recordar a mi patria adolorida, El Ecuador, y me sumí en pensamientos obscuros, pensamientos de vergüenza ante el ejemplo de un pueblo como el cubano que ha lanzado el primer grito de la segunda independencia americana, ya que mi patria está a la retaguardia.

JORGE BARREIRO,
Miembro de la Caravana Ecuatoriana.

TODO EL AMOR HA LLEGADO DE PRONTO A CUBA.

Tantos días de llevar en la boca el sabor de esa emoción profunda: Un pueblo que ama a su pueblo, que ama a su tierra, que ama a su historia. Fidel Castro en la cima, millones de sombreros de paja. El sol de fuego de Cuba. Sudor, palabras, ojos y amor. Séd, cansancio y entusiasmo: "Fidel, Fidel ¿qué tiene Fidel, que los americanos no pueden con él?"

"Fidel es sólo un nombre pasajero en la historia gloriosao de Cuba", responde el revolucionario consciente, que es Fidel Castro.

El Ejército Rebelde, las milicias, los civiles. Ancianos, jóvenes y niños.

"Fidel, Fidel, ¿qué tiene Fidel que los americanos no pueden con él?" No retrocederemos, venceremos, sigamos adelante, hermanos, hermanos míos, amados hermanos míos. Es todo el amor de la tierra que de pronto ha llegado a Cuba. Cada corazón ama. Ama a Fidel y con él ama a su gente, a toda aquella gente suya; suya por la opresión, la miseria y la explotación. Suya sin fronteras políticas.

Fidel no es un nombre pasajero. Es eterno, es infinito. No en cuanto a ser Fidel, sino en cuanto a representar los anhelos y las realizaciones de su pueblo. Si bien en este 26 de Julio lo más importante no fué la personalidad del jefe del movimiento, en la emotividad del momento es su figura lo que simboliza y representa a todos los hermanos cubanos. Nosotros, los mejicanos, que hemos pasado ya por la revolución que postuló similares objetivos, no podemos menos que sentir en nosotros el entusiasmo y la alegría del hermano pue lo. Aprovechamos, pues, esta oportunidad para hacer llegar a él nuestra más cálida felicitación.

RUBY BETANCOURT,
Consejera Universitaria por la ENE de la UNAM.
Méjico.

VEGUITAS: ESPIRITU DE LA REVOLUCION

No fué el viaje en avión hasta Santiago de Cuba, ni el viaje en guagua a la Universidad de esta ciudad, ni la noche llena de gentes que cantaban y bailaban y saludaban, ni los muchachos que nos atendían y nos regalaban insignias, escudos y gallardetes, ni sus canciones, ni llegar hasta el central Estrada Palma en un camión de volteo, ni los campamentos del INRA, ni las milicias, ni el pueblo, ni los miles de hombres y mujeres que bajaban de todas partes, llenando los caminos hasta El Caney, ni el desfile de soldados y niños y gentes del pueblo por más de cuatro horas a pie para unirse a la Concentración que se celebraba en la Ciudad Escolar "Camilo Cienfuegos", ni el desfile de las delegaciones frente a Fidel Castro, ni el haber padecido sed y hambre y calor y cuatro noches sin dormir y con las mismas ropas puestas, ni el baño en el río para refrescarnos, ni dormir sobre el suelo, después de oir a Fidel, ni siquiera el acto de la noche tan bien organizado, tan magistralmente interpretado, ni siquiera la gran labor artística de los que participaron en el espectáculo, ni los guajiros, ni los estudiantes, ni la belleza del lugar, lo que de verdad me sobrecogió, lo que me inspiró: fué la convicción de este pueblo, fué su Revolución verdadera, fué la falta de egoísmo de sus hombres, la camaradería y la generosidad, la atención y el cuidado para con los extranjeros, el respeto absoluto para con la mujer. Fue estar sobre esta gente compartir los días y las horas con ellos, ir y venir y entender que esta Revolución de ellos y nuestra también es poderosa e inquebrantable. Pero fué estar en Veguitas, llegar a Veguitas, conocer ese pueblo y sus gentes lo más extraordinario que he conocido. Veguitas, para nosotras siempre será un lugar para recordar y sintetizar todo el espíritu grandioso de esta Revolución. Para mí, que digo estas cosas todavía bajo la más grande emoción, y para mis compañeras de viaje y delegación: Esther Arnaiz y Piedad de Farre que conmigo firman esta impresión de la gran epopeya cubana y que me interrumpen para refrescarme los recuerdos, para puntualizar detalles; para que no olvidemos jamás toda aquella maravilla. Piedad me dice que recuerde cómo se improvisó la comida en los patios de las casas del pueblo. Esther me dice que no me olvide cómo se nos ofrecieron toallas y ropa limpia. Yo pienso en las mujeres que lavaron y plancharon nuestras ropas y que nos prestaron ropas de ellas para ser usadas mientras las nuestras se aseaban. Yo pienso en los refrescos que se nos ofrecían, en el café, en los cocos de agua fresquísima. Esther insiste en el contacto con los hombres del pueblo, en todos los que hemos conocido de todas las clases sociales, desde un chofer hasta un empleado de banco. Piedad, en la gentileza con que se nos trató, en el respeto y en la cortesía. Yo vuelvo a pensar en los niños, y Piedad nombra a Camilo Cienfuegos; y Esther en las milicias y en la libertad de expresión y alguna de nosotras y todas nos maravillamos cómo no se le teme a nada ni a nadie, cómo se es de verdad libre en Cuba, y las tres pensamos y hablamos y escribimos sobre Fidel Castro y sobre Cuba con orgullo y regocijo.

ESTHER ARNAIZ, PIEDAD DE FARRE Y
CATALINA DE ESPRESATE.

Delegadas por los Españoles Refugiados en México. Al Congreso de Juventudes Latinoamericano.

UNA MISTICA PATRIOTICA

Considero el viaje a la Sierra Maestra la más interesante experiencia de mi vida. Fue para mi verdaderamente conmovedor ver aquel inmenso contingente humano ungido de una mística patriótica dando su apoyo a una gloriosa revolución que les ha devuelto la fe en los destinos de Cuba. Parafraseando al gran líder de América, Pedro Albizu Campos, yo diría: "Cuba está pasando por un período de transfiguración gloriosa". Quiera Dios que ese ejemplo prenda en toda Nuestra América y principalmente en nuestra esclava nación Puerto Rico, único pueblo de la hermandad latina que aún no ha alcanzado el disfrute pleno de su independencia política.

JOSE M. TEJADA

Estudiante de derecho de la Universidad de Puerto Rico. Fué encarcelado durante la revolución de 1950.

LA GENTE CONFIA EN LA REVOLUCION.

Lo primero qué se notó en las calles, en las estaciones, al paso del tren, fue la inmensa alegría popular. Asunto que unido al carácter amigo, fraterno, del cubano, le da un marco brillante a Cuba.

Otra cosa notoria y que trasciende a los que visitamos la Isla, en este Congreso, es la confianza de la gente en el camino que sigue la Revolución.

Se presiente fácilmente la dicha del pueblo por lo que tiene, y espera tener.

Para los delegados latinoamericanos, lo más útil del evento no serán los conceptos y resoluciones a que llegamos, sino la vida, las realizaciones y el espíritu de la nueva Cuba: la posibilidad concreta de obtener, a través del esfuerzo y de la lucha, lo que anhelamos.

El millón de guajiros evidencia, a todas luces, la unanimidad del pueblo con su régimen.

Es, lógicamente, una experiencia, una enseñanza inolvidable para toda América aún no libertada de las garras imperialistas.

MUNDO CHACON S.,
Presidente de la Federación de Estudiantes
Normalistas de Chile.

RESPALDO DE LOS PUEBLOS DE AMERICA.

La primera impresión para el visitante, es la formidable conciencia revolucionaria que ha adquirido el pueblo cubano en el proceso revolucionario.

Para los ecuatorianos constituyó un gran dolor el no poder llegar al sitio mismo de la Concentración convocada el 26 de Julio.

Era indescriptible la enorme movilización del pueblo, para concurrir al llamamiento del Dr. Fidel Castro. Pudimos apreciar a lo largo del trayecto, pintado en el rostro de cada obrero, campesino, estudiante, etc., el orgullo y la felicidad de poder mostrar las realizaciones del Gobierno Revolucionario Cubano. Es más sorprendente aún si consideramos la distancia que muchos cubanos tuvieron que recorrer para llegar a la Sierra Maestra.

Creemos que la Revolución Cubana está decididamente consolidada porque cuenta con el respaldo de los pueblos de Latinoamérica.

La juventud latinoamericana se encuentra dispuesta a repeler junto al pueblo de Cuba cualquier intento de agresión a la patria de Martí.

Creo que defender la Revolución Cubana es defender la independencia y libre autodeterminación de América Latina.

LUIS TERON,
Jefe de la Caravana de Unión Revolucionaria
de Juventudes Ecuatorianas (URJE).

ADELANTE, JOVENES DE AMERICA.

Para mí fue una experiencia inolvidable el haber visitado la Sierra Maestra, esa misma Sierra que fue el escénario de la gesta legendaria de un ejército de jóvenes rebeldes que, escudados por su coraje y armados de su heroísmo, derrocaron la oprobiosa dictadura de Batista.

Lo que diferencia el cambio de gobierno en Cuba de los cambios de gobierno verificados recientemente en otros países latinoamericanos, es que mientras en éstos cambiaron sólo los nombres y sólo terminó la represión policíaca, continuando en el poder la oligarquía y prevaleciendo la explotación de los débiles por los poderosos, aquí, en Cuba, se comenzó y se está llevando a cabo una verdadera Revolución, una auténtica reestructuración del régimen económico y social, una innegable democratización de la economía y de la sociedad.

Por eso, al ver esas vibrantes multitudes, al contemplar esas enormes masas humanas en movilización, al distinguir todo un pueblo marchando unido en pos de su destino, guiados amorosamente por un caudillo extraordinario, se conmovió mi alma; se estremeció mi cuerpo y juré solemne y firmemente contribuir a llevar a cabo la gran Revolución colombiana, para rescatar mi patria que ha sido usurpada por una casta privilegiada, devolviéndosela a su legítimo dueño que es el pueblo. ¡Viva la Nación Afro-Indo-Latinoamericana!

Creo profunda y arraigadamente que el deber ineludible y la misión histórica ineluctable de esta generación de jóvenes revolucionarios es la de libertar nuestros veinte pueblos tropicales y mestizos, para formar con ellos una sola patria Afro-Indo-Latinoamericana, libre de todos los imperialismos que tratan de obstruir el progreso y la autenticidad de las nacionalidades sobre la faz de la tierra.

Las masas irredentas del mundo están cansadas de discursos y promesas. Lo que ellas quieren y lo que nosotros, como revolucionarios, tenemos que darles es tierra, techo, trabajo, salud, educación y cultura, en dos palabras: Libertad y justicia.

¡Adelante, pues, jóvenes de América latina, aprendamos de la Revolución Cubana cómo cumple sus planteamientos al pie de la letra, convirtiendo sus planes y proyectos en realidades palpables y sentidas!

Construyamos una Patria común, libre de todos los Imperialismos.

Esa ha sido mi experiencia en este viaje a la Sierra Maestra, este ha sido mi despertar, y espero que sea el de todos; por medio de la Revolución y la Cultura despertaremos el genio dormido de nuestra nacionalidad, orientaremos nuestras grandes masas humanas, para que sea cumplida la cita de gloria y de grandeza que desde el comienzo de los tiempos ya habíamos contraído con la Historia.

GUILLERMO NANNETTI VALENCIA,
Juventud Revolucionaria de Colombia.

peregrinaje

HACIA LA REVOLUCION

por guillermo cabrera infante

PROLOGO DE CUBANOS

Salimos en avión, temprano, de Rancho Boyeros, en el avión en que viajaba el Presidente Dorticós, con algunos de sus Ministros y Pepe Llanusa. Hay un detalle curioso: la aeromoza es una de las dos que hicieron con nosotros el viaje de Fidel por los Estados Unidos y América. Desde arriba Cuba aparece fértil, cultivada: estas tierras de la provincia de La Habana, aradas palmo a palmo y palmo a palmo cultivadas, no revelan a un país subdesarrollado, latifundario, en el que toda la tierra pertenece a pocas manos. De todas maneras, el paisaje es hermoso. Recuerdo una frase de Saint Exupery: "la única cosa realmente nueva que el mundo moderno ha dado al hombre, es la visión de la tierra desde el aire"; no recuerdo si la frase de Exupery es así, pero es así que la recuerdo cuando veo pasar bajo mi asiento el verde lechuga de los campos sembrados de hortalizas, el rojo cadmio de la tierra colorada, el verdinegro de la manigua hirsuta, las manchas de las nubes entre la solana reverberante.

Gauguin tuvo que ver estos colores: esa tierra rosado violento es suya —dice Baragaño, el poeta Baragaño que viaja conmigo.

Hasta nosotros llega sonriente un hombre vestido con el traje gris de trabajo de la Marina Revolucionaria, tocado con una boina roja que hace más vasca todavía su cara de vasco: es Díaz Aztaraín, el Ministro de Recuperación de Bienes Malversados. Hablamos. Astaraín es un hombre culto, aunque se cuida de no dejarlo ver desde el apretón de manos: habla de matemáticas —durante diez años estudió matemáticas profundamente y ahora aplica estos conocimientos a su idea de la Marina Revolucionaria ideal, a la que debe imponerse la experiencia de la guerra de guerrillas: es una idea novedosa, pero Aztaraín hace que parezca algo sencillo, lo que era natural que se le ocurriese a cualquiera—, de política internacional, de la Revolución. Se ve que tiene sus ideas, que piensa con su cabeza.

—Hemos aprendido todos —dice—, de revoluciones en este año y medio, lo que no nos hubieran enseñado veinte bibliotecas estudiadas con ahinco. Una cosa que hemos aprendido bien es que a cada golpe —o intento de golpe—, del enemigo, la Revolución se radicaliza. Así, hemos aprendido a darles la bienvenida a los golpes.

—Decía Saint Just —le digo—, creo que fue Saint Just, que el revolucionario que hacía las cosas a medias no hacía más que cavar su tumba.

—Es cierto —dice.— Pero lo de menos es la tumba propia, lo terrible es que el moderado cava la tumba de la propia Revolución.

Por encima de nosotros una voz dice:

—Aztaraín, ten cuidado con los intelectuales.

Es Dorticós. Lleva un libro en la mano. Se ríe. Aprovecho para hablarle de una preocupación de un amigo librero.

Alguien le había dicho que por determinadas medidas restrictivas, la importación de libros que no fueran técnicos (novelas, teatro, biografía, monografías de pintura, escultura, etc). cesaría.



—Eso es falso —ataja Dorticós.— Ya me he reunido con los de la Cámara del Libro y se ha aclarado que todo no era más que una interpretación errónea de términos de importación. ¿Cómo el Gobierno Revolucionario que está creando miles de lectores al año va a limitar la lectura?

—Aunque hay novelas que vale la pena no dejar entrar en el país, por malas.

—Sí, pero determinar una persona lo que han de leer —o no leer— cientos de miles es una cosa peligrosa.

Seguimos viaje. Saludo a Pepe Llanusa.

—Un tiro —dice— el Libro de Lisandro.

Se refiere a "Cuba Z. D. A.", de Lisandro Otero, publicado por Ediciones R.

SANTIAGO, CIUDAD DE PAPEL QUEMADO

Hay que reconocer que la hospitalidad es un sentimiento muy extendido en Santiago: de los barrios populares a Vista Alegre se recibe a los visitantes con una buena disposición que delata la costumbre. Nosotros nos hospedamos en Vista Alegre, en casa de los Alvarez, cuya generosidad jamás olvidaremos. Al mediodía casi siempre hay que almorzar y de Vista Alegre saltamos al corazón de Santiago de Cuba: San Pedro y Enramada. Baragaño se asombra de la atmósfera entre sofocante y sensual de Santiago; se asombra también de ver pasar tanta muchacha bella. Santiago es una ciudad de papel quemado: casi se puede respirar el olor a papel quemado, con su tufo cálido y raspante. Es muy tarde para el almuerzo, pero una linda camarera se las arregla para hacernos un bocado:

—Es un plato frío— explica.

—No importa, el calor lo pones tú— le digo.

—Y Santiago— dice Baragaño.

La ciudad es un paseo de sonrisas hasta el Casa Granda. Su terraza es un gran balcón hacia el parque y su vida agitada y provinciana. Allí está sentada Indrani, la bailarina hindú, con Retamar, de la Dirección de Cultura. Nos presentan. Es una mujer esbelta, alta, de sonrisa delicada, que se lleva las manos uncidas a los labios para saludar, aunque uno invariablemente le tiende la mano. Hablamos de danzas populares asiáticas. Indrani tiene los pies rosados y no fuma. Los pies rosados son pintados como los labios, pero solamente para el teatro: nunca explicó por qué los traía rosados todavía. No fuma, porque no es costumbre en la India. Llega un compatriota periodista. Hablan en bengalí, un idioma que apenas si tiene alguna familiaridad para nosotros.

Por la noche hay que ir a los carnavales, a la famosa calle Trocha. Si uno no va corre el riesgo de ser devorado por una esfinge de muchas cabezas que invariablemente pregunta esta curiosa oración: "¿Ya arrolló ya en la pachanga?" Los carnavales en Santiago son un verdadero tumulto: más que una realidad son una atmósfera, una particular manera de ver la realidad por tres días: del 23 al 26 de julio se desayuna, almuerza, merienda y come carnavales en Santiago: no sólo están en la sopa, sino también en el postre. El aura de los carnavales reintegra a la frase "color local" algo de su sentido primitivo: por dondequiera hay sombreritos de yarey, que la gente lleva con un desenfado alegre, como un disfraz simbólico. Asombra ver con el respeto que son tratadas las mujeres, aún las que van solas: caminan admiradas o provocadoras por entre el celo masculino, pero apenas si se susurra un piropo leve. En una calle que han cerrado, las parejas bailan al son de una orquesta típica de Manzanillo: órgano de manubrio, pailas de cuero y güiro. Ante los grandes timbales hay un hombre pequeño, acurrucado sobre su instrumento, que toca incansable, con un placer oficioso. Por encima de su desgano rítmico veo a Llanusa, bailando.

EL NUEVO VISTA ALEGRE Y EL ESPIRITU NUEVO

Nos despiertan a las seis y media, aunque nos habíamos acostado a las cuatro o cosa así. Cuando llegamos a la casa del comandante Calixto García, ya éste está en pie: es un hombre callado y firme, cuyo silencio es también una forma de mando. Tomamos chocolate para el desayuno en la cocina. El chocolate está caliente como todos los chocolates y salgo a una breve terraza a refrescarlo. Al fondo hay un jardín que es una pequeña selva doméstica a duras penas y me asalta la sensación que tengo siempre que vengo a Santiago: ésta es la única ciudad verdaderamente antillana de Cuba (la ciudad llamada "Cuba" por sus habitantes). En Santiago se siente el vaho de las Antillas, su aura de islas cocidas en un mar hirviente: en Santiago nunca se tiene la sensación de que se está a la orilla del

mar y esto es algo que pasa también en Trinidad y en Martinica, que parecen islas de tierra adentro.

Vamos a la inauguración del Nuevo Vista Alegre. Santiago en la mañana parece despertar al mediodía: tanto calienta el sol. El Nuevo Vista Alegre es un reparto de casas nuevas, realizadas con un geometrismo agradable en el mismo sitio donde se localizaba una sórdida pústula social: un caserío de indigentes. Ahora más que una labor de caridad social, se ha completado una hazaña de rescate: los habitantes de la antigua "Manzana de Gómez" ya no serán más "lumpen-proletariat" para nutrir las huestes del vicio y se integrarán a las fuerzas de la Revolución. Dorticós aparece en helicóptero. El pueblo se arremolina alrededor del aparato. Es curioso que este intelectual, este hombre modesto, que no parece haber nacido para la tribuna ni la barricada, es tremendamente popular. Desde la tribuna se siente el júbilo del pueblo, el calor del pueblo, la comunicación con el pueblo: la unión es perfecta entre la Revolución y el pueblo.

HACIA MANZANILLO EN JEEP.

La segunda noche de Santiago se parece demasiado a la primera, pero es igualmente atractiva, subyugante: la belleza de las mujeres venidas de todas partes: muchedumbre en pantalones, entre la cual no surge jamás la duda de quiénes son las hembras. Hablo con una bella niña de Caimanera. Canta con una conversación lánguida que yo respondo también con languidez. Tengo sueño.

De nuevo en movimiento, a la mañana. Esta vez rumbo al aeropuerto. Debemos esperar cerca de dos horas. Aparecen varios invitados: Jacobo Arbenz, dignatarios de la Nueva China. No caben todos en el avión.

Baragaño y yo cedemos nuestros puestos a los fotógrafos. Tácitamente hemos recordado a Confucio: "Más vale una imagen que mil palabras". Los fotógrafos tomarán el acto en la Cooperativa Pesquera de Manzanillo. De vuelta a Santiago para ir a Manzanillo en jeep. Somos cinco y cuando el chofer habla de repartir el peso, presumo que el rebelde gordo, de trescientas libras, se sentará a mi lado. Así es. El chofer es un sargento. Es el hombre de confianza de un comandante de la zona. Tras una seriedad aparente tiene un sentido del humor muy criollo. "A mí me dicen La Fiera", dice, remedando un esbirro. Domina el lenguaje de un erotismo popular y cubano, y enumera los cien nombres del sexo. Sin saberlo, en el camino, ha repetido cien veces la historia de "Lolita", que es su autobiografía.

Llegamos a Manzanillo y nos dirigimos a la finca San Francisco, que fué un emporio lechero y hoy es una granja colectiva modelo. Bajo un anoncillo que me protege del sol, tendido bocarriba, reflexiono sobre esta "propiedad privada", rodeada de cercas de alambre de púas, que hoy administran sus propios obreros, custodian sus propios obreros, gobiernan sus propios obreros. Esperamos a Dorticós, de regreso del discurso en la Cooperativa Pesquera.

Se ha hecho de noche y conversamos mientras esperamos la comida. Leo en el portal una introducción a la historia económica. Dentro alguien cuenta una película de Chaplin: "Tiempos modernos". Se refieren a un barco de la cooperativa pesquera que se negó a abandonar el astillero y a la facilidad con que Chaplin provocó un cataclismo en el astillero del film. Es el teniente Macho León que habla con el capitán Cusa y unos amigos. El capitán Cusa es el jefe de la escolta presidencial. Es un hombre joven con una enorme cartuchera a la cintura. Tiene un riguroso sentido del deber, pero uno sabe que es flexible en su cumplimiento: se tiene la exacta noción de que jamás cumplirá una orden que lo lleve a contrariar sus principios. Entré. Baragaño habla con Dorticós. Me llama.

—Le hablaba al Presidente de la necesidad que tenemos los intelectuales y escritores y artistas de reunirnos con los dirigentes de la Revolución.

—Sí —dice Dorticós— Ya había hablado con Franqui de esto. Creo que sería bueno hablar con todos, discutir con todas las tendencias.

—Creo que sí —dice Baragaño— y que son esas "mil flores" las que deben florecer y estar representadas.

Dice Dorticós:

—De todas maneras, no hay que apresurarse. La Revolución entrará lentamente en la obra de nuestros artistas y de nuestros escritores. No se debe olvidar que las revoluciones todas han llegado al arte diez, quince años más tarde.

—Sin embargo— le digo, —yo creo que ciertas formas de literatura y el cine, sobre todo el cine, pueden expresar la Revolución mucho mejor que otras formas artísticas. La poesía y la pintura por ejemplo.

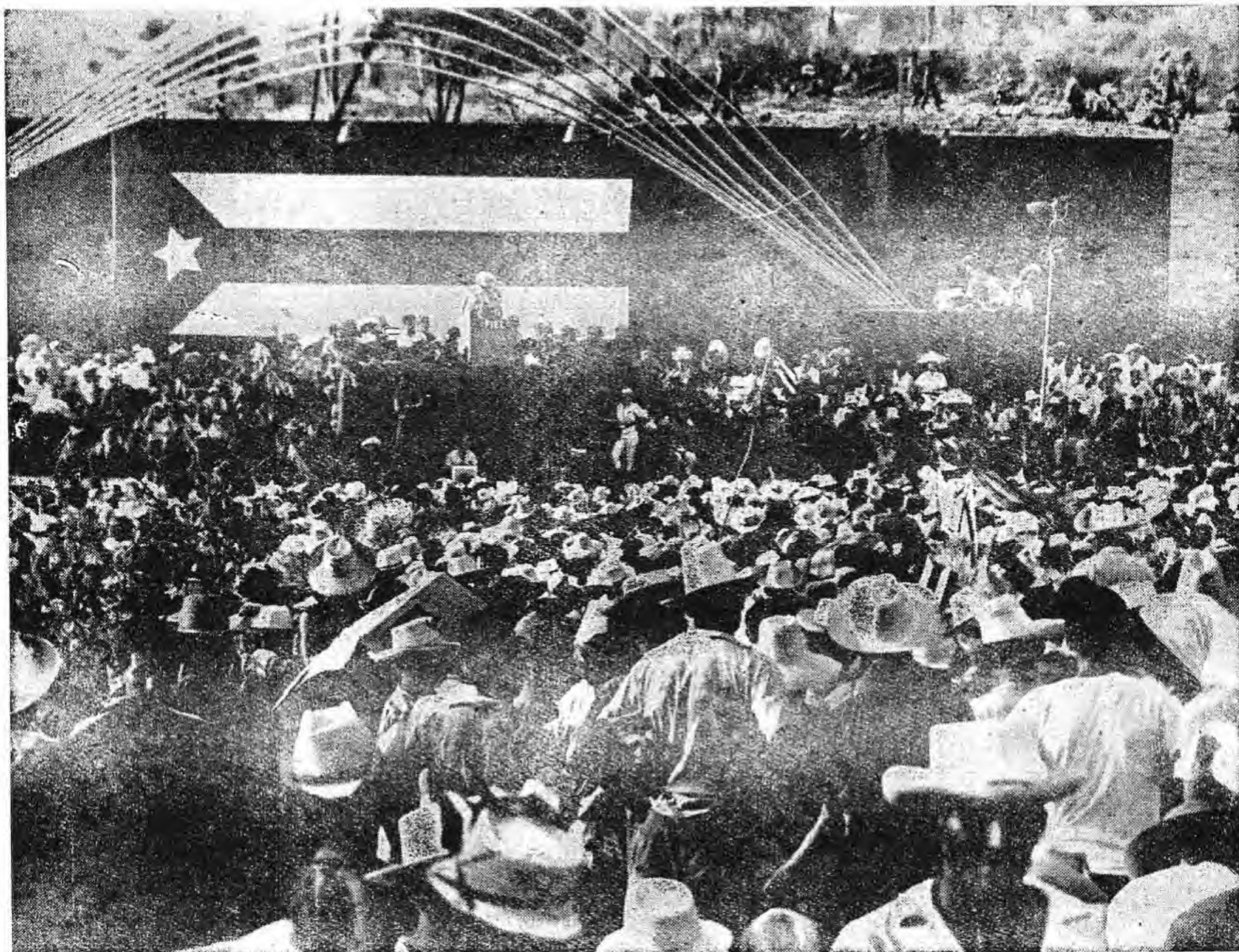
—Me parece —dice Dorticós— que el cuento es ejemplar para esto. Tenemos una buena tradición cuentística. Pero es necesario que nuestros cuentistas visiten las cooperativas, oigan los cuentos que yo he oído allí. Hay material para narraciones muy cubanas y muy nuestras, de ahora.

Se hace tarde. Le recordamos a Dorticós que debemos llegar a Las Mercedes esa misma noche. Ordena que un jeep nos lleve hasta donde sea posible.

Llegamos hasta Estrada Palma. Por el camino hemos encontrado el entusiasmo en forma de caravanas infinitas.

EL CAMINO DE LA FE ES EL CAMINO DE LA RAZON

Caminamos de Estrada Palma hasta la ciudad escolar Camilo Cienfuegos, en las estribaciones de la Sierra Maestra. Vamos fumando en silencio. En el cielo, El "Camino de Santiago" nos indica



el camino de la Sierra. Aparecen y desaparecen unas barras blancas, luminosas: son los reflectores que tienden al cielo su exclamación de alborozo desde Las Mercedes: señalan la ruta a los peregrinos: es el Belén de una nueva vida. Pienso que éste es un verdadero peregrinaje, recuerdo el año pasado rumbo al Cobre, cómo explica yo a mi acompañante la razón del poco fervor religioso: "Nadie en Cuba espera nada del cielo hoy en día. Los milagros se hacen ya en la tierra." Ahora sé que tenía razón: voy rodeado por voces peregrinas que en la oscuridad me traen un mensaje de solidaridad: mi prójimo soy yo, porque hace lo que hago yo y mi acción y la de él es la misma: uno en su intención, uno en su acción: hacemos un peregrinaje hacia la Revolución y no es la fe la que nos guía ciegamente sino la razón, una razón que se llama Reforma Agraria, una razón que se llama diez mil nuevas aulas, una razón que se llama orgullo de sentirse cubano: una razón que se llama Revolución.

Hacemos una breve parada en el camino para tomar café, entre voces amigas que surgen de la oscuridad y a la oscuridad vuelven y la estación es como el borde de un sueño. A lo lejos se ven los puntos luminosos de la ciudad Camilo Cienfuegos. Echamos a andar, fumando en silencio.

Un ruido de tambores y risas nos toma de la mano y nos guía por entre la feria múltiple que es la ciudad. La ciudad es una verdadera ciudad: en pocos meses (de mayo del año pasado a acá) de entre el páramo de rocas y manigua ha surgido una ciudad de casas-escuelas, Recorremos la ciudad de un extremo a otro. Una belleza negra nos indica el camino, con un gesto salido del baile para volver al baile, sin perder el rito de los tambores que la hacen temblar de pies a cabeza. Aparece Sonia, una bailarina del Teatro Nacional. No sé que se llama Sonia ni que es bailarina siquiera, pero estamos acostumbrados a los milagros y no nos asombramos cuando dice: "La gente del teatro está ahí, al doblar".

Encontramos a Myriam —a Myriam Acevedo y a Pablo Armando Fernández, que salieron de La Habana después que nosotros y ya están en la Sierra. Charlamos. Todo anda bien. La cantata de Pablo marcha muy bien: será estrenada mañana. Entre Myriam y Pablo nos consiguen unos bastidores pelados que echamos sobre el piso: son nuestro lecho. Baragaño se echa a dormir. Yo insisto en recorrer de nuevo la ciudad. Myriam y Pablo me acompañan. Hay hombres y mujeres durmiendo al raso, unos cubiertos con "nylons" (¿un mantel futuro, una pasada cortina de baño?), otros se echan por arriba la propia ropa, pocos usan periódicos viejos. Por todas las entradas de la ciudad siguen llegando peregrinos por miles. Todo exuda una extraña felicidad entre las privaciones, nueva, única. Regresamos a dormir.

EL 26 EN LA SIERRA CON FIDEL

Me despierta una extraña diana: la conga "Adelante, cubanos". Suena extraño, provocador y al mismo tiempo alegre, muy propio el Himno del 26 en tiempo de 2/4. Desayuno en la cama: abro una lata de jugo de tomate que traía en mi mochila y la tomo. Salgo al sol. Hay una alegría desbordada por todo el campamento. Parece un carnaval, pero uno sabe que no es un carnaval, que es algo mucho más serio y que el aire de júbilo de la celebración es tan espontáneo como el de un carnaval: pero no hay frivolidad, el júbilo no termina en sí mismo, la alegría no es gratuita ni forzada por la fecha: es mucho más que eso. Al fondo, abajo, por entre la gente, veo la tribuna y comprendo: es eso lo que evita esto sea el más grande pic nic de la historia: el millón de cubanos, de latinoamericanos, de americanos que han venido a reunirse aquí, bajo el sol de hacha de la Sierra, entre las inclemencias y las penalidades y la falta absoluta de comodidad lo hacen no sólo entrar en contacto con la historia, con el pasado glorioso de la Revolución, sino para tomar conciencia del mundo del campesino cubano, del soldado cubano, del escolar cubano y a la vez erigirse en un acto concreto y voluntario de fuerza en favor de la Revolución. Camino hasta la tribuna.

Llega Fidel y durante 25 minutos una ovación ensordecedora truena y hace eco entre las montañas. Comienza el desfile con una bandera humana, formada por las empleadas de tiendas. Pasan también los niños de la Nueva Cuba. Más tarde, junto a la fuente que baja de la montaña, piden agua a cualquiera con el respeto rampante de quien sabe que lo merece todo y todo lo espera, porque un día a su vez lo dará todo: lucen muy niños y muy hombres estos escolares quemados por el sol de la Sierra: muy hombrecitos.

Saul Landau, que ha venido de los Estados Unidos para hacer un documental sobre la Revolución, me habla del carácter sui generis de la Revolución Cubana: "Mira a esas mujeres", me dice. "Es su belleza, es su alegría, es su sensualidad la que transforma a la Revolución, mientras la Revolución las transforma a ellas. "Mira a esos hombres", me dice "su sentido del humor, su sinceridad, su sentido de lo inmediato es lo que hace a esta Revolución diferente a las otras. Mira a Fidel", me dice, "totalmente entregado al pueblo, sin una barrera, sin nada en el medio: eso es lo que hace a la Revolución Cubana una revolución cubana", me dice. Recuerdo que Sartre dijo algo parecido y que un socialista norteamericano, Paul Sweezy, dijo también eso mismo.

Las milicias desfilan. El sol es abrasador y muchos se echan el agua de beber en la cabeza, sobre pañuelos improvisados en boinas, sobre las boinas verdaderas, sobre sombreros de guano. El desfile durará horas. La gente del TNC debe estar fresca para la función de la noche y Myriam propone un baño en el río. La curiosidad me hace seguirlos. El río es un arroyo, una corriente que baja rápida, limpia, tibia de la montaña. Parece una peregrinación al Ganjes o a algún río sagrado: en media cuadra hay cerca de mil personas lavándose. Algunos llevan toda la ropa puesta y al par que lavan la ropa, lavan el cuerpo, metiendo el jabón por piernas y mangas y cuello y vientre: es un baño-lavado. Cuando regreso al campamento todavía marchan las milicias. Hablo con el pueblo.

—¿Por qué está usted aquí? —le pregunto a un viejo guajiro.

—¡Carijo! —es todo lo que responde.

—¿Me decía? —le digo.

—¡Carijo! ¿Por qué voy a estar? ¿No está toda Cuba? ¡Carijo!



Veo a una vieja, de la ciudad.

—¿Cómo se siente?

—Muy emocionada, hijo —me dice y se echa a llorar.

Encuentro a un miliciano con cara de cansancio, pero alegre.

—Vengo de Pinar del Río —me dice—, y si hubiera tenido que venir del otro lado del golfo, habría venido también. Hice el viaje en toda clase de vehículos: ¡hasta en el sillín de atrás de una bicicleta!

Unos niños, de los que desfilaron, toman agua:

—¿Cansados?

—Uhh, qué va.

—Nosotros estamos acostumbrados. Fíjese que antes, para poder llegar a la escuela, teníamos que caminar ocho kilómetros para allá y para acá todos los días.

—¿Y ahora?

Se ríen y señalan la Ciudad Escolar con el dedo.

Fidel comienza a hablar. Desde lo alto de este anfiteatro natural se ven su sombrero de yarey, sus gestos habituales. Habla durante horas, incansable, olvidado de su reciente enfermedad. Comienza a lloviznar y el pueblo se inquieta por Fidel, a quien el Comandante Fajardo trae un impermeable. Cae la noche y la tribuna se ilumina mientras todo el arroyo en que está el pueblo queda a oscuras. Detrás de la tribuna y por encima de las montañas, relampaguea. Al final, Fidel es aplaudido durante minutos largos.

UN ANFITEATRO PARA UN CUARTO DE MILLON

A las nueve comienza el teatro. Empieza con el aviso más llamativo y bello que he visto nunca: los fuegos artificiales más esplendentes —duran casi media hora—, y exuberantes de Cuba, comienzan: iluminan los alrededores con luces de bengala, con lluvias de estrellas rojas, verdes, ámbar y su catarata luminosa. Cuando ter-

minan se inicia el programa: "La Cantata por la Paz", de Juan Blanco lo abre, dirigida por Enrique González Mántici. Hay un intermedio de zapateo y décimas. Llega por fin la "Cantata a Santiago", de Pablo, en la que Myriam impone al público con solo su voz y una bata griega, blanca, el mensaje poético y político de la Cantata. La Cantata es un éxito: a Fidel le gusta, tanto que dice: "Yo he oído eso en otra parte". Fajardo cree que Fidel bromea. Pero Fidel no bromea. Fajardo le enseña a Fidel el programa. Dice: "Textos tomados de Discursos de Fidel Castro". Fidel se ríe: "Ah, yo sabía que esas palabras me eran familiares". Viene "El Milagro de Anaquillé", seguido de los bailes negros. Los diablitos con sus misterios del cuarto Fambá y sus movimientos entre monstruosos y pueriles llegan a la Sierra, tierra incógnita. Pienso qué habría sido de Cuba si no hubieran traído negros del Africa: sería el país más aburrido, más melancólico e incoloro del orbe. El día termina como comienza: la misma comparsa recorre en tiempo de conga todo el campamento, con el Himno del 26 por bandera.

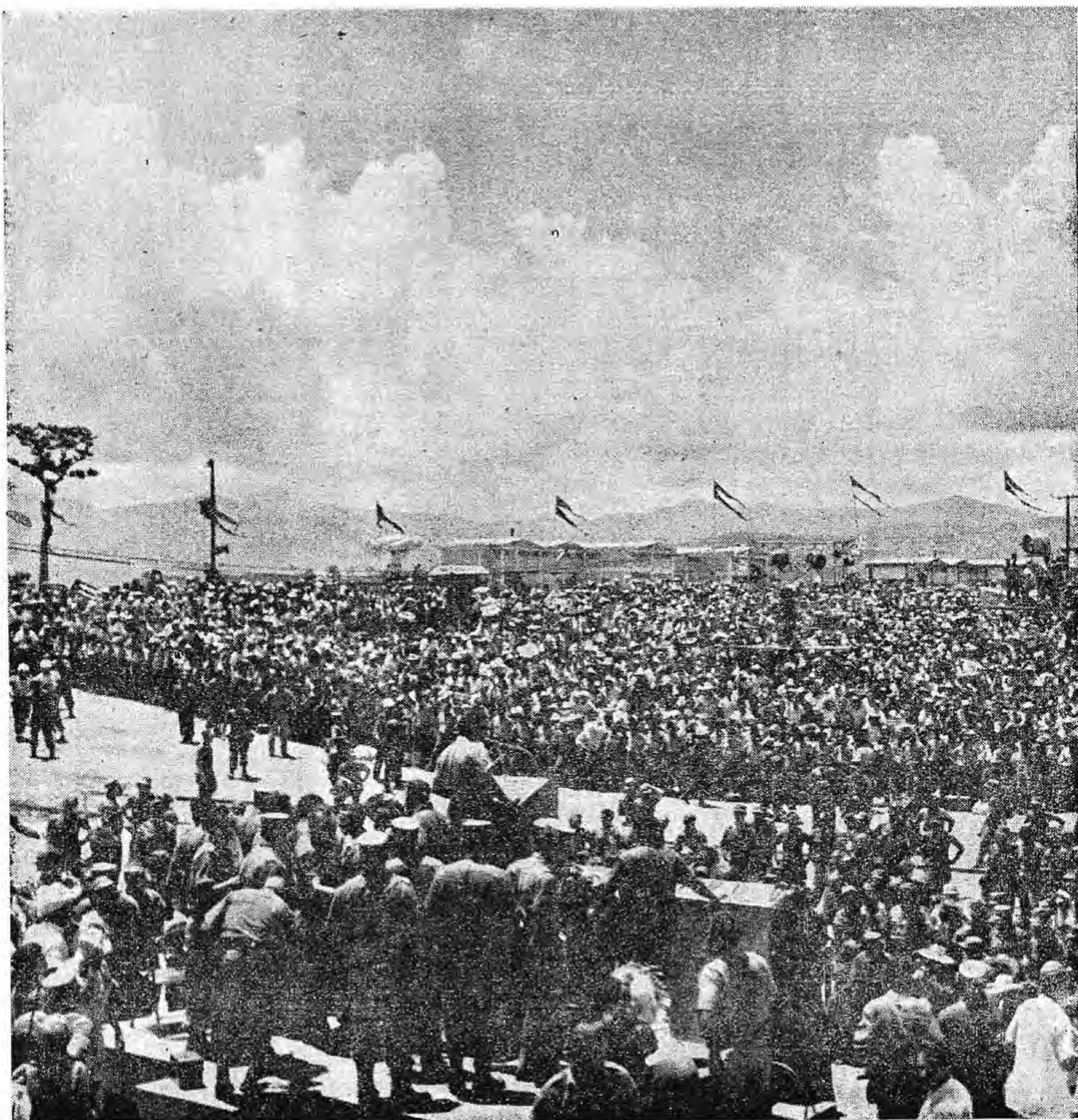
EPILOGO PARA FRANCESES

Hacemos el viaje de regreso a Yara en un camión de volteo, cincuenta personas de pie en la cama del camión. Es absolutamente falso el dicho aquel del diálogo antes y después del baile. Nosotros venimos de la feria y charlamos y bromeamos en todo el camino. Hay una fila de autos, camiones y toda clase de vehículos que llega desde Yara hasta el mismo Caney.

El tren en Yara. Veo una muchacha rubia, con pantalones amarillos y camisa beige, que se parece mucho a Francoise Sagan y que es Francoise Sagan: habia olvidado que ella había venido a Cuba enviada por el diario "L'Express", a reseñar los festejos del 26 de Julio. El grupo de la Sagan —Francoise, su hermano que no sé cómo rayos se llama, un periodista de "París-Match" llamado Ferren y su mujer, y un fotógrafo de "París-Match", también, apellidado Vital— no hacen más que jugar cartas, dormir, lamentar que están muy lejos del balneario de Saint Thropez, jugar a las cartas, dormir. Cuando dejan de hacer una de estas cosas, inician una conversación que no tarda en devenir discusión: quieren que inmediatamente, en el tren, Cuba defina su política futura: ¿Con Moscú o con Washington? ¡Escoja, señor que no estamos para perder nuestro tiempo! ¡Tenemos que hacer una de estas tres cosas y estamos muy apurados: jugar cartas, dormir o regresar a Saint Thropez! ¡O las tres cosas a un tiempo! Les explico, lo más amablemente posible, que Sartre estuvo un mes en Cuba preguntando, tomando notas, poniendo todo su equipo dialéctico en juego y todavía se iba sin una idea precisa, fija acerca de la Revolución. No entienden. No quieren entender. Han venido con su reportaje escrito. Un incidente en Camagüey, lo corrobora. El tren es un tren especial, no puede parar en las estaciones. En Camagüey nos detenemos a cargar la comida. Los franceses insisten en bajar. La escolta de milicianos tiene sus órdenes: el riesgo de extravío de algún pasajero —todos extranjeros— prohibe que nadie baje del tren, con ningún pretexto. Uno de los franceses grita: "Yo soy un hombre libre". Alguien les dice: "Ustedes vienen de una dictadura militar". La trifulca es inminente, pero todo se calma. Más tarde, uno de los franceses, me daba su versión del asunto: "¡Figúrese! Decirme que vengo de una dictadura militar. ¡Yo no tengo miedo! De Gaulle ha sido electo, además, por catorce millones de votos".

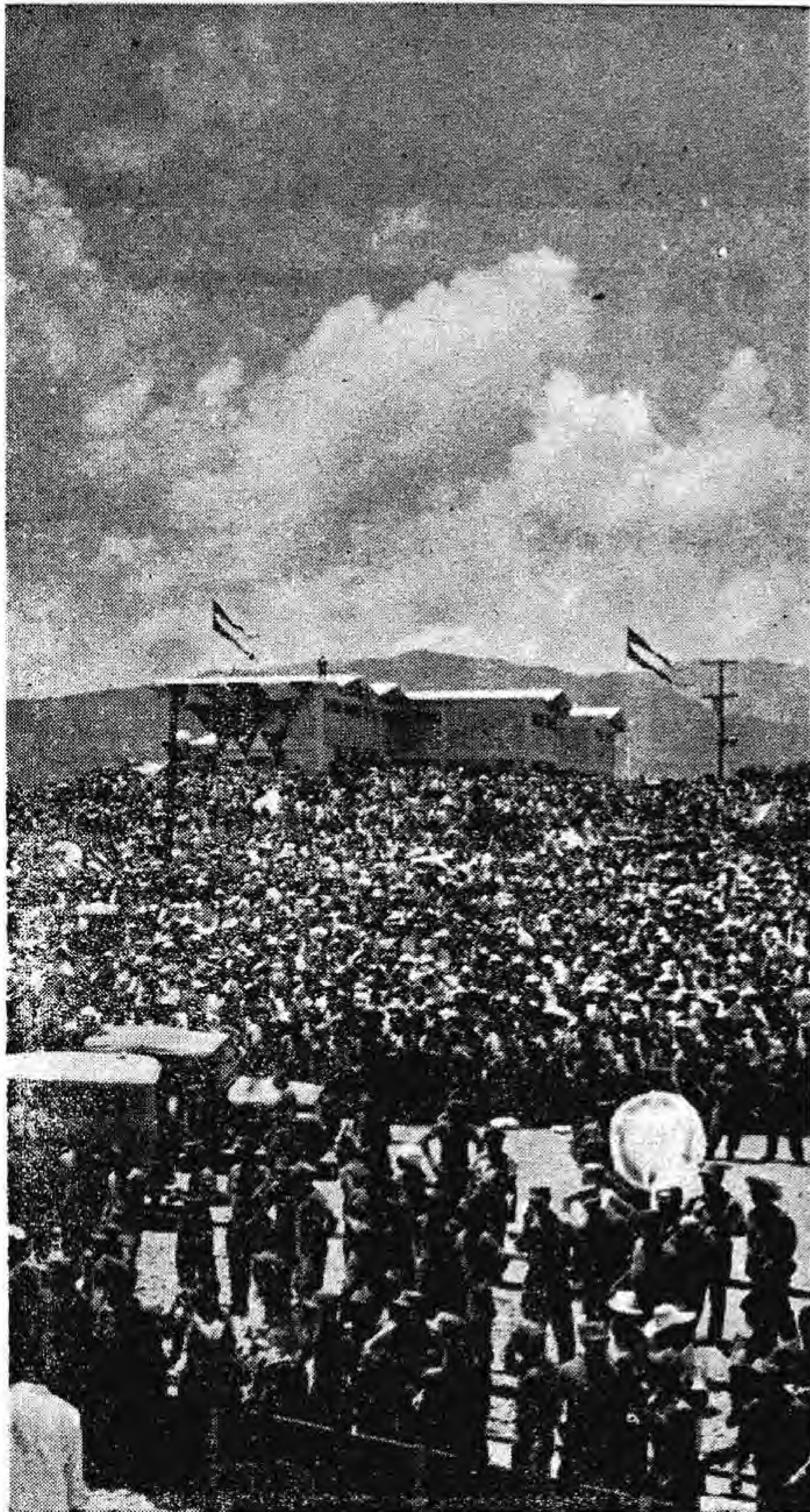
¿Cómo decirle que Hitler obtuvo la misma cantidad?

Llegamos a La Habana, de regreso a su olor a asfalto, a hollín, a ciudad con humo y ruido: a su aura de encanto. Hay periódicos, libros, gente que habla de política. La Habana, sí, es la cabeza de la Revolución. Pero el corazón lo hemos dejado detrás: en Santiago, en la Sierra Maestra.





La Ciudad Escolar "Camilo Cienfuegos".



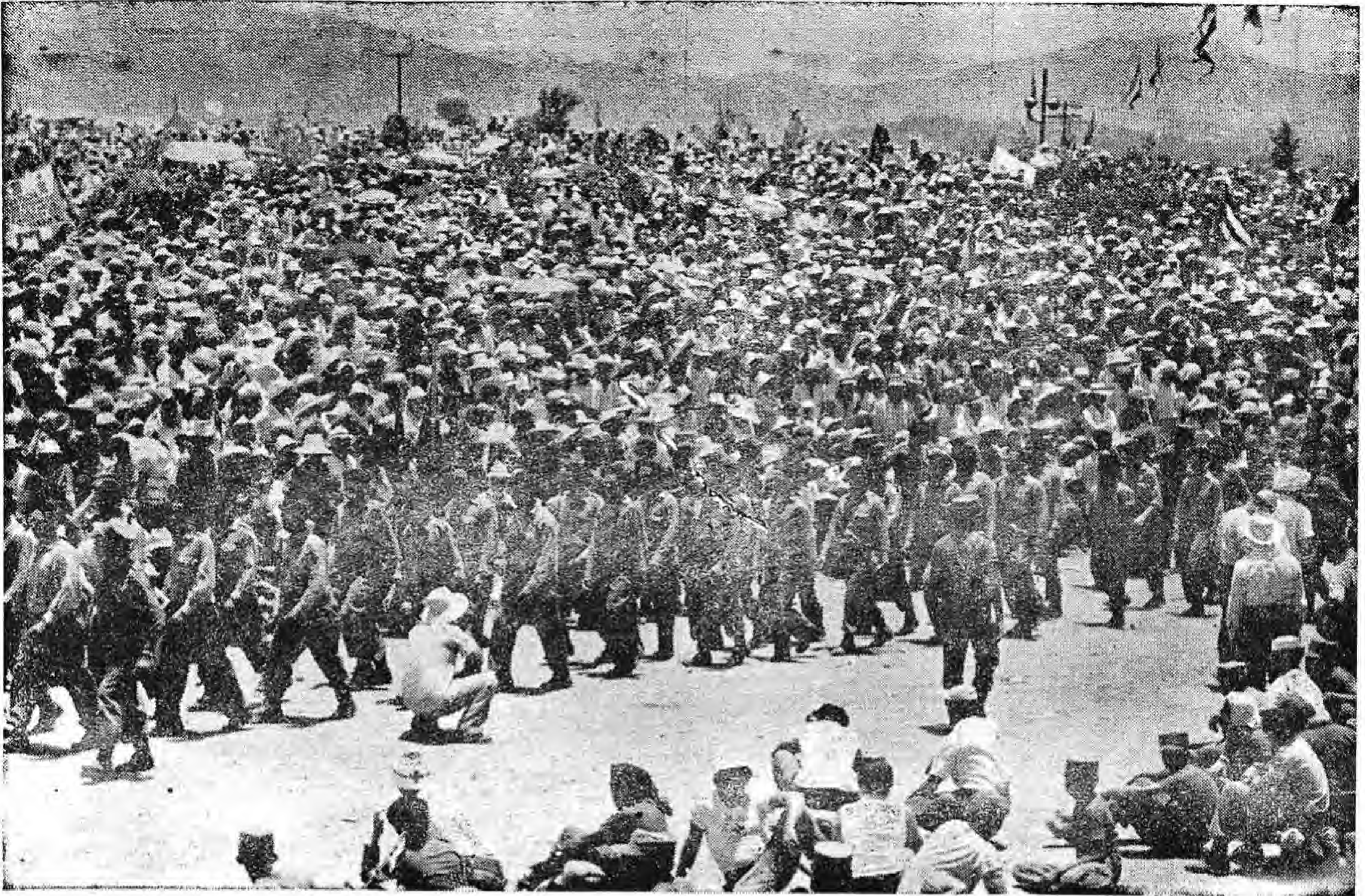


PORQUE EL DIA DE LA REVOLUCION HA LLEGADO







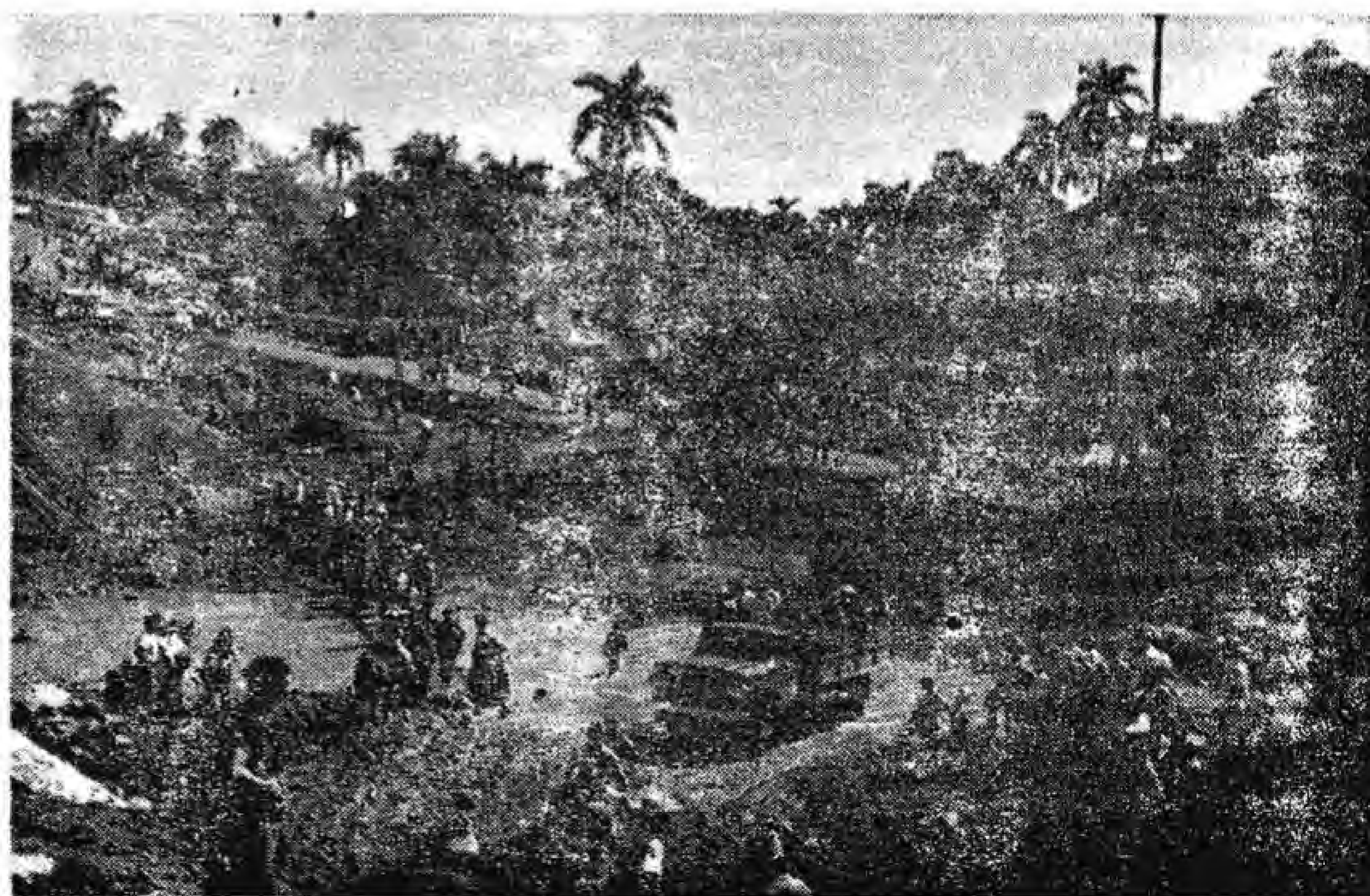


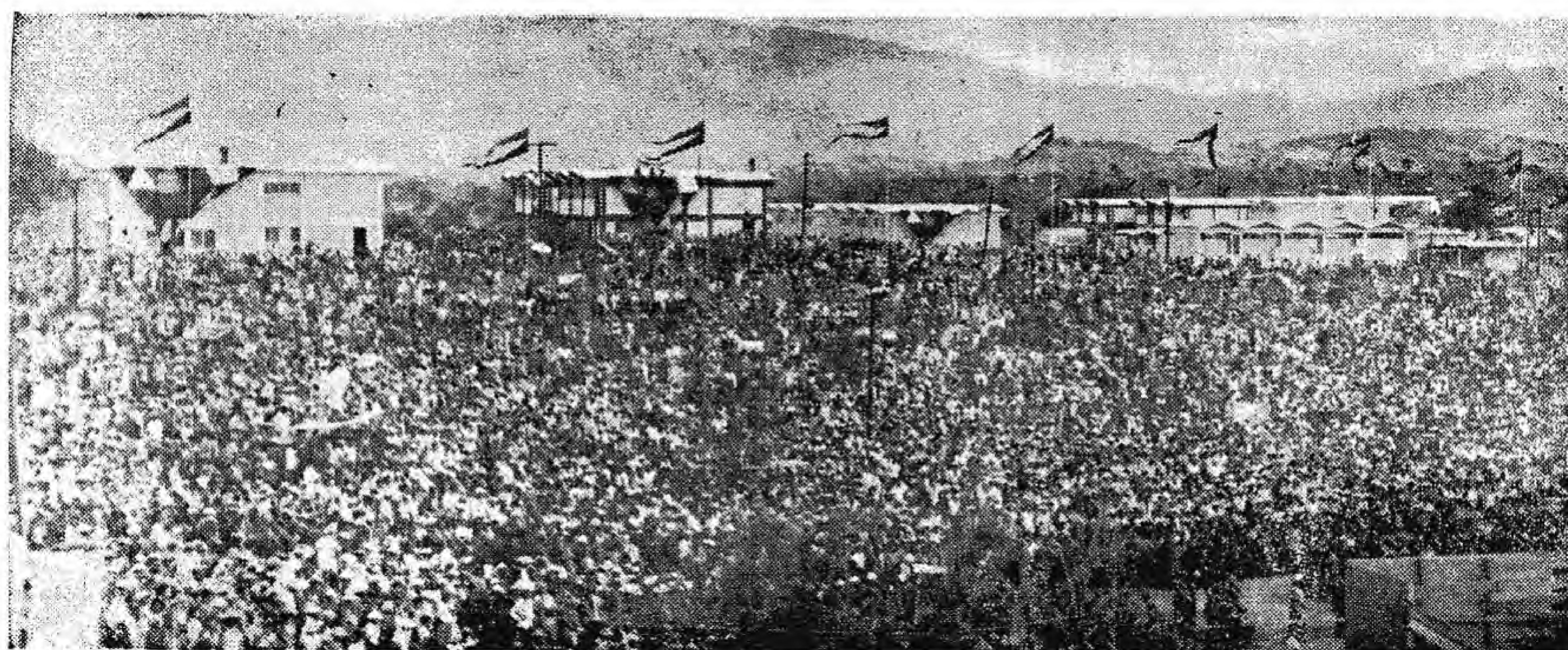
Una vez más, presentes.



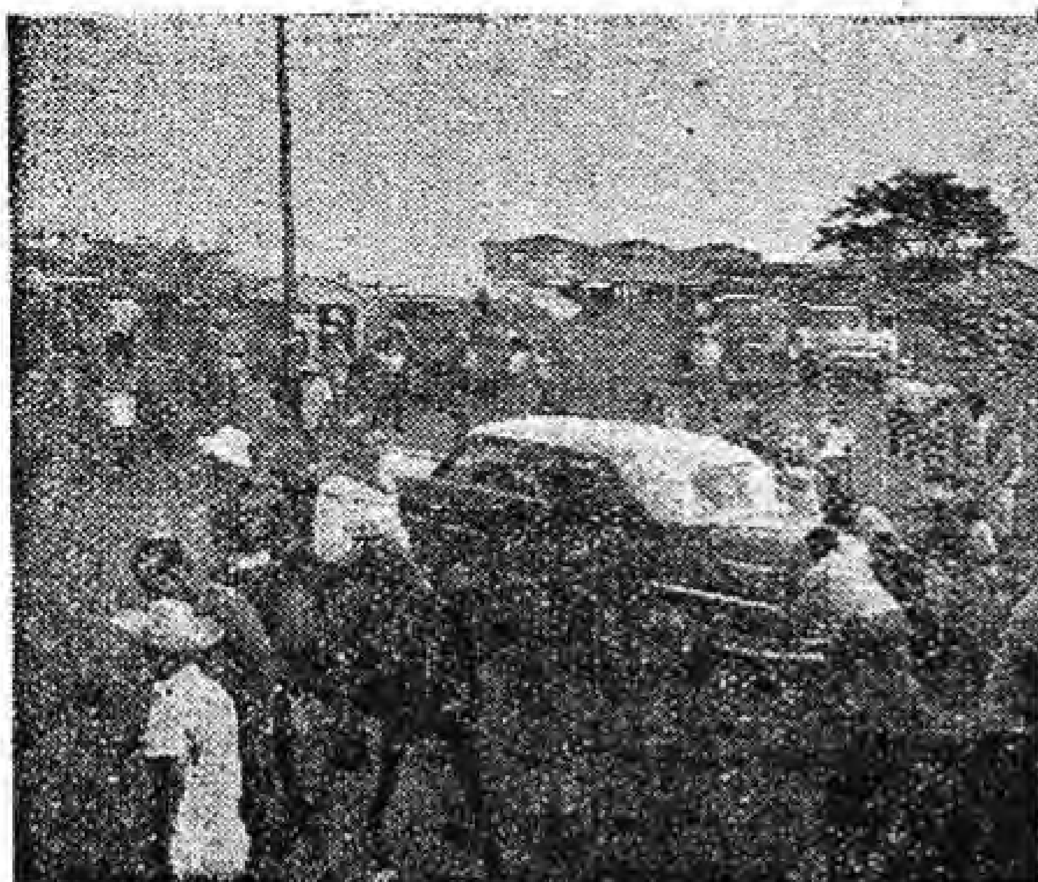
"Los hombres que perseveran, los pueblos que perseve ran, triunfan".

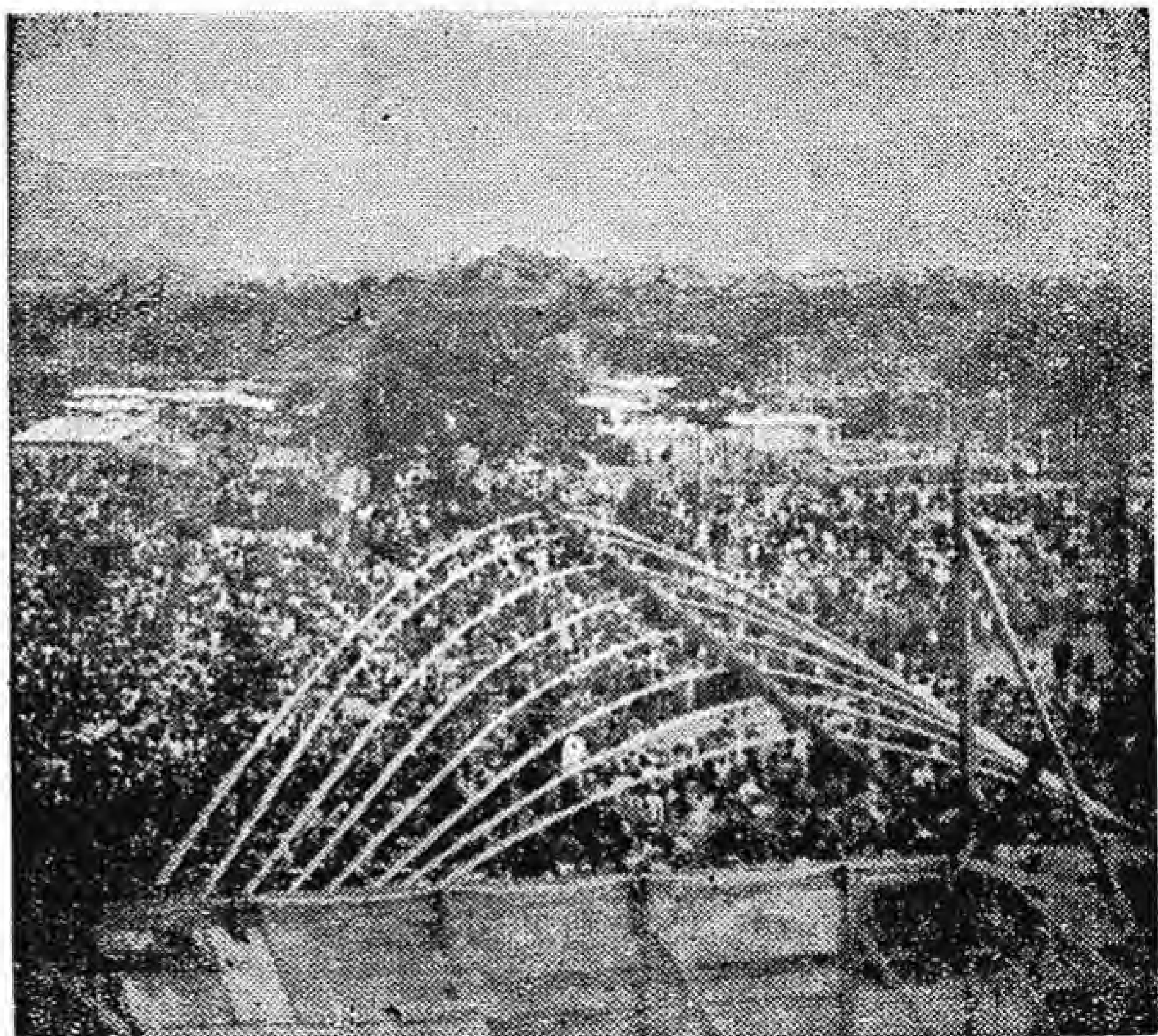






Para ellos se hace la Revolución.








PATRIA
O
MUERTE
COMITE DE BASE DEL



R DE REGRESO





